

Karlfried Dürckheim

**El Camino  
de la  
trascendencia**

**MENSAJERO**

**ADVERTENCIA**  
**ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES**  
**EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES**



**QUEDA PROHIBIDA**  
**LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN**

- El objeto de la biblioteca es fomentar la educación efectuando préstamos de libros gratuitamente a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

*"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" , **Thomas Jefferson***



Para otras publicaciones visite  
[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)  
Referencia :194



ATENEA LIBROS

SANTIAGO: BOMBERO OSSA 1067 ☎ 6981523

SANTIAGO: AGUSTINAS 1039 ☎ 6731492

PROVIDENCIA: PROVIDENCIA 2029 ☎ 2319039

LAS CONDES: MALL PARQUE ARAUCO ☎ 2420956

CHILLAN: MALL PATIO LAS TERRAZAS ☎ 226521

EL CAMINO DE LA  
TRASCENDENCIA

KARLFRIED DÜRCKHEIM

# EL CAMINO DE LA TRASCENDENCIA

El hombre en busca de su integridad



EDICIONES MENSAJERO

Quedan prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Unión Europea.

Traducido al castellano por Concha QUINTANA de la versión francesa  
“*La Voie de la transcendance. L’Homme à la recherche de son intégralité*”

Título original en alemán:  
“Überweltliches Leben in der Welt”

© Verlag Hans Huber, Berna (Suiza)  
© Ediciones Mensajero S.A. - Sancho de Azpeitia, 2 - 48014 BILBAO  
Apdo. 73 - 48080 BILBAO (España)  
ISBN: 84-271-2041-9  
Depósito Legal: BU.-467.-1996  
Imprime: Imprenta Aldecoa. Pol. Ind. Villalonquéjar.  
C/. Condado de Treviño, s/n. Naves C.A.M. n.º 21 - 09001 Burgos

## INDICE

	<u>Págs.</u>
<b>PROLOGO</b> .....	7
<b>PREFACIO. Falsos antagonismos</b> .....	11
<b>FINALIDAD</b> .....	17
Madurez .....	19
Transparencia .....	47
Forma .....	81
<b>EL CAMINO</b> .....	95
La vía iniciática .....	97
Experiencia y fe .....	97
Trascendencia inmanente .....	103
Dirección iniciática y terapia .....	108
Oriente y Occidente .....	113
Zen .....	113
El hombre universal .....	117
La sombra .....	119
Espíritu oriental y espíritu occidental .....	120
Sentimiento religioso oriental y occidental ..	123

	<u>Págs.</u>
Yin y Yang .....	126
Ser esencial y persona .....	132
El <i>peligro</i> oriental .....	137
Experiencia del Ser y Fe.....	142
<b>EL EJERCICIO</b> .....	147
Los tres aspectos del Camino.....	148
Expansión de la conciencia.....	158
La experiencia de lo numinoso.....	161
La trinidad del SER.....	169
Lo numinoso y los sentidos .....	171
Lo numinoso en la forma .....	178
Prácticas meditativas.....	184
Lo numinoso en el amor .....	192
<b>EL FRUTO</b> .....	201
Altruismo .....	203
El hombre y su prójimo.....	203
El sentimiento altruista del médico.....	213
El prójimo en la psicoterapia .....	222
Vejez y madurez .....	231
Acompañar a aquél que va a morir.....	241

## PRÓLOGO

Nuestro tiempo se caracteriza por las profundas modificaciones que el hombre ha llevado a su modo de vivir y que se han hecho posibles al producirse un explosivo desarrollo en las ciencias y las técnicas, vislumbrándose todavía en el horizonte nuevos progresos. Sin embargo, hay que reconocer que este progreso, demasiado unilateral, de la vida material, provoca el deterioro en nuestra vida espiritual. A la creciente madurez en el plano técnico de los dos últimos siglos, se asocia una inmadurez de graves consecuencias, pues nos aparta del verdadero centro de la vida. El hombre occidental se halla ciertamente ligado a ese centro por la religión, y en especial por la fe cristiana, en la que vivía enraizado. Pero de hecho son muchos los que han perdido en gran parte este apoyo, y la visión limitada que acabamos de enunciar no ha sido compensada. Frente a esta situación, Karlfried Graf Dürckheim aporta una ayuda eficaz por la posibilidad que el hombre tiene de vivir la experiencia del

núcleo espiritual cuando practica asiduamente un ejercicio que le despierta a ella y que, poco a poco, le va haciendo madurar. Su propuesta a este respecto asocia las tradiciones místicas de Occidente, en las que el maestro Eckhardt ocupa un lugar fundamental, con las prácticas meditativas de Extremo Oriente, principalmente las del budismo Zen. Karlfried Dückheim se familiarizó con estas prácticas durante su estancia de diez años en Japón. El no intenta en absoluto que el hombre europeo se haga budista, sino que desarrolle en él una experiencia interior conforme a su propia estructura. Se trata de llegar a ser transparente a lo trascendente, de que se haga presente el irradiar espiritual en lo secular y, más particularmente, que el hombre haga realidad su integridad humana. En otros términos, que el Sí-mismo, presente en el yo profano de cada uno de nosotros, llegue a infiltrar en éste lo que corresponde a la verdadera madurez. En esta total profundidad se produce el encuentro de aquellos que han alcanzado un sentimiento de fraternidad humana cuando viven esta experiencia. Dan testimonio de la misma actitud frente a la muerte, que retira al hombre de su vida temporal para encaminarle hacia la gran Vida sobrenatural. El otro, el prójimo, puede ayudar en este tránsito cuando ya se ha avanzado lo suficiente en el camino de la experiencia de la transparencia.

Para el cristiano, el libro de Dürckheim puede ser una fuente importante de sugerencias. En realidad, la experiencia que nos ocupa no excluye en modo alguno la fe, y el ejercicio que la prepara puede ayudar a una viva profundización de ésta. No se trata en absoluto de alejarse de la fe, o de sus-

tituirla por una experiencia. Tampoco el ejercicio ocupa el lugar de la gracia divina. De hecho, la fe completa la experiencia en el sentido en que nos permite acercarnos, sin ambigüedades, a la espiritualidad y a lo divino.

Prof. Dr. Johannes Lotz S.J.



## **PREFACIO**

### **FALSOS ANTAGONISMOS**

Hoy, como siempre, el pasado y su peso de inercia cortan el paso a un nuevo devenir. La luz de la vida espiritual, que alborea en el mundo, es lo único que puede levantar la bruma en que está envuelta la Vida y su verdad, como resultado de una visión excesivamente unilateral. Las oposiciones que han nacido a partir de esta visión limitada e inmadura se muestran, de hecho, como falsos antagonistas, quedando por ello la vía libre ante el último combate justificado: el de los testigos de la Vida, dispuestos a sacrificarlo todo contra los instrumentos de poder que, acaso por vigilancia y hasta con una buena intención, desnaturalizan e incluso se oponen a la vida desde el Ser, o lo que es igual, simplemente a la Vida.

¿De dónde parte la rebeldía de los jóvenes? Representarla como una simple lucha entre el bien y el mal sería realmente demasiado fácil. Tras esa rebeldía hay algo bien diferente, algo que a las razo-

nes a favor o en contra les da su verdadera dimensión: es la VIDA.

Cuando se cambia la herencia consagrada ya por una larga tradición por sistemas desacralizados, los miembros que orgánicamente han crecido en esa comunidad se encuentran remitidos a su propio juicio. Si interrogan su conciencia íntima, muy a menudo se ven obligados a reconocer la falta de sustancia y credibilidad de los poderes que los dominan.

Los guardianes del orden pueden convertirse en adversarios de la Vida; los enemigos de ese orden serían sus testigos. Son muchos los aspectos por los que en la actualidad estamos en desacuerdo con los defensores de un orden que, por oponerse a todo cambio, están contrariando el curso de la Vida. Pero también, a la vez, nos vemos situados bajo el signo de la oposición con respecto a aquellas fuerzas que son amenaza contra la Vida por su rechazo a toda forma y estructura.

Todo cuanto vive es forma y movimiento de transformación. Cuando aquél que vive lo hace de conformidad con su orden, es forma transparente y, a la vez, transparencia haciéndose forma. Cuando falta la forma, la vida es tan imposible como lo es en la forma calcinada. La rebeldía contra el orden es legítima cuando es obediencia al orden de la Vida. Es ilegítima cuando, bajo el pretexto de rebelarse, declara la guerra a todo orden. El enemigo de la vida la amenaza o aniquila de dos modos: por disolución o por rigidez. En uno y otro caso, la vida acaba. Tanto aquel movimiento que lleva la forma a su cumplimiento como el que devuelve al seno de lo UNO toda forma ya hecha pertenecen al ritmo de la VIDA. Pero cuando aparecen falsos antagonismos, los polos se cambian en contrarios,

como ocurre siempre allí donde el movimiento dialéctico del que vive se aferra a posiciones rígidas. Acaban en discusiones estériles, como a menudo ocurre en el caso, por ejemplo, de los representantes de las tradiciones de Extremo Oriente y de Occidente.

En las controversias entre Oriente y Occidente, los representantes de un espíritu masculino patriarcal y los de un espíritu femenino matriarcal, terminan muchas veces siendo adversarios. Sin embargo, en todo ser humano, masculino y femenino forman parte, ambos, de una sana totalidad —en Oriente y en Occidente—. La esterilidad de tal oposición se muestra con toda claridad en las discusiones religiosas.

Las religiones separan; un vivo espíritu religioso une, pues reposa en una experiencia fundamental que actúa según el ritmo de una dialéctica entre la fe en una divinidad concreta, separada del hombre, y la experiencia mística de lo UNO, que suprime toda dualidad. Ese ritmo fecundo pone el acento tanto en uno como en otro de estos aspectos. Cuando uno de ellos se convierte en posición radical, o en objetivo definitivo de una religión, los caminos se separan. A pesar de ello, en el terreno de lo religioso, es este movimiento de intercambio el que permite que lo sobrenatural se haga presente como vida. En lugar de esas diferencias que oponen Oriente a Occidente, quizás haya llegado el momento de reconocer los verdaderos antagonismos. A través de todas las discrepancias entre Oriente y Occidente y sus mortales posiciones estáticas, se podría descubrir la dinámica de una vida religiosa en la que todas las creencias fijadas en conceptos retornarán al crisol de una experiencia de la VIDA que sobrepasa toda noción de objetividad.

Cuando el SER se hace experiencia, es ya posible sobrepasar otro de los obstáculos que hoy en día turban los espíritus, la oposición entre los que creen en Dios –cristianos y otros creyentes no cristianos– y los ateos –marxistas, humanistas, y también budistas o miembros de otras formas religiosas–. Que los cristianos y los no cristianos lleguen a hablarse, se puede considerar como un progreso en relación con los tiempos de completa intolerancia. Pero ya discutan o se toleren –con sonrisas más o menos sinceras– su oposición pacífica oculta un conflicto que no carece de importancia, pues opone a aquellos que no tienen contacto con lo trascendente, los hombres alejados del Ser y que quieren continuar así, con los que mantienen una viva comunicación con su Ser. Esta ligazón con el Ser no viene sólo de una fe inquebrantable, sino también de una auténtica experiencia, gracias a la cual se da una espontánea apertura del alma a ese Ser y una natural atracción hacia las fuerzas numinosas y hacia el contenido sagrado de la Vida.

Existen gentes que creen en Dios, *fieles* a su religión, a las que les está cerrado todo contacto con el Ser, y cuanto menos hablar de una experiencia que pudiera transformarles. Y hay otras gentes que no saben, o que no quieren saber, nada de Dios o de Cristo y que, sin embargo, viven en un contacto auténtico con lo trascendente. Dan de ello testimonio por su *élan*, por su disposición al sacrificio incondicional de sí mismos, y por su intrépido coraje ante el destino. Pueden bien ser científicos o técnicos; una calidad numinosa es la fuente de su fuerza y de su tenacidad en la investigación de su trabajo. Es como si una línea atravesara en diagonal, el seudofrente que divide a creyentes y a no creyentes,

separándolos en hombres tocados por el Ser y aquellos otros que le son sordos y ciegos. Es también frecuente que entre los creyentes esté confundido el sentido de la vida sobrenatural, pues al creerse fieles a una fe dogmática institucional desprecian la experiencia del Ser, considerándola como algo simplemente natural; otros la confunden, curiosamente, con un fenómeno racional, o solamente subjetivo.

La *línea de frente* entre creyentes y no creyentes existe bajo la forma secular de oposición entre espiritualistas y materialistas, entre los que, orientados ante todo hacia el mundo profano para garantizar su seguridad, dominan la vida secular y social, y los que, enfocados en su vida interior, buscan y siguen, en sí-mismos, el camino de madurez. Pero la verdad viva no sabe de separaciones entre materia y espíritu, y la vida pierde su brillantez siempre que uno de estos dos aspectos quiera ocupar todo el espacio. El trabajo en el mundo y la madurez interior son, entre sí, solidarios. Hay gentes que crean falsos conflictos al afirmar que las exigencias del alma perjudican las capacidades profesionales o sociales, y que las exigencias de éstas son un obstáculo en el camino interior.

Eficacia y valor profesionales aumentan con la madurez y ésta no se desarrolla sino en la medida en que el hombre asume, sin esquivarlas, sus obligaciones existenciales. Ahora bien, la exigencia del Ser sobrepasa tanto la vía interior como el mundo exterior, ya que se expresa en un lenguaje que le es propio. Vida sobrenatural y vida en el mundo, así como cuerpo y espíritu, son los dos aspectos de un todo vivo en aquel hombre que se vive como persona. No son ni la vida interior ni la vida exterior lo que divide los espíritus. Es sobre todo por su madu-

rez o su inmadurez como los hombres se distinguen en hombres responsables que saben, o no, lo que es la transparencia. Se les reconoce por su fidelidad al ejercicio y, en último término, porque buscan realizarse a sí mismos mediante la fuerza de la transparencia inmanente que, al elevarles a un nivel más alto, les permite ir cumpliendo su verdadero destino humano.

## **FINALIDAD**



## MADUREZ

Lo que importa hoy es transformar al hombre, liberarle de una forma de pensar estática, encerrada en el universo espacio-temporal. Al reencontrar su libertad de movimiento, y a pesar de los obstáculos del exterior, podrá disolver sus bloqueos y, religado de nuevo a la vida espiritual, hacer realidad la madurez de sí-mismo. Incumbe, pues, al hombre en cuanto persona, en la libertad recuperada por la unión con su Ser esencial.

La *madurez de la persona* es, y exige, algo bien distinto a adquirir conocimientos y capacidades, y es más que una moralidad reconfortante. Es una transformación desde el SER y en el SER. Aquél que alcanza la madurez no tiene ni puede más que el hombre inmaduro, pero sí que es más. Esta madurez no supone sólo la decisión de comportarse libremente en el mundo, sino que es también la libertad de rendir testimonio del propio Ser esencial y del orden trascendente que le es inherente. Aquél que en este sentido es *mayor de edad* no solamente puede hacer

lo que quiera (pues no quiere más de lo que debe), sino que tiene el deber de ser lo que él es, según Dios, desde su Ser esencial. El gran tema de nuestro tiempo es ese poder de llegar a ser ese que realmente uno es, un ser humano auténtico, ese alguien único que cada hombre está destinado a ser según su Ser esencial.

Entre el malestar del hombre neurótico y el malestar que sienten la mayoría de nuestros contemporáneos, hay muchas analogías, tanto en su raíz como en la manera de salir de tal estado. A la consulta del terapeuta no acuden sólo quienes sufren estados extremos, sino también los que padecen trastornos característicos de nuestro tiempo. Bienes, relaciones, poder, no compensan la imposibilidad de ser realmente sí-mismo. Las causas de este malestar son muy semejantes a las que el terapeuta reconoce en los trastornos neuróticos del niño. Las más frecuentes son la represión, que desanima a un ser joven y que paraliza su proceso de independencia; la incompreensión, que falsea su naturaleza esencial; la falta de afecto, por la que se siente rechazado.

Más tarde, estos mismos factores están presentes en las neurosis de angustia, en la culpabilidad y en la dificultad de contactos. Las analogías son evidentes en las condiciones de vida que marcan nuestro tiempo. Al igual que el niño, el hombre contemporáneo, sometido a condiciones desfavorables, desarrolla formas de adaptación contrarias a su Ser esencial, que, al esquivar conflictos y sufrimiento, le garantizan cierta seguridad. Cuando estas falsas adaptaciones llegan a ser en el hombre como su segunda naturaleza, al igual que los mecanismos neuróticos que falsean su ser natural, le impiden realizarse en su Ser esencial. Y es, sin embargo,

cuando el sufrimiento por la imposibilidad de ser sí mismo se hace insoportable, cuando el hombre está presto a correr el riesgo de dar el salto a lo no conocido, que cortará sus ataduras, abriéndole la puerta a un nuevo universo.

Como nunca antes, nuestro tiempo, aun privando cada vez más al hombre de su poder, despierta en él su sentido de libertad. Nuestra época y su orden, al alejarle de Dios, le mantienen en la inmadurez. Le abren así naturalmente la vía a experiencias internas de las que nace la madurez, y ello supone un giro en la evolución humana: una autonomía nueva del hombre, por su Ser trascendente, que le da acceso a la VIA SUPRANATURAL.

Hacerse *mayor de edad* es la tercera etapa, —más bien deberíamos decir etapa decisiva—, en el camino de crecimiento personal.

El proceso fundamental en la evolución humana aparece ya en la sucesión de tres fases de la vida humana: infancia, evolución de la personalidad en relación con el mundo y consigo mismo, y edad madura. Se forma y articula un todo coherente. Si el hombre lo logra y escapa del peligro de quebrarse por las contradicciones de la vida, reencontrará su integralidad a un nivel superior. La existencia humana comienza con una forma de vida en que interior y exterior, cielo y tierra, yo y mundo no se han dividido todavía, permanecen tejidos en una viva totalidad. Mas tarde los polos se separan y, con la conciencia de sí, nacen los opuestos: mundo interior y mundo exterior, devenir y desaparecer, etc. El desarrollo de la conciencia del yo y del objeto rompe la unidad viva original. El hombre debe hacer frente al mundo y contar consigo mismo. A caballo entre las exigencias de su yo y las del mundo exterior, está

siempre frente al riesgo de apartarse de su Ser esencial y de perderse en un mundo que le devora. Cuando la curva hacia la edad madura se ha tomado bien, la tercera fase de la vida, el envejecer, dará la oportunidad de reencontrar, a un nivel superior, la unidad original. El propio desvío que le alejó de su profundidad trascendente le hará entonces descubrir su Ser esencial, es decir, el SER en el que están contenidos todos los contrarios, que dejarán por ello de serlo. Para cumplir el destino de hombre que le está reservado, le es preciso encontrar aquello que le ligue de nuevo con la profundidad trascendente. Cada destino individual debe responder a esta elección: o bien deja de lado la llamada de lo profundo de su ser, o la sigue poniéndose a la escucha, en lo más íntimo de sí, de la voz del Ser esencial, entrando así en una era nueva, llena de promesas. Es ésta la elección que se propone a nuestra época, tras los tiempos nuevos que siguieron a la Edad Media y que habrán de ceder el sitio a la nueva era universal.

La decisiva transformación que se opera con el advenimiento de nuestra época cambia en el hombre su sentir con respecto a sí mismo, al mundo y a la vida. No forma ya parte de un Todo, vivido como religioso, que le protege y le guía. Es ahora un sujeto independiente en un camino abierto al mundo y sin límites definidos. Todavía en nuestros días, eso supone dos cosas: el hombre ya no considera que puede conocer, manejar y ordenar su universo en relación con Dios, enfocado hacia Dios, sino a partir de sí y con respecto a sí mismo. Este es un paso considerable en el progreso del espíritu humano. Es el despertar del hombre en cuanto sujeto que observa y domina objetivamente un universo que él considera, compara y comprende racionalmente. Por vez

primera este espíritu racional se despliega en toda su amplitud. No es bueno, como se hace mucho actualmente, el medir y juzgar este espíritu por sus penosas consecuencias.

Pero esta evolución significa también que el hombre se aparta del apoyo de lo profundo de sí y de sus fuerzas protectoras, lo que supone un peligro. Es grave cuando el hombre, sujeto hasta entonces a lo Todo, se convierte en un yo arrogante que, rompiendo sus lazos con el Ser, ya no reconoce sino la ley de su conciencia racional. Ello significa también que la conciencia de sí se reduce al nivel del yo, donde lo racional echa raíces. Sólo será entonces real aquello que quede sometido a esta conciencia definidora y aquello que se admite y maneja con la razón. Este orden racional separa al hombre del Sí mismo trascendente que hace de él una persona. El hombre pierde, y en cierto sentido traiciona, aquella otra realidad que es inasequible para el intelecto, y que le habita en lo más profundo de sí. Habrá de pagar cara esta traición que le priva de sus raíces. Basado sólo en la razón, su universo de trabajo se desarrolla según su PROPIA LEY. Al despojarse del orden sagrado, creía haber conseguido su independencia, y se encuentra ahora atrapado por el mismo instrumento que él había inventado para liberarse. Pensaba que había descubierto la fuente de la libertad manejando la naturaleza, y se encuentra entregado a un gigantesco sistema autónomo, en el que él ya no es sino un engranaje impersonal que funciona en aquél mecánicamente. En la medida en que, para manejarlo sin ser asfixiado por él, el hombre se adapta a ese mundo, se convierte a sí mismo en un fragmento de universo, ajeno a su propia humanidad.

¿Cuál es, en qué consiste, ese malestar al que, en tanto que *herederos de los nuevos tiempos*, han llegado nuestros contemporáneos?. La principal razón es ésta: el eje en torno al cual gira su vida no es ya el SER divino, inconscientemente determinante o conscientemente reconocido, que vive en él, sino el propio hombre. Su maestro no es ya el SER sobrenatural, sino el mundo. El centro que le da sentido, no es ya Dios, sino el hombre, que por su capacidad racional se creó autónomo, maestro y árbitro de sí mismo y de su mundo. Esta SECULARIZACIÓN de la existencia le hace perder su enraizamiento en lo trascendente.

En la medida en que la vida en este mundo queda reducida, para el hombre, a una construcción racionalmente conocible y organizable, de la que dependen su funcionamiento y bienestar, el hombre queda limitado a una función. La secularización de la vida tiene como resultado fatal la FUNCIONALIZACIÓN del hombre. Se limita a no ser ya sino un encargado de *funciones* que logra resultados concebibles, medibles y calculables.

Reducir al hombre al papel de agente ejecutor de un mecanismo en un universo totalmente programado por la razón, es hacer desaparecer su calidad de sujeto y de persona. DESPERSONALIZAR la vida es más, y es otra cosa, que colocar entre paréntesis el elemento puramente individual y el yo privado, es también más que obligarle a ese comportamiento desinteresado que justifica toda comunidad organizada. Al introducir un modo de pensar únicamente secular, la realidad *personal* del hombre, inaccesible a la razón, apenas se respeta. Es más, incluso queda prácticamente abolida, pues sólo tiene realidad aquello que se toma en serio. Excluir el factor personal es también despreciar el misterio del individuo y,

en última instancia, negar la profundidad trascendente, por tanto la integridad esencial del destino humano.

Una particular consecuencia de este desconocimiento del hombre en su totalidad es la valoración excesiva del elemento MASCULINO, activo, constructor, organizador, que define y limita, en perjuicio de las fuerzas femeninas de receptividad y de fusión, que guían en secreto, que protegen y transforman. Ello lleva consigo un terrible estrechamiento de nuestra visión. A través del prisma del yo objetivo y definidor, el Logos queda reducido a la razón, y las fuerzas cósmicas a *pulsiones*.

El resultado crucial es que estamos faltando a la profundidad trascendente de nuestro Ser personal al no ser sus testigos en este mundo. Nuestra razón no puede alcanzarle, aunque a pesar de todo existamos por Él y la finalidad de nuestro destino sea que Él se manifieste. Nuestra madurez depende de la unión con nuestro Ser, que en la actualidad queda sacrificado a nuestro yo profano, pues la *ratio* que domina la conciencia actual de lo real arroja aquello que la sobrepasa —la *trascendencia*— al campo de lo irreal.

La maduración del hombre, así como su verdadera libertad y su *mayoría de edad*, dependen de la manera en que acoja a su Ser esencial, es decir, la manifestación individual de la Vida sobrenatural presente en su cuerpo terrenal, que su conciencia responsable acepta lúcidamente. Creerse libre alejándose del propio Ser esencial, sin dar cabida a lo trascendente en la conciencia de lo real por hacer de sí mismo la instancia suprema es, de parte del hombre, el colmo de la

inmadurez y de la servidumbre. Supone caer una y otra vez en esa desazón que provoca el rechazo del Ser esencial.

¿Cómo liberarse del sufrimiento que provoca el *funcionalismo* y la *despersonalización*? Hay dos soluciones: o bien buscar un acuerdo superficial entre la situación exterior y las exigencias del Ser esencial, que es lo opuesto, o bien, por irse haciendo cada vez más imposible y por reconocer las raíces del desasosiego, buscar una vía que permita, ya en este mundo, ir transformándose conforme a ese Ser esencial. Lo más corriente es el recurrir a escapatorias, modificando y *mejorando* la ya vieja posición. No tener conflicto parece ser hoy el más alto valor, el fin que merece todos los esfuerzos y que parece justificarlo todo. El hombre contemporáneo no duda en sacrificar la verdad de su vida interior al dudoso bienestar de una existencia sin fricción. Ciertamente que es natural el querer evitar el sufrimiento. Pero cuando éste desvela la necesidad de una transformación, combatir el sufrir a costa de lo que sea va contra la ley interior. Nuestra civilización se parece, con frecuencia, a una gran empresa que tuviera como razón de existir el estar siempre descubriendo nuevos medios para conservar sin dolor los malos hábitos.

Toda acomodación y actitud que se oponga a la transformación que exige el Ser esencial del hombre, expresa la misma tendencia: el encontrar o mantener una posición sólida que, sin producir en sí misma ningún cambio, asegure un máximo de bienestar y tranquilidad. El principio fundamental del yo racional es, además, siempre el mismo: el

rebuscar, tanto en teoría como en la práctica, la estabilidad y la permanencia. El hombre se topa con esta tendencia estática siempre que su principal aspiración sea el vivir sin sufrir. Prisionero de su yo existencial, está dispuesto a todo, salvo a una sola cosa: su propia transformación. Una vez instalado, tratará de conservar su vieja coraza protectora, aunque sea incómoda, mejor que construir algo nuevo. El hombre actual, quizás inconscientemente, pero a veces también conscientemente, continúa buscando aquellos medios que le permitan seguir siendo el que es, sin sufrir.

Como vamos a ver, la ADAPTACIÓN, la DISOLUCIÓN metódica y la INTOXICACIÓN forman parte de tales medios.

Asusta ver hasta qué punto el hombre, ávido por encima de todo por huir del sufrimiento, toma como divisa el adaptarse y ajustarse a las circunstancias. Si se trata de mantener su posición, considera siempre legítima una mala componenda para la situación del momento. El resultado no puede sino ser nefasto cuando esta acomodación es a costa de su verdad interior, y cuando la búsqueda de una paz pasajera y superficial rechaza la exigencia de su Ser esencial. No será diferente cuando en una *terapia* se trate únicamente de hacer de alguien ese hombre *bien adaptado* que funciona en el mundo a satisfacción de todos.

Además de esa adaptación a las circunstancias que permite seguir viviendo como un individuo *en armonía* y útil, sin conflicto, sin Dios, y sin transformación de sí mismo, hay en nuestros días otra fórmula mágica: la RELAJACIÓN. Sin duda que la presión de las

condiciones de vida que pesan sobre un hombre en tensión y estresado exigen hoy ofrecerle una distensión. Ahora bien, si se miran las cosas de más cerca, lo que se enseña y sistemáticamente se practica en aras de una *distensión*, es, bajo formas diversas, una relajación que disuelve, cuya secreta finalidad es que el hombre *se mantenga tal cual es*. Cuando, mediante una técnica, la que sea, el individuo ha aprendido a *relajarse*, puede ya caer de nuevo en la crispación con la conciencia relativamente tranquila, pues este medio le va a permitir mantener, sin enfermar, su actitud de conjunto. Sin embargo, la finalidad de una adecuada distensión no es el relajarse, sino el hallar una tensión justa. Tensión y distensión, al igual que inspiración y espiración, son dos estados alternativos que se atraen y a la vez se excluyen. Separados uno de otro, cada uno de ellos es nocivo. Se puede, así también, comprender esto como intoxicación, pues es una tentativa de unificación del hombre dividido. Pero es una tentativa infructuosa, que procura sólo una relajación que alivia la tensión, pero no supone transformación alguna.

El camino de la madurez es el de la libertad, o, para ser más exactos, la etapa que conduce a la ***mayoría de edad*** es la tercera en el camino que lleva a la libertad. Los diferentes grados posibles de autonomía en la existencia humana son aquellos que, progresivamente, van haciendo tomar mayor conciencia.

La vida sobrenatural, el SER divino que reina en nosotros y en cada cosa, se manifiesta bajo tres aspectos: como PLENITUD inagotable del SER, como ORDEN ejemplar que es ley de este Ser, y como UNI-

DAD que lo abraza todo. En la plenitud se arraiga la voluntad de vivir, el amor a la vida. El orden primordial del Ser es el impulso hacia el desplegar de la Vida en una forma justa. La unidad del Ser engendra el aspirar a lo TODO, a la unión consigo mismo, con el mundo, con Dios. Estos tres aspectos bajo los que el SER se hace presente a la conciencia humana marcan a su vez los tres grados de libertad que son el premio a la lucha humana en este mundo. En cada etapa de la evolución humana, el Ser se muestra en su unidad trinitaria, aunque en el lenguaje prioritario de alguno de sus aspectos.

El primer grado de libertad está marcado por el signo del amor a la Vida, en su plenitud. Se caracteriza por un poderoso impulso hacia la tumultuosa intensidad de esta vida. En este primer grado, el combatir por la libertad se caracteriza por la búsqueda de una vida dichosa y vivaz. El querer-vivir original tiende a una existencia en seguridad, que ofrezca el máximo de satisfacciones y de bienestar. El querer experimentar de este modo la plenitud del Ser es parte de la existencia humana. El psicoterapeuta sabe muy bien que no es posible hacer que desaparezca el endurecimiento que llamamos neurosis si no es encarrilando al paciente a abrirse a la vía de la libertad de los sentidos. El deseo de gozar de la vida en el terreno sensitivo forma parte de la naturaleza humana. Ser incapaz de ello pone de manifiesto una deformación del ser humano original. Sin embargo, se hace sospechoso cuando lo que no es sino una parte de un conjunto se convierte en absoluto, o también cuando las exigencias sexuales se hacen exclusivas.

En un segundo grado, la libertad se manifiesta de modo bien distinto. Se entra entonces en el terreno del orden ejemplar de la vida, del designio que la

lleva hacia una forma perfecta y que le hace al hombre presentir que, en el universo, para que se mantenga conforme a su ordenamiento, hay cosas que se deben o no se deben hacer. Le chocan las imperfecciones y los errores que encuentra en su existencia, y ya no solamente aspira a lo seguro, sino a una vida perfecta, en sí y en el mundo en torno. Para responder a estos deseos está el SERVICIO.

La alegría de estar al servicio de una idea, una obra, o cualquier otro orden superior, se sitúa por delante de los deseos personales, y el individuo supera su propia naturaleza dejando atrás su *pequeño yo*. La imagen interior que proviene de su Ser esencial le hace realizar, en él y fuera de él, la tarea que le es destinada: su FORMA justa. Ve el mundo como un interrogante, como algo imperfecto que a él le es confiado para su acabamiento, pues él mismo se siente orientado hacia una cierta imagen y a una determinada forma. Aspira a una forma de ser, tanto de sí mismo como de su universo, puesto que para él es evidente el *realizar una forma*, ser una forma. Esta le da un sentido personal de lo que el mundo, tiene o no tiene que ser. El orden, la forma y su fidelidad al servicio de la perfección son la libertad tal como él se la representa, es decir, expresión de la imagen ejemplar que vive en su Ser esencial. De ahí le viene el poder de ir más allá de su naturaleza y de su yo para consagrarse sin desmayo al servicio de una obra o de una comunidad. Prometer algo le hace ganar una libertad que le alza por encima de los límites de lo simplemente contingente.

Participar así en lo absoluto, su decisión y fidelidad al servicio de lo que *debe ser*, sea lo que fuere lo que le advenga, desarrolla en este hombre la libertad

humana específica, la libertad del **espíritu**. Los grandes testigos de esta libertad, a través de los tiempos, son aquellos que han sacrificado su vida por fidelidad absoluta a una causa. El sentido de la vida en este caso es la dignidad que le hace ser instrumento y garante de un valor: su valor absoluto es el **honor**, que se pierde por infidelidad al servicio que le ha sido confiado. El hecho de que la palabra *honor* no tenga ya su lugar en una determinada época indica la decadencia de tales tiempos.

La libertad puesta al servicio de una obra o de un valor superior significa que, con respecto a lo absoluto que aquélla representa, el hombre ha vencido su propia naturaleza y se ha liberado de ella. Ha preferido la alegría de la obra cumplida al placer o al gozo. Sobre el placer sensorial, siempre condicionado, ha prevalecido este orden esencial del SER por encima de toda contingencia, que queda reflejado en una forma justa. El hombre es aquí libre en la medida en que comprende, como evidente, la necesidad de obedecer a su Ser esencial.

A lo largo de los tiempos parecía no existir mayor libertad que aquella victoria en la que el hombre, en su fidelidad a lo absoluto, se afirma como representante objetivo del deber, como una *personalidad* íntegra y segura. Hoy en día hay que reconocer que si bien tal libertad hace de él una personalidad espiritual, ésta no engendra aún en este hombre el pleno estado de persona.

Estar al servicio de la comunidad y de los valores de lo verdadero, del bien y de la belleza, tal como se hace sacrificándose uno mismo a un valor objetivo, no supone todavía tener en cuenta al hombre inte-

rior y lo que éste es en su Ser esencial. Al desprenderse de su yo olvidándose de sí en favor de un servicio a la comunidad, el hombre no sólo sacrifica su propia naturaleza y deseos pulsionales, sino que también, a menudo, y sin saberlo, está sacrificando los derechos y exigencias individuales nacidos de su Ser esencial. Al dar cumplimiento a un deber objetivo sitúa fácilmente entre paréntesis lo que él es por su SER esencial, en cuanto sujeto.

Por grande que sea la victoria sobre sí mismo cuando **se** sacrifica por una causa *objetiva*, la libertad que con ello expresa no es en absoluto la forma de libertad más profunda a la que está destinado. Aquella libertad que debe ser la verdadera finalidad de la vida es el fruto de una madurez en la que el hombre acepta el seguir la tercera aspiración, que le conduce a la unidad del SER que abraza todas las cosas y que borra los contrarios. Tal libertad es un estado del alma en que, en íntima unión con el SER que está más allá de todo objeto y que suprime los contrarios, este hombre queda liberado del inevitable *o esto o lo otro* de los contrarios que imperan en el universo de su yo. El hombre es libre en cuanto persona cuando logra –y sólo entonces– vencer y superar la oposición entre vida y muerte, absoluto y contingente, espíritu y naturaleza, valores intemporales y existencia histórica, entre destino en este mundo y Ser sobrenatural.

Se va haciendo realmente *persona* en la medida en que va siendo capaz de saborear la ***coincidentia oppositorum***, por la que se pasa más allá de la oposición, en sí mismo, entre el Sí-mismo divino y la existencia histórica, y por la que se encuentra la armonía entre el yo profano y el Ser esencial.

¿Cuál es la vía que conduce a tal disposición de espíritu, a ese estado humano que hace posible la más alta forma de libertad? El camino de esta tercera libertad pasa por la EXPERIENCIA DE LA TRASCENDENCIA PRESENTE EN NUESTRO SER ESENCIAL. La puerta de la libertad de la persona, aquella que conduce al estado de madurez, es la EXPERIENCIA DEL SER, la *gran experiencia*.

El *Ser esencial* es, en cada uno de nosotros, la presencia del SER divino tendiendo a manifestarse. El hombre es una **persona** en la medida en que, integrado en el Ser, sea capaz de responder a su llamada y, consciente y en toda libertad, dar testimonio de Su presencia en su existencia temporal. La experiencia del Ser en nosotros sólo es posible por la experiencia de nuestro propio Ser esencial. Y, a la inversa, sólo se puede descubrir el Ser esencial si se ha vivido la presencia del Ser sobrenatural que trasciende y suprime la existencia centrada en el yo. Se trata, pues, de abrirse a esa íntima experiencia que permite al hombre vivir una realidad totalmente diferente a la de ese mundo familiar que nosotros construimos y dominamos valiéndonos de conceptos y definiciones objetivas. Preguntarse con ansia si eso es una experiencia *mística* que exige disposiciones especiales, o si lo que en ella se siente no es sino algo *solamente subjetivo*, sería dejarse engañar por la conciencia objetiva, que en nuestros días lo ha invadido todo y que se concreta en un pensar científico y técnico. El campo de la experiencia trascendente se sitúa más allá del horizonte de un pensar objetivo, justo allí donde acaba el terreno de su competencia. La ciencia que tiene relación con el hombre en cuanto persona no forma parte de las ciencias físicas o naturales. Tampoco pertenece,

propriadamente hablando, a las ciencias humanas. Es una tercera *cosa* —que todavía no existe pero que está en camino—.

El hecho de que, en el caso de la experiencia del Ser, se trate de una realidad total, inaccesible a los conceptos y por tanto inclasificable, no significa que no se pueda hablar de ello. Para comprenderlo no es tampoco necesaria una primera experiencia. Basta con que en el Ser esencial del hombre esté el intuirlo y anhelarlo. De hecho, todos nosotros hemos ya vivido, en una u otra ocasión, experiencias del Ser en horas estelares de la vida. Pero la mayor parte de las veces han pasado desapercibidas por no estar preparados para reconocer su importancia. Son esas horas de dicha que, con frecuencia, se dan tras momentos de una gran pena. Son esas horas en que, al límite de las fuerzas y habiéndose ya agotado la capacidad de juicio, hemos sido capaces de someternos. En el instante en que el hombre se abandona, en que se anonada su viejo yo y su mundo, cabe la posibilidad de percibir en uno mismo una realidad totalmente distinta. Es eso que algunos han vivido ante la presencia de una muerte próxima, como por ejemplo en una noche de bombardeos, o en una grave enfermedad; en toda situación en que la amenaza de ANONADAMIENTO lleva el miedo a su colmo y la resistencia se doblega. Si entonces se acepta esa situación (paradójica para el yo siempre dispuesto a defender su posición y su seguridad), se produce de pronto una inesperada calma. Desaparece todo temor, vive en nosotros algo inaccesible a la muerte y a la destrucción. Uno piensa por un instante: “si salgo de ésta, ya sabré, de una vez por todas, por qué vivo y

hacia dónde voy”. Sin poderlo comprender, el hombre siente en él una fuerza totalmente nueva. No sabe ni de dónde viene, ni por qué está ahí. Simplemente piensa: ***me hallo en el seno de una fuerza indestructible***. Tocado por el Ser, ha podido interiorizarse en su íntima conciencia y, por un instante, ha desaparecido el caparazón defensivo que le distanciaba del Ser.

Un hecho que eleve al hombre por encima de su pretendido poder, puede aportarle (si no la rechaza) una experiencia del Ser. Puede suceder igual en aquellas situaciones en que lo absurdo lleve a la desesperación. Si, por ejemplo, víctima de una injusticia tan flagrante que pueda conducirle a la locura, el hombre se abandona y acepta lo inaceptable, puede entonces llegar a sentir que la luz se hace en él, y que su situación cobra un sentido inexplicable. Una vez más siguen siendo incomprensibles el origen y el fin de esta claridad. Simplemente este hombre vive *en la luz*, como en el caso anterior se vivía *en la fuerza*.

Existe también una tercera forma de experiencia del Ser. Cuando en TOTAL SOLEDAD, como puede suceder tras la muerte del compañero de la vida, se cae en un estado de insoportable tristeza. Si a este hombre le es dado el realizar lo imposible, sometiéndose a la realidad tal como ésta se presenta, es decir, una vez más, aceptando lo inaceptable, puede entonces llegar a sentirse recogido, protegido, envuelto en un amor del que no se puede decir ni quién es el que ama ni quién es amado. Al igual que en el caso de la fuerza y la luz, ahora es *en el amor*. Cada una de estas experiencias hace de quien las vive un testigo vivo de ese Ser que le ha llevado más

allá de toda anterior condición de su vida. Se puede por ello decir que los hombres viven la experiencia del Ser con mucha más frecuencia de lo que se piensa. Pero no saben qué es lo que les pasa. Por no haber sido preparados para ello, y porque el don recibido no pertenece al orden de las miras humanas, dejan de lado la experiencia, la minimizan, y quedan vacíos. Después dirán que se trataba de un estado de ánimo, o una reacción de distensión explicable tras una tensión que llegó a ser insoportable; volverán más tarde a su estado normal y, a lo más, lo ponderarán. No, es justo lo contrario. Habiendo caído antes en un sistema de razonamiento intelectual, su espíritu estaba ensombrecido y deformado con respecto a la gran ley del Ser. No eran capaces de recibir la verdad de la que hemos de dar testimonio, ni de respetar la calidad numinosa que acaban de saborear. Es precisamente eso lo que habremos de aprender: a reconocer tales momentos estelares en su **transparencia**. Debemos tener el coraje de admitir la realidad de Eso que en esos instantes nos habla. Nos corresponde a nosotros el decidir sobre la realidad de tales experiencias, pues es así como se acrecentará en nosotros la fe, inquebrantable, puesto que no es una creencia **en** algo no conocido para el hombre, sino la expresión y el testimonio de una experiencia del SER sobrenatural, que nada ni nadie nos podrá sustraer.

Mas ¿es siempre necesaria una situación extremadamente penosa para poder vivir una experiencia del SER? Ciertamente que no. Es en ellas en las que, más profunda e intensamente, podemos ser alcanzados y tomados por Él. Pero se dan también horas estelares de dicha. Sin embargo, en éstas se

corre fácilmente el riesgo de atribuir esa calidad numinosa al superlativo de una felicidad profana. El espíritu sopla donde quiere; más a menudo de lo que creemos ocurre que, sin razón aparente, el hombre se siente elevado, por unos instantes, por horas o días, a un estado de transparencia. Cuando sólo impera un espíritu objetivo, cuando el hombre busca y defiende solamente su libertad luchando con la naturaleza, el destino o las creencias dogmáticas, le falta la *cultura de la experiencia interior*, aquella que le conduce a la libertad personal desde la presencia del Ser.

Es importante cultivar esa intuición que nos hace ver nuestra existencia en situación de constante tensión entre la realidad secular, objetivamente captable y centrada en el yo definidor, y esa otra realidad trascendente, que habita nuestra naturaleza esencial y la de cada cosa. Debemos también comprender que esa tensión no se resuelve sacrificando una cualquiera de esas dos realidades, sino que una y otra han de ser integradas. La buena solución no es el elegir ésta o aquélla, sino el fundir ambas en la totalidad de una forma de Vida superior. Ese Todo es el de la **persona**, que da pruebas de su madurez manifestando en el mundo lo sobrenatural, el Ser esencial en el espacio del yo.

Cada paso hacia esa toma de conciencia de la Vida aporta con ésta una riqueza y una fuerza nuevas, pero también un nuevo peligro y un nuevo deber. Sucede igual en la etapa que va del conocimiento objetivo a la conciencia más allá del objeto, de la conciencia profana a la conciencia trascendente.

En la medida en que la visión del yo, que vela y reprime el núcleo trascendente, mantenga a un hombre en la periferia de sí mismo, irá creciendo más su

anhelo de un contacto satisfactorio con el Ser. Si en ese hombre reina una disposición profana, correrá el riesgo de situar su experiencia del Ser bajo el signo del yo, y, por tanto, la desperdiciaría. Los principales riesgos que entonces se correrían son: UNA BLANDENGUE DISOLUCIÓN, EL CULTO SENTIMENTAL A LAS IMPRESIONES VIVIDAS EN LA EXPERIENCIA, Y LA INFLACIÓN por un mal uso de la fuerza adquirida por el Ser.

En nuestros días, son muchos los que han sentido el gusto del Ser, y en más de uno esa experiencia ha hecho nacer el deseo de acceder a un contacto más profundo y durable con Él. Se comprende así por qué se crean hoy por todas partes centros en los que, bajo una dirección más o menos válida, se practican ejercicios destinados a hacer salir a los hombres de su estado de conciencia ordinaria. Bajo la etiqueta de denominaciones respetables, como yoga, meditación, silencio, recogimiento, se practican toda suerte de ejercicios. Sin embargo, para aquél que acaba de llegar al umbral de una transformación, existe en ello el riesgo de nuevas deformaciones.

Ronda el primer peligro cuando, habiendo traspasado un cierto umbral, el estado de conciencia habitual y la forma de conciencia ligada al yo están a punto de diluirse y cuando, dispuesto a franquear ese acceso que lleva al estado de persona, el hombre se queda en el simple gozo de un sentimiento de superación de sus propios límites habituales. El Maestro Eckhardt nos lo advierte: *Si en la meditación alcanzas un estado tan hermoso que quisieras quedarte ahí eternamente, despégate de eso y entrégate al primer trabajo que encuentres, pues ese estado no es sino una emoción disolutiva, y nada más.* ¡Las emociones disolutivas! Para el hombre de hoy,

ésta es una tentación constante. En vez de hallar en la experiencia el impulso que le empuje a un nuevo devenir, se arriesga a zozobrar en el simple confort del borrar toda frontera. Cuando domina el apetito de la evasión espiritual, se cierra el camino a una forma justa y conforme con el Ser.

Son muchos los que buscan, no en la droga, sino en ejercicios de silencio, una liberación pasajera de su yo, prisionero de una calcificada coraza de defensa. He conocido muchas gentes que vienen practicando estos ejercicios, que durante años han buceado cotidianamente en la *meditación*, y que a pesar de ello están más lejos de una transformación interior que muchos otros que ignoran todo sobre el ejercicio espiritual. Si se les pregunta por qué lo practican y qué es lo que les aporta, hablan con gusto de momentos vividos *fuera del tiempo, de ingravidez, de estados elevados*, cuyo efecto, en el mejor de los casos, se prolonga un poco en la jornada. Pero vivir un estado cuya acción es tan breve, no supone todavía una TRANSFORMACIÓN. Si no es esto lo que se busca, sino emociones agradables, el ejercicio no sirve para nada. Es preciso que, en el centro de la persona, se forme un núcleo de nuevas fuerzas espirituales. Ello exige una firme decisión en la elección de una vía interior, y el nacer de una nueva conciencia. Ahora bien, si no se hace un saneamiento en profundidad, es decir, un serio trabajo sobre lo inconsciente, todo *éxito* reposa sobre un suelo movedizo, porque la integración del Ser esencial será precaria. No hay nada tan desfavorable en el camino como un simple culto a las impresiones emotivas, pues el hombre no asume ni el deber ni los sacrificios que el camino impone, abandonándose simplemente a *estados sublimes*. Ciertamente que

todo contacto con el Ser aporta una dicha profunda y que es realmente incontestable la *maravilla*, pero hay que censurar el hecho de abandonarse, sin ir más allá, a un gozo sutil.

El segundo riesgo es la perezosa, la **inútil** paz. Paul Brunton me decía un día que en la India él tuvo la impresión de que algunos yoguis llevaban por un camino falso a un buen número de gentes, ya que les aportaban algo –que sin duda éstas buscaban, o mas bien su yo buscaba– que se traducía en una paz indolente y en un descanso en la indiferencia que les impedía que algo serio llegara a su conciencia. Tal inercia, generada artificialmente, no tiene nada que ver con la auténtica paz de espíritu, ni con ese vivo silencio que nos religa a Dios de modo perceptible, animado, fructífero. Es ése un silencio muerto, que surge de un fondo de agitación y de angustia, y que ciertamente puede ser agradable, pero que daña la profundidad de la Vida. Cuando ya nada se mueve, el silencio es muerte. Una serenidad viva está allí donde nada detiene el movimiento de la Vida, es decir, su perpetua transformación.

Un tercer peligro puede originarse del contacto con el Ser. Consiste en desviarlo de lo que es su finalidad. La experiencia pierde su verdadero sentido, destruir el imperio del yo, cuando el hombre se sirve de ella para enriquecer su yo.

Alimentado por una fuerza trascendente, un hombre inexperto olvida fácilmente que ese aumento de poder le ha sido dado como una gracia, pero también como un deber que cumplir. Se lo apropia, y su yo se infla de aquello que hubiera debido hacerle modesto. Obrando así, ese individuo no sólo desnaturaliza aquello que ha adquirido por el Ser, sino que lo con-

vierte en fuente de peligroso aumento de poder, extremadamente perjudicial, que, además, se vuelve contra él. Aquello de lo que debiera salir beneficiada su vida espiritual lo pone al servicio, a modo luciferino, del poder de su yo.

**Un culto al gozo de las emociones, una paz perezosa y la inflación del yo** son los peligros que los directores de conciencia católicos han señalado como tales continuamente, y no sin razón. Han mantenido una actitud de reserva, y hasta de rechazo, con respecto a las experiencias del Ser y a los ejercicios que las favorecen. Hay siempre peligro cuando, como en un océano impersonal sin límites, la profundidad del Ser inunda el yo y su mundo. Entonces el hombre puede perderse, o utilizar esa nueva fuerza para alimentar un yo híbrido. Pero desconfiar o rechazar sistemáticamente las experiencias del Ser por los peligros —reales— que se corren, sería caer en el error, ya cometido, de renegar de la propia religión so pretexto de que algunos de sus miembros la desacreditan. Sin duda que tales objetores no han vivido nunca una auténtica y total experiencia del Ser. En todo encuentro verdadero con el propio Ser esencial, el hombre no sólo experimenta la alegría de ser liberado de un yo, dominador tanto de sus conceptos como de sus imágenes y actitudes fijas en las que le mantenía encerrado. Le es también dado el fruto de ese barrido del yo que supone el nacer a un nuevo centro, y a un sujeto nuevo, así como al difícil deber que se le asigna. El sentido y la finalidad de ese acontecimiento que supone un auténtico contacto con el Ser no son lo que se experimenta, sino la transformación que ello supone.

El más grave error que puede cometer aquél a quien le es dada la iluminación, y con ella el **comienzo** de una transformación, es el creer haber alcanzado definitivamente el fin. Después de una profunda experiencia del Ser, se sigue siendo un hombre, determinado también por el yo y por su necesidad de durar, ese yo que considera real sólo lo que es objetivo y tangible. Este individuo se mantiene en la personalidad que participa en los valores objetivos y les sirve, que esquivo el deber de devenir una persona en el pleno sentido del término, pues no logra integrar su Ser esencial, que sobrepasa espacio y tiempo, a su yo apresado en un destino terrenal. No hay ni madurez definitivamente conquistada, ni estado permanente de paz en Dios, tal como se saboreó en la experiencia. Toda transformación deja un elemento no transformado que pone en peligro el nivel alcanzado. Todo dependerá, pues, de la firme resolución de fidelidad al Ser, cuya presencia se ha vivenciado, y que sólo puede guardar aquél que no deje de progresar. La madurez depende del compromiso en el camino, siempre renovado por aquél que se mantenga dispuesto a fusionar su yo con el Ser. Es preciso superar constantemente el miedo a sufrir de un yo que se opone a una ética impersonal y *viril*, dispuesta a poner a prueba su fidelidad al Ser por su estado de persona singular y única que vive en el mundo una situación también singular y única.

Hacerse *mayor de edad* es tomar sobre sí el yugo de esa libertad por la que el hombre renuncia a su propia libertad asumiendo voluntariamente aquello que, en su más profunda experiencia, se le ha presentado como designio y como exigencia de su

Ser esencial. Ser *mayor de edad* es mostrarse seguro y fiel en la adecuada utilización de la propia libertad.

Un hombre es *mayor de edad* cuando ha logrado enraizarse en la experiencia de la trascendencia y cuando la ha afianzado con una resolución siempre renovada. Así es como ha ganado su *mayoría de edad*, la libertad de dirigir su vida según su verdadero destino, el de ser testigo, en este mundo, del SER sobrenatural. La madurez es haber llegado a ser capaz de elegir, con decisión firme, el hacer realidad la propia experiencia. Es un compromiso de obediencia a la trascendencia que llama al hombre a manifestar, en su existencia espacio-temporal, lo sobrenatural, de lo que ha tomado conciencia en su Ser esencial. En el seno de su existencia histórica, deja testimonio del verdadero Sí-mismo, y la Vida más allá del tiempo se hace presente en el *morir y devenir* que le es propio al mundo.

La libertad del hombre *mayor de edad* es más que la de poder estar por encima de las contingencias del mundo. La libertad de la persona se afirma en su destino histórico cuando, en lugar de rechazarlo, asume lo inaceptable.

La madurez se confirma frente a la amenaza de destrucción, o ante lo absurdo cuando, desbordado por circunstancias excesivamente duras para su resistencia, el hombre resiste a la tentación de traicionar su Ser esencial. Traicionar al Ser es recurrir a cualesquiera medios para subsistir. Es aceptar una paz cobarde para evitar el conflicto. Es justificar, mediante la sumisión a las reglas de lo convencional, la traición de la propia verdad interior. Es reconocer a la sociedad y a la comunidad en la medida en que nos emplean y nos protegen. Es invocar hipócritamente la sumisión a las pro-

pías creencias religiosas y disimular la cobardía con una falsa modestia. Es, en definitiva, preferir una armonía superficial a una profundidad inquietante, es preferir mantener la *horizontal* a someterse a la *vertical*.

El hombre es *mayor de edad* cuando tiene el coraje de afrontar las zonas de sombra de su vida. Cuando está dispuesto, en toda circunstancia, a responder fielmente a la llamada interior de lo profundo. Dispuesto, también, a ver y aceptar, tal como es, la realidad del mundo. Abierto a éste, y gracias a la firmeza de resolución que le viene del Ser, el hombre se compromete a avanzar de forma natural hacia cualquier situación que se le presente. Desconfía de sí mismo cuando cree haber llegado, cuando se protege de ideas fijas sobre su prójimo, el mundo o Dios. Si se compromete con el mundo exterior, guardará siempre la libertad de renunciar a una obligación si así lo exige el ser leal a su Ser esencial. Con un nuevo mirar, considera sus viejos hábitos, dispuesto a dejar que se disuelva lo ya hecho, para tomar de nuevo la salida.

Aquél que ha alcanzado la *mayoría de edad* mantiene su fidelidad al Ser a través de todas las situaciones concretas de su existencia temporal. Se mantiene en sí en todo cambio de situación, orientado siempre hacia el Ser, dando testimonio de lo intemporal en lo temporal, de lo absoluto en lo contingente, de lo espiritual en lo secular. Lo que le importa no es dominar el mundo contingente, ni el servirse del espíritu sobrenatural para ponerse por encima de las circunstancias naturales. Lo importante para él es devenir TRANSPARENTE al Ser, y dejar que se transparente en sus comportamientos, sean cuales fueren su propia subordinación y sus imperfecciones. Para ello es siempre necesario un nuevo impulso, un partir de nuevo. Pues

el Ser, que queda velado por lo que ya es y por lo que queda objetivamente definido, no se desarrolla sino en un movimiento de renovación, creadora y liberadora. Es, por tanto, *mayor de edad* aquél para quien la rueda de la transformación no se detiene nunca. El maestro Eckhardt dice: “*El SER de Dios es nuestro devenir*” y ese sí al movimiento de transformación se cumple en un perpetuo *morir y devenir*.

El hombre que ha alcanzado la *mayoría de edad* la vive no sólo afirmando su fe, sino por la fuerza de su enraizamiento en la experiencia del Ser más allá del espacio y del tiempo, y por su fuerza cuando ha de soportar lo insoportable y aceptar lo inaceptable. Ello supone también la fuerza de proseguir, grado a grado, su transformación. Sólo puede sobrepasar el temor de su yo aquél que está arraigado en lo profundo de su Ser esencial. Para éste no es un criterio válido el lograr una armonía exenta de sufrimiento, ni su más alto valor el no tener conflictos. Sólo aquél que more en lo espiritual será capaz de soportar el desorden del mundo sin amargura, siendo fructífero el sufrimiento que esto le cause.

Es inmaduro aquél que cree poder vencer definitivamente la angustia, la tristeza y la desesperación. Es *mayor de edad* el hombre que, en los peligros permanentes de la imperfección de la vida, encuentra un medio, siempre nuevo, que le permite no identificarse con su yo ávido, triste y desesperado, sino dejar que se diluya al contacto con lo profundo. Queda así colmado, y siempre transformado, por la fuerza de lo profundo. Su personalidad va quedando más fuertemente marcada por su Ser esencial, dirigida por el amor, y transformada en sus propias debilidades. Bajo el signo de una creciente transparencia, puede así testimoniar en este mundo Su presencia.



## TRANSPARENCIA

Cuando la existencia humana progresa conforme a su destino y a su misión, se hace realidad en la transparencia, gracias a lo cual el hombre y el universo hacen posible que se manifieste la Vida sobrenatural presente en ellos.

El término *transparente* se aplica a una sustancia diáfana, a través de la cual se muestra lo que, sin esa cualidad, se mantendría invisible. También se podría decir que transparente significa que una cosa deja que se muestre otra que no podría hacerse visible sino por medio de aquello que la deja transparentarse. Aplicado a un ser humano toma un sentido diferente al de la transparencia de un cristal que permite ver el paisaje, o al de una tubería abierta que hace posible el correr del agua. En el caso del hombre, la transparencia concierne a un sujeto, en sí distinto, pero diáfano con respecto a otra cosa, asimismo distinta e independiente.

En la transparencia humana no es algo independiente que permite que pase *otro algo*. Es un *alguien* que en su Ser esencial es transparente, o diáfano, y que, en verdad, lo es gracias a eso que él puede dejar que se transparente. Se puede también decir que esa calidad de transparente la obtiene de aquello que él deja transparentar. El hombre es ese alguien abierto o velado, y lo es por la fuerza del Ser esencial que él mismo es en el fondo de sí.

Basta la mirada natural y el buen sentido de un adulto —sea éste un hombre maduro o no— para comprender qué es la cualidad de transparencia de un cristal, de una pantalla, de un velo, de un texto, de la honestidad o deshonestidad de un rostro. Para captar qué es la transparencia como un estado de ser humano en cuanto persona, hay que haber alcanzado cierto nivel humano<sup>1</sup>, que puede ser innato, pero que también puede ser expresión de una madurez adquirida en la vida presente. La transparencia es entonces el fruto de una evolución por la que la dimensión de profundidad del Ser esencial irradia a través de la conciencia del yo. Esta calidad permite igualmente presentir aquello que está más allá de los límites del yo profano y de la conciencia natural. Es, además, indispensable para que el ser humano llegue a su cumplimiento.

En un estado de transparencia, la vida sobrenatural se hace presente en el mundo y en el lenguaje de la existencia espacio-temporal, y el SER se manifiesta a través del Sí-mismo humano. En todas las formas finitas, la Vida expresa su infinitud supra-temporal de espacio y de profundidad. El mundo se hace

---

<sup>1</sup> Véase K. Dürckheim, **El despuntar del Ser**. Ed. Mensajero.

transparente a lo sobrenatural y el corazón de las cosas comienza a irradiar en ellas. Cuando en verdad el hombre vive en ese estado, todo cuanto viene a él se hace transparente. La naturaleza esencial de lo otro se manifiesta aunque, según sea su grado de transparencia, en su propia deformación.

El sentido, el fin y el fruto de la realización de sí mismo conforme al destino humano es llegar a alcanzar el estado de transparencia al SER, a fin de que Éste pueda revelarse fructíferamente. Éste es el propósito de la madurez, donde aparece el carácter de revelación de la vida humana. El hombre en estado de transparencia manifiesta la unidad del SER en su contacto con el universo. Inconscientemente se comunica con el Ser esencial de los otros haciéndose, también él, perceptible. Alcanzado integralmente en lo profundo de sí, este otro se siente llamado, impulsado también, a dejar ver, sin timidez, lo que Él es en su Ser esencial.

Ser transparente hace que en el otro se diluya aquello que era obstáculo a su contacto con el Ser esencial, abriendo así la vía a una fuerza creadora y liberadora de la que, a su vez, el mundo se beneficia. Permite tomar conciencia de lo que puede estar deformado. Se diluyen la **persona**<sup>2</sup> y sus falsas fachadas, dando luz a la persona auténtica. Revela el Ser esencial. Es fuerza de transformación, vivificante y liberadora, cuya influencia se deja sentir en toda acción o no-acción. La transparencia engendra transparencia.

---

<sup>2</sup> **Persona.** Originariamente, la máscara que entre los antiguos llevaba el actor.

Para **C.G. Jung**, es aquel sistema de adaptación o aquel modo con el cual entramos en relación con el mundo. Casi toda profesión tiene una *persona* característica. (N. de T.).

Un ser humano sólo es visible, en su propia transparencia, cuando se le considera –así como cuando pasa por la conciencia definidora– como una realidad distinta, separada del Todo. Para la conciencia objetivante un hombre es siempre, en sí, una cosa separada de la totalidad de la Vida. Sin embargo, en su Ser esencial, aquélla se mantiene ligada a la Vida, que es ese Todo, incluso cuando cada vez se trate de **una** modalidad de la existencia humana.

Cada ser humano es una forma de manifestación del SER que toma progresivamente conciencia de sí misma. Cuando esta conciencia de sí de la VIDA llega a hacerse presente en un hombre, éste logrará, poco a poco, liberarse de un mundo en el que su yo terrenal se hallaba equivocado. Estará separado del SER en tanto que se identifique únicamente con la conciencia de su yo profano, se obstine en no contar sino con él, y en quedar encerrado en ese yo. En tal caso, él es su propia referencia, y altera en sí mismo la conciencia que es propia de la VIDA. “*Su ruptura con el SER le hace esclavo de las cosas*” (Lutero). Reducido a sí mismo, se empobrece. Necesita contar con lo que tiene, con lo que sabe, con lo que puede. La plenitud del SER se convierte para este hombre en lo múltiple. Las fuerzas creadoras de lo profundo quedan reducidas a un *hacer* y no le queda sino disimular su propio vacío bajo formas superficiales. El orden viviente queda limitado a una red de *conexiones*, la unidad del Ser esencial con el SER a un sistema de relaciones sociales.

Las consecuencias de esta separación del Ser innato en él –separación por la que tiene que pasar– son fuente de un sufrir característico, que le prepara a tomar conciencia del Ser esencial al que él ha faltado. En efecto, es el propio sufrimiento

que le ocasiona la separación del SER el que engendra aquel proceso que exige la transparencia, es decir, una progresiva apertura al Ser esencial presente en él.

La madurez humana tiene como fin el devenir ese Sí-mismo transparente, lo que implica integrar el yo profano y el Ser esencial. Gracias a esa integración, la Vida sobrenatural estará presente en el vivir del yo tendiendo al mundo, en lo que éste hace, o en lo que evita hacer.

La vida sobrenatural, con sus promesas y exigencias, está continuamente obrando en el hombre, en el lenguaje de su Ser esencial, dando así prueba de que Éste no es un producto de nuestra imaginación o de nuestras especulaciones. Su presencia se percibe como algo suprahumano que habla y actúa en nosotros. Cuando más se aleje el hombre, por su yo profano, de su Ser esencial, el sufrimiento que esto le cause le situará de nuevo en la pista. Entonces lo percibirá como la conciencia absoluta de una exigencia irresistible, así como de una fuerza de liberación. Quizás entonces le sea dada la gracia de la gran experiencia, que le hará vivir la presencia, en sí mismo, del testigo del SER, en su plenitud, en su orden y en su unidad.

Ser transparente implica la capacidad de PERCIBIR, en lo más íntimo de sí, el Ser esencial, pero también la de ACOGER su fuerza de transformación. Es preciso no sólo oír la promesa del Ser esencial, sino también reconocer su exigencia. Es aquí necesario un sentido particular, un instinto más allá de los sentidos, que permita descubrir lo sobrenatural como

una particular calidad de lo vivido. Educar este sentido es un elemento esencial en la práctica iniciática<sup>3</sup>. Es el comienzo de una reorientación de la personalidad en su totalidad, primero orientada al mundo para, en cuanto persona, abrirse luego al SER.

Si, por su Ser esencial, el hombre **es** sobrenatural, también ha sido concebido, en cuanto sujeto consciente, para percibirlo. Pero, puesto que su razón se ha desafinado, habrá de reaprender a armonizarse con el SER. La condición para reencontrar su tono es, en primer lugar, la de sufrir por *tener obturados los poros metafísicos*. Después será necesario que el hombre dé la vuelta a su conciencia. Necesita pasar a una visión diferente de la realidad, lo que supone abrirse a una dimensión nueva y a un nuevo sentido, a un orden nuevo y a una nueva lógica, aspectos todos que le son ahora propios. Este cambio y esta mudanza se pueden ir preparando por el contacto con el SER.

Una creciente transparencia es el signo de los progresos que se van operando en la vía de realización de sí-mismo. Ello prueba que el yo se articula en el Ser esencial, tomando conciencia de su independencia con respecto al mundo y a la presencia en sí del SER. Es así como el hombre deviene sí-mismo, y no sólo por la manifestación del SER, sino también porque su Ser esencial y su yo profano se integran, siendo ésta condición previa a la transparencia. Es un estado del hombre, de todo él, por el que, en su yo profano traslúcido al Ser esencial, es capaz de dar de ello testimonio en el mundo. La fuerza misteriosa y operante del Sí-mismo que camina hacia su propia realización, tiende a esa actitud

---

<sup>3</sup> Véase **Los tres aspectos del Camino**.

del hombre en su integralidad, y la transparencia actualiza una potencialidad que es, a la vez, dicha y compromiso.

Sólo podrá comprender qué es la transparencia aquél que, aunque pasajero, haya vivido un contacto con el SER, o aquél que al menos tenga en sí la intuición interior del estado al que ha sido destinado.

El hombre puede vivir la transparencia como un bendito contacto que le compromete con el SER, pero también como la promesa de una nueva relación con el mundo. La presencia del SER se impone cada vez más en un mundo impregnado de ella. El SER irradia a través suyo. Desligado de su opacidad material, el mundo objetivo abre al hombre unido a lo profundo de su SER sus potenciales riquezas creadoras.

Cuando se supera el umbral entre el yo orientado al mundo y el nivel consciente de persona, y gracias a la transparencia que ello le da, el hombre ya puede resolver con serenidad las oposiciones que se le presentan sin temor a favorecer algún aspecto de sí mismo a costa de otro.

En tanto que el hombre tenga sus miras puestas en un mundo objetivamente inteligible y organizado, se encontrará atrapado, más pronto o más tarde, en un callejón sin salida con respecto a su Ser esencial. Y se asfixiará. Sin embargo, será precisamente ese encajonamiento formado por su limitado horizonte el que le despierte, un buen día, a otra dimensión de sí mismo. Primero lo siente como una ligera rebeldía con respecto al mundo exterior. Luego ya se hace totalmente consciente cuando, en situaciones demasiado penosas que su yo no llega

a dominar, se despiertan en él una fuerza y plenitud incomprensibles. Y a veces se da también sin razones aparentes, simplemente porque *ha llegado el momento*. En este despertar, este hombre, por vez primera, se siente ser transparente, permeable a aquello que sobrepasa sus percepciones habituales. Y a ese estado lo llama *sobrenatural* o *trascendente*. Pero para que esta transparencia a la trascendencia sea durable, a ese MOMENTO DEL DESPERTAR ha de seguirle una TRANSFORMACIÓN. De hecho siempre cabe el riesgo de una ilusión, la de creer que el contacto con el SER <sup>4</sup> le deja ya al hombre transformado. En realidad esta experiencia no es sino el principio de un largo camino, doloroso, que, pasando por muchos nubarrones y mediante un trabajo de desbroce de toda la personalidad, le irá acercando a sí.

El Ser esencial no puede nunca quedar reducido a un orden objetivo, ni clasificado o comprendido *psicológicamente*. En todo caso contiene en sí el principio de todo orden y la clave que abre el sentido oculto de toda vida humana.

El mundo exige del hombre que se afirme y se imponga a él de forma razonable y eficaz y que, además, se muestre útil y creativo con respecto a la comunidad y a sus valores durables. El Ser esencial le pide que se aparte de la constante influencia del mundo para abrirse a Él y vivir en Él. La aceptación absoluta de esta llamada llevaría a un desprendimiento total de las contingencias del mundo profano, así como de toda pertenencia a ese mundo. Definitivamente disuelto en el SER, el hombre deja-

---

<sup>4</sup> Véase K. Dürckheim, **Experiencia y Transformación**. Ed. Sirio.

ría de ser humano. Pero en cada uno de nosotros está esa nostalgia *oriental*. Ahora bien, en tanto que busquemos nuestra propia realización en una forma adaptada al mundo, y éste es nuestro destino *occidental*, la experiencia del SER no se opone a *ser en este mundo*, sino que es la condición para un *estar en este mundo* de forma justa.

Mientras el SER y el Ser esencial se consideren sólo como opuestos al yo profano, el hombre se queda todavía bajo la influencia de la conciencia objetiva. Superar estos opuestos será el resultado de un proceso de realización de la persona; en ella el mundo y el SER están íntimamente integrados, de tal suerte que el yo profano se va haciendo cada vez más transparente al Ser esencial, y Éste irradia a través del yo. Gracias al sincronismo de estos fenómenos, lo transparente y lo que trasluce van coincidiendo cada vez más en la persona que ha superado la oposición de los contrarios. El hombre que vive esto puede decir de sí mismo que *el ojo que me ve y el ojo por el que yo veo son un mismo y único ojo*.

Que el yo anclado en lo intelectualmente definido estorbe la toma de conciencia de la vida sobrenatural e impida la transparencia es, en el fondo, un *ardid de la vida*. (*“La vía del espíritu es un rodeo”* –Hegel). En la medida en que la vida quiere hacerse consciente de sí misma en el hombre, necesita una *contraforma* que le sirva de telón de fondo sobre el que puede reaparecer. El rayo no sería luz sin una superficie que lo reflejara. Cada paso hacia la concreción de un yo orientado al mundo y desviado del

SER no supone sólo el riesgo de negarlo, sino también la oportunidad de abrirse a Él de forma consciente y gracias al sufrir originado por tal separación. Ciertamente, esta oportunidad sólo existe cuando, para acercarse al SER que despierta en sí, el hombre no sucumbe a la tentación de utilizar los mismos medios que le han alejado. Quiere esto decir que los métodos de la conciencia racional no le servirán para nada, ya que, por muy perfeccionadas y afinadas que estén las capacidades del yo y su talento para que la vida sea lógicamente inteligible y técnicamente dominada, para acceder a un nuevo horizonte es indispensable dar el salto a un nuevo modo de percepción de sí y del mundo. Lo objetivamente inaccesible no puede ser captado por un pensar objetivo, por sutil que éste sea. Aquello que está más allá de los límites de nuestra conciencia habitual no está al alcance de los medios válidos dentro de estas fronteras. El mundo de las tonalidades y resonancia del SER no puede ser captado ni por el más eficaz de los microscopios que el hombre utiliza para descubrir las imágenes de este mundo. Se hace preciso ser capaz de escucharlas. De nuestra existencia actual hay que dar un salto a otra manera de ser humano, lo que supone una verdadera mutación en el camino de madurez. Esa transformación que se avecina es aún más potente que las modificaciones de la pubertad. Aunque, en cierto modo, le son familiares.

En el tiempo de la pubertad el individuo se descubre sexualmente como varón o mujer. El Todo incuestionado del niño se quiebra en la dolorosa experiencia de la división en sexos distintos. Pero también se despierta en él la nostalgia de la totalidad y la intuición de que sólo la unión amorosa de los sexos le permitirá reencontrar esa integralidad, reen-

contrándose a la vez a sí mismo<sup>5</sup>. En esta tensión del yo al tú, por la que se percibe de nuevo, por primera vez, lo Todo, que es más que dos seres unidos, el Ser esencial se despierta en la conciencia. La tensión entre lo profundo de sí y el mundo material que le ofrece resistencia le hace entrever las potencialidades y la misión que están contenidas en el destino humano. En el lenguaje y en la voz de su propio Sí mismo, el hombre presiente en lo Todo la promesa de una integración entre el mundo y el Ser esencial. ¿Quién no recuerda los tiempos de pubertad, con sus alternancias de desesperación y de beatitud que, en el adolescente, acompañan el nacer a la propia individualidad? Y también, ligado a esto, ese impulso del corazón por un mundo mejor, en el que la vida quemante de lo profundo sería capaz de transformar el universo de los adultos, asfixiados en un orden congelado, ajeno al SER.

El tiempo de la pubertad no es sólo el de una toma de conciencia de la separación sexual; es también el de la oposición entre el universo de la visión objetiva y aquél en que reina la interioridad de una percepción espiritual. Hoy, al igual que ayer, la eterna rebeldía de los jóvenes no tiene otra razón: el mundo de los adultos, sus reglas de juego rígidas y su pretendido realismo que les obligan a negar, por irreal, lo que en la vida que nace en ellos es esencial y profundo. En el primer paso hacia la madurez, el despertar al SER obliga a tomar conciencia, con relación a uno mismo, del mundo y de sus duras realidades. Pero también el hombre adulto, amenazado en su humanidad por el mundo moderno, vive la experiencia inversa, si es que ha

---

<sup>5</sup> Véase K. Dürckheim, **El despuntar del Ser**. Ed. Mensajero.

alcanzado el estado requerido: el SER divino se manifiesta a él haciéndole descubrir su Ser esencial, justo en esta oposición con el mundo. En el hombre que ha llegado a una verdadera madurez, se presenta de otro modo –afortunadamente, pues de no ser así correríamos el riesgo de caer en un romanticismo regresivo o en un culto oriental de liberación del mundo–. Para este hombre una nueva luz esclarece un universo transparente al Ser esencial y, por una experiencia total del SER, deviene sí-mismo, en un sentido nuevo, transparente a un mundo en el que su misión y su suerte son la manifestación del SER sobrenatural. El universo y su orden histórico se le presentan como un campo de potencialidades que van más allá de su aspecto histórico, a la vez que le hace posible, en su existencia espacio-temporal, el dar testimonio del SER. Sin embargo, esto no le será posible si no ha roto ya sus lazos con un mundo que hace de él un objeto, y si no ha alcanzado su libertad de persona por medio de una creciente interioridad del SER.

Para que lleguen a ser transparentes la vida, el pensar y la acción cotidianas, es preciso que el hombre deje siempre traslucir el SER. Es ahora cuando se cierra el círculo que se abrió en la pubertad con la toma de conciencia de la Vida. Cuando ésta se despierta en el joven, y en la misma medida de su despertar, él mismo se siente Ser esencial, capaz de devenir testigo del SER en el papel de yo, al servicio del mundo, y, a título de testigo, mantenerse fiel a la unidad del SER. Conscientes de esta unidad y del testimonio que de ella damos en el mundo, quizás también descubramos que esta misma conciencia es el sentido y el fin de toda ruptura y de toda tensión.

En su propio lenguaje masculino y femenino, y siendo siempre conscientes de que se pertenecen sexualmente, aquel hombre a quien la experiencia del SER sobrenatural ha llevado a la madurez, puede recuperar la conciencia de la humanidad original más allá de la división de sexos (andrógino) y presentir, en un amplio horizonte, su posible forma definitiva.

El estado de transparencia es esa limpidez de la persona que, a pesar de estar identificada con su yo profano contingente, hace posible que se manifieste su Ser esencial y absoluto. En otros términos, la persona que, en tanto que yo profano, no representa sino un aspecto de lo Todo, deja traslucir ese Todo cuyo mirar pasa a través suyo.

En la conciencia objetiva del yo percibimos lo relativo y lo absoluto como dos realidades distintas y separadas. Cuando nuestra conciencia separa el mundo de nosotros, es verdad que podemos hablar de contingente y de absoluto. Sin embargo, en un sentido diferente, contingente y absoluto se presentan en la experiencia como dos modalidades del Sí-mismo y, en su tensión, estas modalidades son el modo en que percibimos la Vida y a nosotros a través de nuestro propio prisma. Lo relativo está ahora contenido en lo absoluto, así como lo absoluto lo está en la experiencia de lo que llamamos relativo.

Cuando hablamos de la conciencia del *quién*, es decir, del sujeto, estamos hablando de la persona vista desde su transparencia. En la medida en que el hombre progresa hacia ella, el SER va ocupando en él un lugar cada vez mayor, a la vez que el yo

renuncia siempre más a su independencia, transformándose finalmente en servidor transparente que, al irse sintiendo más habitado de pura profundidad, se sitúa, naturalmente, a su servicio. En este proceso de articulación del yo sobre el Ser esencial, la oposición entre Éste y el yo profano se transforma poco a poco en polaridad. De igual modo que la diferencia entre conciencia objetiva (conciencia de *qué*) y conciencia del sujeto (del *quién*) se convierte en tensión positiva donde, en la conciencia de la persona, se percibe la Vida como la del Todo en el cual vive.

En cuanto a la transparencia, existen diferencias de calidad, profundidad y duración. La estructura de conciencia que separa a los hombres de la verdad puede ser más o menos densa, o bien hacerse transparente por un tiempo más o menos largo. Pueden intervenir en esto tanto circunstancias del exterior como presiones internas. Se abre una brecha en el *buen orden* del yo. Una ligera irrupción, un sobresalto estremecido, una alegría efímera y, por un instante, resplandece el rayo de transparencia, algo nuevo zarandea la habitual rutina, y sitúa al hombre frente a otra realidad. De pronto adivina el espacio de una dimensión ignota. No sabe ni lo que le aporta ni lo que le exige, y siente miedo. Se pone entonces en marcha un mecanismo de defensa, el hombre se encierra en sí y cae de nuevo la ola de la VIDA que le levantaba, dejando paso a las viejas y arraigadas rutinas. Que el SER se abra al hombre y actúe, progresivamente, como una fuerza de transformación, depende del tiempo que ese hombre soporte su nuevo estado. Cada uno de

nosotros posee cierto grado de libertad que le permite, acoger lo de lo profundo que en él resuena, o, por el contrario, someterse al mecanismo de defensa que le aleja de sí; aceptar el compromiso de lo profundo que le llama, u oponerse a ello. Pues el hombre tiene miedo a lo profundo de sí, miedo también a su inconsciente. No sólo le asusta su sombra, sino también el SER que aquélla deforma. Teme que haga surgir en él la vida no vivida y reprimida que haya podido convertirse en enemiga y venenosa. A pesar de ello, reencontrarse con la sombra es condición necesaria en un legítimo despertar al Ser esencial. No puede ser de otro modo, ya que la primera experiencia del SER sitúa la sombra en un primer plano. Aunque más que las agresiones de la sombra, el hombre teme que la Vida haga tambalear los hábitos, bien asentados, de su existencia. La Vida no puede despertar en el hombre si antes no se ha descargado de ellos. Por lo cual raramente acepta la reserva de Vida espiritual que, desde hace ya largo tiempo, espera el momento de poder desarrollarse en él. A causa de su miedo, se aferra a la secreta protección de la sombra.

El carácter de la transparencia depende del estadio al que haya llegado el hombre.

Está la transparencia original, prepersonal, en que la Gran Vida está presente todavía sin deformar. Es así en el niño. Más tarde, y en todos los niveles de conciencia, se mantiene vibrante algo de esta transparencia. Se manifiesta por un *sí* inconsciente a la vida, que el hombre siente subyacer en todos los eventos de la existencia. Expresa la presencia de la vida espiritual como una fuerza de promesa y de

apoyo, en la propia estructura de la conciencia, como una vibración fundamental que determina toda su actitud. Pero cuando el hombre se endurece y obstina en un modo de vida indócil, la tonalidad fundamental enmudece. El SER deja de animarla y, en cierto modo, este hombre se queda *sin alma*. Allí donde en el hombre el sí a la vida se transforma, inconscientemente, en rechazo, el suelo se derrumba bajo sus pies, y él es presa de una sensación asfixiante de angustia, de vértigo, porque el vacío le engulle. O también, sin razón aparente, se siente agotado, deprimido y nerviosamente perturbado. Sin embargo, es en el trasfondo de esos momentos donde, de repente, puede tomar conciencia de la calidad esencial de lo que vive, en su propio aspecto negativo. Si este hombre tiene el sentido de estas cosas, la calidad específica de profundidad de su sufrir le hará descubrir la Vida espiritual. Hay seres que han sido tan profundamente afectados por la calidad numinosa de su sufrir, que se ha producido en ellos un cambio radical, pasando de rechazar a acoger el SER.

En todas las formas de depresión está presente la falta de un sí a la calidad normal esencial de la vida. Se da siempre la falta de impulso; se apaga una luz interior, se ha quebrado el hilo con el que el hombre está ligado a lo infinito. En una auténtica transparencia se manifiesta, por el contrario, un *élan vital*, un soplo portador de una conciencia total de la Vida, ligada a lo que es interior.

Se pueden distinguir los diferentes grados de madurez por la transparencia más o menos marcada que manifiesta la plenitud, una forma cumplida, y la

unidad del SER, que colorean inconscientemente lo vivido o alcanzan conscientemente la conciencia, permitiendo al hombre reconocer y paladear el SER que le guía por el camino de la madurez, por la vía que conduce al arte de reconocerla bajo sus tres aspectos<sup>6</sup>. Naturalmente que este *reconocimiento* no es tarea del yo racional. Es más bien un reconocimiento íntimo, un acoger, un acuerdo dichoso ante el carácter inaudito de lo que le ha sido dado. Experiencia inaudita, en verdad, aunque familiar en apariencia, por la que el hombre se siente de pronto como *en casa*, y totalmente sí mismo. Si es adecuado su encuentro con el mundo, se hace transparente a sí mismo y, tomando de ello conciencia, responde a este encuentro del SER con un triple *sí* que surge de lo más profundo de su ser: *Eres Tú, sí, Tú estás ahí, sí, yo soy Eso*.

En cada paso hacia la madurez, la Vida es presencia de lo sobrenatural, que se expresa cada vez en el lenguaje que es propio de ese estadio. En cada grado de evolución se percibe el SER de forma distinta. Cada ser humano lo percibe de manera diferente según el nivel que le es propio; puede ser innato o adquirido en el curso de su vida. La luz del Ser está siempre coloreada por el prisma de un determinado estado de conciencia. Sea cual fuere su grado de evolución, el hombre, en lo más profundo del núcleo de su Ser esencial, vive por el SER. No sin resistencia, como la flor o el animal, pues él es un ser consciente, es decir, más o menos desviado. Pero por eso mismo, en ese trasfondo, tiene la oportunidad de

---

<sup>6</sup> Véase **La trinidad del ser**.

percibir conscientemente su deformación. Es éste el sentido y el fin de la tensión entre dicha y sufrimiento, realización y aspiración, compromiso y libertad, que no conocen bajo esta forma los demás seres vivos.

La vida en el tiempo no es sólo el hecho de existir; es también la vida vivida, los recuerdos, los proyectos. La razón fundamental de nuestra vida en el espacio-tiempo es la presencia en nosotros, y la irradiación, de lo sobrenatural. Como contrapunto de lo consciente, nos habla continuamente en el lenguaje de nuestra disposición de espíritu, de nuestro estado anímico, por la intuición o la nostalgia, la promesa o los temores, por la esperanza y también, a menudo, por una *íntima dicha*. Nos llama en el trastocante acontecer de las horas estelares que derriban todas las barreras. Inesperado, ligero como un soplo, o intenso como el rayo, sin razones, en el corazón de lo cotidiano. Lo más claramente posible cuando algo aparta al hombre del ronroneo de sus costumbres. Cuando está asustado, o también cuando se siente muy feliz o muy desgraciado, cuando se sobrepasa a sí mismo, o cuando se pone en juego su destino y a sí mismo, en el combate, en el amor, en la fiesta. Sin embargo, cuanto más consciente se va haciendo, más se parapeta tras las estructuras y sistemas que deforman el Ser. Pero, según se acerca a la madurez, el hombre confirma su búsqueda de un estado interior que permita hablar al Ser, no sólo en ciertos momentos, sino constantemente, puesto que, al hacerse transparente, ya no interrumpe su diálogo interior con Él.

*“La transparencia, dice Jean Gebser, es la forma de manifestación de lo espiritual”<sup>7</sup>.*

Hay gentes muy inteligentes que no son espirituales. ¿Qué les falta? Ser transparentes. Tampoco una inteligencia evolucionada, desarrollada, es garantía del sentido de lo espiritual. Es sorprendentemente desolador mantener una conversación sobre el Camino con gentes inteligentes, y hasta de un buen nivel filosófico, pero que no son transparentes. Ni siquiera comprenden de qué se trata. Y cuando comienzan a comprender se vuelven cínicos, o se enfadan, porque comprometerse en el Camino y dejarse tomar por él, por lo que contiene de profunda verdad, sería el fin de los sistemas, bien establecidos –aunque ajenos al Ser–, en los que tienen arraigadas su vanidad y sus pretensiones.

¿Cómo distinguir el arte del *kitsch*? Al *kitsch* le falta transparencia. Se queda plomizamente en lo superficial. Todo arte implica una tensión entre lo finito transparente y lo infinito que trasluce a través de la obra. Permite que lo que está más allá de la forma y de la no-forma resuene como contraforma en la estructura finita. Es por eso por lo que, a pesar de toda su cultura, las gentes carentes de espiritualidad son frecuentemente aburridas. El hombre espiritual inquieta a aquél que no posee más inteligencia. Lo espiritual cuestiona su existencia. Es ésta la razón tanto del aprieto del hombre burgués ante el artista como del incomprensible atractivo que el arte ejerce sobre el hombre encerrado en una conforta-

---

<sup>7</sup> Véase Jean Gebser, **Ursprung und Gegenwart**.

ble existencia. Esa aura le habla, a través de un secreto e inquietante atractivo, de su verdadera vida reprimida.

Cuando el único fin de una terapia es que cese el sufrimiento y que se restablezcan las capacidades seculares, esa terapia no conduce a la transparencia. El hombre en búsqueda no la hallará conscientemente sino por el camino iniciático, por la vía de consagración, cuando el solo fin sea la iluminación y la transformación por el SER. Ahora bien, este encuentro con el Sí-mismo va precedido de un tiempo de paso por un mundo de tinieblas. Es condición previa una conversión, en cuyo umbral se sitúan las propias tinieblas de aquél que la emprende. Estos nubarrones están formados por todo lo que este hombre haya reprimido, por su parte de vida derrochada o vivida contra la ley. Ello supone un cambio radical.

Hay hombres que conocen ya la transparencia, que no sólo la presienten con nostalgia, sino que parecen estar ya muy cerca. Y sin embargo no llegan a alcanzar esa bendición porque no quieren seguir el camino de sombra, sin el cual no es posible la experiencia de la Gran Claridad que está más allá de la luz y la noche. Antes de la *resurrección* está siempre el encuentro con el *infierno y la muerte*.

Despertar a la luz pasa por eliminar aquello que le hace sombra. Lo que separa no es sólo un pensar *desviado*, ni una suma de falsas imágenes o representaciones. Es el hombre, todo él, en su sistema de actitudes y de arraigadas posiciones. El hombre en su identificación con una cierta *manera de estar en*

*el mundo*, en la que se instala tan sólida y armoniosamente que termina confundiéndolo con el hecho de ser *sí-mismo*.

En los diversos caminos, en las diversas circunstancias de su existencia, el hombre siempre ha callado mucho de aquello que, en él, hubiera querido expresarse. Ha encerrado mucho de aquello que tendía a la libertad, ha reprimido mucho de aquello que hubiera querido vivirse. En tanto que *eso* no se haya expuesto a la luz, aunque fuera sacrificándolo a un orden bien experimentado y sin considerar las posibles consecuencias, el *salto* no puede tener éxito. Cuando un hombre comienza a ver que la transparencia es su verdadera finalidad y que, con sus bloqueos, él mismo es obstáculo en el camino hacia esa transparencia, en cuanto obstáculo, ese hombre ha de quedar eliminado. Ese salto no lo puede salvar con una acrobacia intelectual o con un salto imaginario. El yo ha de *marchitarse* para que pueda *prosperar* el Ser esencial y la persona pueda devenir transparente. Esto es así en todo contacto del SER que dure más de un instante. Es también así en la primera experiencia de la gran Luz. Primeramente es una promesa y, para que tras haber atisbado la luz ésta se haga realidad, es precisa una transformación cuyo signo distintivo es la transparencia. Para un auténtico cambio es condición indispensable sumergirse en el mundo de la sombra, anonadarse en la oscura profundidad. Es justo en el momento en que la eclosión de la Vida parece estar al alcance de la mano, cuando ya vemos el esplendor de su coloración y nos llega ya el aroma de sus perfumes, creyendo poder ya asirla, cuando habremos de renunciar a un acerca-

miento directo. Una y otra vez tendremos que afrontar nuestra sombra. Sólo así será legítima una transformación decisiva. Porque sólo puede venir de un encuentro con los poderes de las tinieblas que envuelven al hombre, para poder luego reconocerlos e integrarlos.

La transparencia justa, aquella que deja pasar definitivamente la luz del SER, y en la que quedan absorbidos todos los contrarios de luz y de sombra, exige el morir en las tinieblas absolutas. Va precedida de la experiencia de la luz y, con ella, de la primera liberación del yo y de su miseria. La experiencia del SER que por primera vez saca al hombre de su prisión, le lleva también más allá de sí mismo, a lo sobrenatural, donde éste trata de quedarse. Pero la experiencia de la luz llama a la de las *tinieblas*, que no pueden quedar ya reducidas a *psicología*, al igual que no lo puede ser la luz liberadora que las precedía. Sólo la experiencia de la luz y de su contrario hacen posible que reluzca aquella claridad que, más allá de los contrarios, nos espera en lo más profundo de nuestro Ser esencial.

En su primer encuentro con el Ser, el hombre bucea en la claridad liberadora de lo profundo y, por vez primera, sin saber siempre lo que le ocurre, siente la dicha de la transparencia. Es liberado de las tres formas de desolación que le obligan a un eterno combate contra el peligro, lo absurdo y la crueldad de un mundo siempre amenazante. Puede también presentir algo de la incomparable luz que le esclarece y que, como en un mar de calor y de claridad, le lleva hacia su patria: la gran Vida liberadora. Encontrarse con un hombre en tal estado es ser testigo de una metamorfosis. Pero eso no es todavía expresión de la *gran transparencia*, ya que

ésta exige que aquél que ha despertado a lo sobrenatural lo perciba no bajo su sólo aspecto luminoso, sino también bajo el de la noche oscura que le hará vivir, por primera vez, la desesperación por sentirse sumido en la separación del Ser. Es la insondable aflicción de esa noche la que suscita la presencia del Ser y la que hace que ese hombre sea realmente *transformado*, capaz de hacer realidad su humanidad en el seno mismo del mundo, y no saliéndose de él.

La forma de su existencia toma entonces un contorno preciso, pues él ha interiorizado su esencia, no ya de forma fugitiva o puntual, sino con una creciente firmeza que también despierta y acrecienta el potencial de SER de todo su entorno.

La transparencia significa siempre ser transparente al Ser, desde y hacia Él. El hombre, en su conciencia, es por tanto permeable a su luz. El Ser se manifiesta a él, al igual que la Vida sobrenatural, en su triple aspecto de plenitud, de forma (el orden y la ley) y de unidad. Se hace presente tanto en forma de fuerza bienhechora, por la voz de las fuerzas cósmicas elementales, como de poder creativo del orden universal de las leyes e imágenes que nos mueven en profundidad. O también en el lenguaje del alma que toca el corazón humano como la fuerza de lo UNO que une cielo y tierra, yo y mundo, yo y Ser esencial. El despertar del Ser en el corazón humano lleva siempre como condición previa el anonadamiento del *pequeño corazón* apegado sólo al mundo y dependiente de él. Ha de quedar abatido antes de que el verdadero corazón, ya libre y puro, se abra al espíritu del cielo y de que de él nazca el

verdadero ser humano, habitado por el Ser del que este hombre es testigo en el seno del mundo.

En el estado de transparencia, el Ser, que es fuerza absoluta, creación y luz, se hace presente en una de sus tres formas, es decir, en su plenitud, en su orden, en su unidad.

En cada una de estas formas, la irradiación del Ser nos alcanza de modo diferente, según el grado de madurez ya alcanzado. Sin embargo, no podrá ser perceptible –inexplicablemente perceptible– al espíritu humano sino en la alternancia de las tres formas. Este espíritu humano no es, sin embargo, sino una forma del Ser que se ha manifestado, y el modo especial de percibir el Ser en la trinidad de su unidad no es sólo humano sino que, en cierto sentido, es un encuentro del Ser consigo mismo en la conciencia del hombre, en la que se manifiesta según el modo humano. Para aquél que vive encerrado en los hábitos más o menos arrogantes de la conciencia objetiva, tiene un carácter liberador y creador.

Cuando el Ser despierta la conciencia en su aspecto de plenitud, el hombre percibe el estado de transparencia como una presencia refulgente del Ser en la irradiación de su infinita riqueza. Se siente tocado por el *élan vital* divino, el entusiasmo exaltante de la Vida liberadora y creadora que renueva sus fuerzas profundas. Esta energía infinita toca su conciencia con una especie de fuerza explosiva. En una auténtica experiencia del Ser, esta vivencia es totalmente independiente de las circunstancias del exterior. La característica propia de la gran transparencia es que la experiencia dada por el Ser es abso-

lutamente libre de toda correspondencia con la existencia contingente. La plenitud del Ser se recibe a menudo como poderío, riqueza y fuerza, en situaciones de gran pobreza, de debilidad y de impotencia. Lo UNO, protector omnipresente, se establece en la conciencia íntima del hombre precisamente en los momentos de abandono a la gran soledad. Por eso, el propio sentido de la verdadera transparencia es su victoria sobre el mundo en medio de los peligros, del absurdo y de su crueldad con el miedo, el desaliento y la pena que ello produce: la transparencia a la Vida sobrenatural es en realidad hija de nuestra propia muerte a la pequeña vida y a la del yo que la encarna, y será así a lo largo de nuestra existencia en el tiempo, que culmina en la muerte física por la que viene al hombre el esplendor de la gran Vida.

La transparencia nos hace sentir la presencia de la Vida sobrenatural que obra en este mundo como una irradiación más allá de toda acción. Esta irradiación por la que se manifiesta –siempre en el lenguaje de un Ser esencial particular– es otra cosa que la *difracción* de las ondas o que una simple *brillantez*.

En los seres jóvenes hay una irradiación gozosa, como por ejemplo en la joven que todavía no conoce la inquietud y que va por delante de la vida, de la que sólo ve las promesas. Esta claridad alcanza su punto máximo de poder cuando la conciencia comienza a tejer en torno al alma contemplativa su velo de incomprensión. Al acercarse el momento en que va a oscurecerse, el SER luce con un especial resplandor. Más tarde, la luz del Ser esencial palidece, pues al endurecerse lo vivido en sistemas, el Ser queda deformado, alterado, allí

donde la existencia lo *define*. Perdido en el mundo objetivo de los conceptos, fuera ya de la infancia y de su luminosidad, el adulto se apaga. La luz del día de la conciencia hace palidecer el fulgor estelar de su Ser esencial.

Cada cosa y cada ser tienen su propia radiación: la planta, la flor, los árboles, las piedras, todas las cosas, y también los seres humanos. Esta radiación es, en suma, la emanación de una realidad hecha de una materia más sutil. Su carácter depende de circunstancias diversas. Ocurre igual con la atmósfera que desprende un objeto cualquiera. En este sentido, cada cosa, todo ser y todo lugar posee una atmósfera que le es propia. La de lo viviente es diferente a la de la muerte, la de lo que es viejo es distinta a la de lo nuevo, la de la enfermedad es otra que la de la salud. Igualmente, cada color emite una radiación particular que influye sobre lo que hay en torno. La atmósfera de un acogedor salón es diferente a la de un laboratorio. La fineza de la sensibilidad a estas diversas radiaciones varía según cada individuo.

El irradiar ligado a la transparencia es diferente. Es la propia Vida la que así nos alcanza en un lenguaje múltiple, aunque su tonalidad sea siempre parecida. Se da siempre un carácter de pureza, de frescor y de profundidad. Es como si de este modo se hiciera sentir la eterna juventud del SER, a la que nos abre la transparencia. El ejemplo más conmovedor es la transfiguración del rostro cuando alguien acaba de morir. Emanada de él una luminosidad supraterrrenal, como si fuera reflejo de lo infinito. Luego ya se produce el trastocante tránsito al verdadero estado de muerte, al cadáver. El cuerpo se descompone, se reduce, se desfonda (un cadáver ya no es el hombre). Deja de haber transparencia. Ceroso, rígido,

yace un cuerpo sin vida que ya no responde, ni externa ni internamente. Comienza la desintegración. Una total posesión por la transparencia dio lugar a esa transfiguración, y, con ella, a la percepción inmediata de la presencia del Ser.

Ese irradiar por el que nos habla el Ser no puede nunca ser localizado. Está más allá del espacio y del tiempo. Por eso es inasequible para la conciencia que define y fija. El hombre prisionero de la conciencia racional no puede *ver* la transfiguración—habla de ello como *rasgos distendidos* o *expresión pacífica*—, se queda en lo superficial de lo finito y contingente. Está cerrado a la profundidad del Ser, que precede y sobrepasa todo lo relativo, a la majestad de lo divino así encarnada. Ese irradiar del Ser sólo se revela al hombre en el encuentro de Ser esencial a Ser esencial. Por ello, su eventual contacto nos alcanza justo en nuestro núcleo y nos llama en nuestro Ser esencial.

El irradiar es la manera en que el Ser se hace presente. Pero también existe un falso irradiar, que no viene del Ser esencial sino del yo que ha ocupado su lugar. El falso irradiar es una luz hipócrita, luciferina, que deslumbra, pero que no da luz. Su brillantez a veces se parece mucho a la verdadera irradiación. Sin embargo, hay algo fundamentalmente diferente. Para distinguir con precisión la verdadera de la falsa luz, es preciso estar presente desde el propio Ser esencial. Aquel hombre que está aún poseído por un yo profano se deja fácilmente equivocar por la falsa luz, pues en ella siempre hay algo agradable, seductor. Si bien es una luminosidad fría, sin corazón. Deslumbra como una promesa, pero es un engaño. Es una luz engañosa, anodina y vacía.

Ese falso irradiar lo podemos ver en gentes que, en su origen, quizás nacieran para ser portadores de luz. Pero, puesto que han tomado para sí mismos el lugar del SER que se dejaba entrever, Éste no ha podido hacerse en ellos presente. El espacio entre ellos y su Ser esencial no ha sido saneado ni desocupado de impurezas. Ha quedado falseado por el yo. Por eso este hombre está vacío, inacabado, y su mirar irradiante tiene algo de duro y devorador. Bajo la apariencia de plenitud, trasluce indigencia y vacío; bajo un contacto y calor simulados no hay sino una fría distancia y una desolada soledad. A pesar de todo, una brillante mirada, una resplandeciente dentadura, gestos incitantes y una engatusadora sonrisa hacen que estas gentes sean, con frecuencia, seductores natos.

El estado de gran transparencia es también el de total libertad por el Ser esencial. No hay ya nada entre Él y nosotros, entre nosotros y el otro. El haz de luz del Ser pasa a través del mundo. En aquél que queda así liberado, es decir, en cualquiera de nosotros en la medida en que, aunque no fuere sino por un instante, viva en la libertad de su Ser esencial, esa irradiación nos llega a través de todo el Universo.

Para que la experiencia de la transparencia pueda darse como un estado que permite percibir el SER, se precisa no sólo la luz del Ser, sino también la sombra de la deformación creada por la conciencia humana. En efecto, si en tanto que modalidad del Ser el hombre es luz por su Ser esencial, no es menos sombra por su desviación en la conciencia humana. Es en el

trasfondo de tinieblas de esta conciencia deformante como ve aparecer la luz del Ser gracias a un nuevo nivel de conciencia, el de la transparencia. Pero esto no se hace solo.

Sin duda que la transparencia progresa cuando el hombre se encuentra en la vía del devenir de la persona. Sin embargo, es necesario un trabajo sobre sí mismo, y puesto que la transparencia concierne la manifestación del SER, este trabajo cobra un sentido iniciático. Se trata del contacto con el Ser, de la experiencia y su testimonio.

La transparencia se abre paso sólo si se avanza —mas bien se da un salto— que va desde el análisis a una visión de conjunto, desde lo estático a lo dinámico, de lo concreto-objetivo a lo íntimo-personal, de lo personal profano a lo personal trascendente.

La transparencia durable supone una total **revo-**  
**lución** que el caminar exige. Puede ser súbita o eventualmente progresiva, aunque siempre termina por el *salto* final. Es un abandonar, más o menos penosamente, el modo de vida y la forma de conciencia habituales, y supone también el paso a través de densos nubarrones. La dolorosa desaparición de la vieja forma de existencia precede siempre el nacer a una vida nueva.

En general, hoy en día se insiste en que la humanidad, sobre todo en Occidente, corre el riesgo de asfixia al estar inmersa en sistemas congelados. Sin embargo, también está en el filo de un nuevo estado de conciencia. Es un proceso que no se hace por sí solo. Exige un esfuerzo que ha de realizar la generación que viene. No podrán evitar ni el dolor ni las sacudidas que les producirá el choque del desbordamiento de los límites. Este tránsito significa el morir del hombre natu-

ral y el pasar a través de las tinieblas del “*no man’s land*”<sup>8</sup> entre el yo profano y el Ser esencial. Luego, con el despertar del Ser esencial, vendrá el conflicto entre un mundo contrario y la transformación, que entonces se hace presente en toda su amplitud. El desasosiego interior de una juventud que encarna el futuro (no es así en todos los jóvenes) se explica en gran parte por la fermentación que prepara el tránsito a un nuevo grado de conciencia, tránsito que a ella le es confiado. Y busca dolorosamente salir a la luz. Pero antes habrá de vivirlo interiormente. Para que se cumpla, esta verdadera transformación lleva consigo el superar múltiples obstáculos. Transformación que no es únicamente interior: implica también al hombre en su cuerpo.

Aquél que, aunque no fuere sino una vez en su vida, haya realmente degustado el Ser esencial, y sepa las potencialidades y el deber que supone la transparencia, descubrirá un día u otro lo que significa su cuerpo en tanto que reflejo del conocimiento y medio para hacer realidad el estado de transparencia de la persona.

La visión parcial y fragmentada de una conciencia orientada al mundo objetivo se observa sobre todo en la forma en que el hombre de hoy concibe su cuerpo. Se le representa objetivamente, frente a él, como un cuerpo espiritual y material, relativamente independiente uno de otro. A nivel subjetivo, no toma realmente de él conciencia si no es porque en él sufre, o porque su eficacia es deficiente. Sólo se preocupa de su cuerpo para preservarlo del sufrir o para que sea eficaz. En tanto que funcione

---

<sup>8</sup> Espacio entre dos frentes: tierra de nadie (N. de T.).

y obedezca, que se mantenga en *buena salud*, mientras el rendimiento sea bueno y se adapte bien, podríamos casi decir que la conciencia ignora el cuerpo. Su único interés es que sea un instrumento que permita una manera de estar-en-el-mundo segura, eficaz y sin tropiezos. Pero un cuerpo vivo es mucho más.

El hombre no es sólo el cuerpo que *tiene*, que está a su disposición para cumplir ciertas funciones. EL CUERPO ES EL HOMBRE, en su forma de *estar* en el espacio y en el tiempo. Su forma puede ser falsa o justa, conforme a su destino en el camino o contraria a él.

Si se observa un cuerpo, no con la conciencia de *qué* sino con la de *quién*, se verá entonces al hombre total en cuanto *persona en devenir*. A través del cuerpo, habla siempre el hombre, todo él, como alguien que vive, en un cierto estadio de realización de sí, y en un cierto movimiento en el camino que le acerca o aleja de sí. La *ley fundamental personal* que le prescribe el ir progresando hacia un estado de transparencia a su Ser esencial y a ser testigo del SER, no se aplica a un hombre imaginario, separado de su manera de *estar* (eso no existe), sino a un ser humano, en su cuerpo. La transparencia, en tanto que requisito y fin de esta ley fundamental personal, concierne al modo en que el hombre *es* en este mundo, y en él *está* físicamente. Tener en cuenta esta observación y sus consecuencias exige elaborar una nueva conciencia y una nueva concepción del cuerpo<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Véase K. Dürckheim, **Der Leib in der Psychotherapie**, Klett, Stuttgart, 1968.

Hasta ahora no hemos aprendido a percibirnos en relación con el camino interior, con la transparencia. Sin embargo, la experiencia interior del cuerpo, su disposición, su comportamiento, sus tensiones y distensiones, sus actitudes y gesto, etc. son los puntos de partida de un trabajo sobre sí-mismo. Hacer realidad la transparencia significa primeramente transformación a través del cuerpo. Se trata de llegar a una FORMA TRANSPARENTE, UNA TRANSPARENCIA DE LA FORMA. Lo contrario será o un endurecimiento, una tensión y forma crispadas, o un aflojamiento, un dejarse ir que hace imposible toda forma.

Si no se moldea una forma transparente o una transparencia hecha forma, el estado de transparencia se quedará en un propósito piadoso o en una pura ilusión. Vivimos en la actualidad un ejemplo típico de lo que acabamos de decir: la TENSIÓN, muchas veces dolorosa, en los hombros. Es característico en el hombre *intelectual* de nuestro tiempo. Más de un lector tendrá ahora la molesta impresión que este texto le hace descender de las alturas espirituales a las bajas consideraciones físicas. Este hombre pensará también que esto es competencia del médico, del profesor de gimnasia, o del masajista, pero no de la persona comprometida en el camino interior o de la que lo enseña. Se pone así de manifiesto la confusión que existe entre el cuerpo que el hombre tiene y el cuerpo que el hombre es. Y entre el espíritu verdadero y una espiritualidad desencarnada. Es el signo de que el desarrollo de la conciencia se concibe como una cuestión puramente interior. Ciertamente que, cuando se considera el hecho de los hombros crispados desde el único punto de vista de la concien-

cia objetiva (del *qué*), esta tensión es algo puramente físico, que duele y daña la ligereza y la eficacia de los movimientos. El trastorno *físico* habrá de ser tratado técnicamente y aliviado con una inyección o masaje. Pero, desde la visión de la conciencia subjetiva, esta tensión tiene otro significado, pues quiere decir que el hombre *está* situado personalmente de una forma que es contraria a su transparencia. Ha adoptado una actitud de prudencia, de desconfianza, *está* a la defensiva. Su movimiento *estirado hacia lo alto* significa que en él reina un yo determinado por el mundo. Este hombre siente que el mundo le amenaza o le exige demasiado. El poder dominante de ese yo es ciertamente un gran obstáculo en el camino de la transparencia. Es absolutamente cierto que este poder se expresa mediante la actitud general del hombre. Observarlo de este modo abre perspectivas, por ahora desconocidas en Occidente, en cuanto a los posibles medios de trabajar, por medio del cuerpo, en la transparencia de la persona. Si se quiere que este trabajo obtenga logros, es evidente que hay que desarrollar un sentido de percepción interior del cuerpo, en tanto que espejo e instrumento en el camino hacia la transparencia. Los *hombros crispados*, por ejemplo, habrá que considerarlos como expresión de una actitud personal que bloquea la vía que a ella conduce. El trabajar esta mala posición, así como otras, ha de pasar siempre por el enraizamiento en el *centro justo*. De este enraizamiento depende el progresar hacia la actitud adecuada, gracias a la cual el hombre, liberado de la prisión del yo, siempre ávido de seguridad, puede devenir transparente al Ser que tiende a manifestarse por él, transparente al movimiento continuo de

la rueda de transformación y dispuesto a acoger en este mundo al SER, presente en su Ser esencial, como experiencia, irradiación y como acción. Pues solamente perseverando en este movimiento se hará realidad la forma que corresponde a la imagen interior que el hombre está llamado a realizar.

## FORMA

Un mundo ya conocido y técnicamente manejado, una vida sin sufrir, y la realización de una imagen interior en una forma válida, han sido siempre las miras del hombre. El modo de considerar al hombre, bien como un objeto a conocer, bien como un prójimo al que se puede compadecer y ayudar en sus dificultades y penas, o también como un alguien que busca cumplimiento y armonía, requiere una manera de estudiarle y un ángulo de observación diferente.

En el primer caso, el fin es, ante todo, un conocimiento objetivo. Los hechos se describirán y explicarán según sea su existencia y la relación que se establezca entre ellos. Es éste un espíritu científico, orientado a un saber práctico, a fin de llegar a una comprensión objetiva.

En el segundo, lo que motiva el espíritu es liberarle del sufrir. Éste es el punto de vista médico, terapéutico, y también el de la dirección de conciencia. Para que teórica y prácticamente alcance su fin, se requiere disponer para con el otro de un sentimiento de comprensión y compasión.

En el tercer supuesto, el interés se enfoca sobre un hombre en marcha hacia una forma de vida conforme con su Ser esencial. Es, pues, preciso dirigirle y acompañarle en su camino de maduración, es decir, de la transparencia.

En su conjunto, estos tres aspectos reflejan la actual división de los trabajos que se hacen sobre el hombre. Perspectivas que, en relación con su totalidad, deberían encontrarse y complementarse, están, de hecho, separadas, y son a veces hasta opuestas. Aunque conciernen a la misma persona, dan a menudo la impresión de ser *tres almas que habitan el mismo seno*: están dispersas y son contradictorias. Con frecuencia, sus autores utilizan también, unos contra otros, estas divergencias.

Son muchas las veces en que los herederos psicológicos de la gran tradición universal, aquellos a quienes por encima de todo les interesan las cuestiones teóricas, ven los resultados de la psicología práctica con una reserva próxima a la desconfianza. Cuando, por ejemplo, se trata de investigadores en la Psicología de lo Profundo –por consiguiente, de lo inconsciente– ellos se preguntan en qué medida sus descubrimientos pueden integrarse en sistemas ya conocidos. C.G. Jung, entre otros, fue considerado toda su vida con recelo por los representantes oficiales de la Psicología. Y a la inversa, médicos y psicoterapeutas, preocupados por aliviar el sufrimiento, a veces se han quejado de la ineficacia de la psicología universitaria cuando se trata de problemas y deberes de facultativos deseosos por ayudar y curar. Unos y otros son también objeto de crítica de una tercera categoría de psicólogos porque, según éstos, ni el conocimiento teórico de los fenómenos de conciencia, ni la Psicología de lo Profundo, cuyo interés se

limita a cuanto atormenta la incapacidad existencial, pueden llegar a ayudar a un hombre que trata de llegar a ser sí-mismo en su Ser esencial. Estos son, por otra parte, blanco de los ataques de aquellos psicólogos que no sitúan en primer plano una madurez conforme al Ser esencial y menos aún lo ven como tema de expresión constante de la vida. El recelo aumenta cuando se afirma que la verdadera madurez tiene una raíz trascendente que es preciso reconocer y asumir si se quiere alcanzar la verdadera madurez de la persona. Estas cosas escapan a la observación científica, en el sentido común del término. Por otra parte, la experiencia y el conocimiento trascendente, en cuanto tales, inquietan a los teóricos y facultativos preocupados tan sólo por los *fenómenos* superficiales. También turban a aquellos que no buscan sino restablecer un funcionamiento práctico o simplemente quitar el dolor. Sin embargo, todo trabajo sobre el ser humano será infructuoso en tanto que el hombre se quede en la superficie de fenómenos definibles y clasificables, sin atreverse a ampliar el horizonte empírico a una dimensión más profunda, aquella que engloba tanto el campo físico como el del psiquismo.

Todo trabajo y todo saber relativos a un verdadero conocimiento del hombre en su integralidad, su curación o su dirección, deberán partir de experiencias que le lleven a sus raíces y que hagan resonar en él lo sobrenatural. Este es el único punto de partida válido para conocerle y apreciarle en su forma –justa o no– de expresar en su modo de vida, en un momento determinado, el Ser esencial y la vida espiritual presentes en él. Sólo partiendo de ahí podrá una ayuda adecuada y eficaz guiar a un hombre hacia la realización de la forma que corresponda a la imagen que le es propia.

Todo ser vivo encarna, de una manera que le es propia, el SER que lo habita, y lo hace realidad, más o menos perfecta, según las circunstancias que vaya encontrando.

En cada ser, el SER toma una forma viva, distinta en el hombre por ser un ser consciente orientado hacia un estado de *sujeto*, consciente de sí y del mundo, o, con más exactitud, hacia el estado de *persona*. El *nervio central* de este sujeto es la tensión entre lo absoluto del SER, presente en su Ser esencial y tendente a manifestarse, y una existencia contingente en todos sus aspectos. Esta relación se manifiesta en el hombre por la angustia y el tormento que le causa la tensión entre los opuestos que suponen un mundo circunstancial y un deber absoluto impuesto por su Ser esencial, así como por el presentimiento de una libertad que habrá de permitirle, gracias a la forma de ese absoluto, sobrepasar lo contingente. La singularidad del hombre está precisamente en el hecho de que no está simplemente atado por un sistema de leyes causales, sino que su pertenencia a un SER absoluto le predispone a la libertad.

El hombre existe en un universo espacio-temporal cuyas condiciones y límites amenazan tanto su existencia contingente cuanto el vivir conforme a su Ser esencial, su propia realización y la de su universo, así como su unidad con éste. La realización de su forma existencial se hace en condiciones internas y externas, cuyo poder es fuente de tensión entre un cuerpo condicionado por su destino y la forma de su Ser esencial prometida a la pura manifestación del SER. La vida del hombre es un perpetuo conflicto entre la forma de este Ser esencial y su *cuerpo de destino*. La reconciliación

es el tema de su maduración. Bajo la presión de su entorno y de las circunstancias, su desarrollo espiritual está continuamente sometido a represiones, a deformaciones, a obstáculos diversos. Por ello, sus modos de vida no siguen nunca en línea recta la manifestación del Ser encarnado en él. Son resultado de circunstancias existenciales que no permiten una realización inmediata y completa de la forma que le está destinada. No obstante, todo hombre es y seguirá estando animado por el impulso que le empuja a cumplir la forma viva de su Ser esencial. Vivir y sobrevivir no es nunca su fin último. Busca su propia realización en llegar a ser alguien distinto. Lo sepa o no, quisiera devenir aquél que, sin restricción, pudiera ser testigo en esta vida del SER que vive en su Ser esencial.

Entendemos por Ser esencial la forma individual en que participamos en el SER que está más allá del espacio y del tiempo, tal como quisiera manifestarse en este mundo. Por ese Ser esencial innato en él, el hombre se siente constantemente impelido, por deber y por nostalgia, a realizarse a sí mismo en una forma determinada, a través de la cual el SER pueda hacerse presente, sin deformación, en su existencia terrenal. Esto no es, sin embargo, posible si no se da un acuerdo total entre lo que él *es* y desea ser por su Ser esencial, y lo que le permiten las condiciones que reinan en este mundo. Nosotros llamamos *imagen interior* a aquella realidad que, a través de todo cambio y todo devenir, se mantiene como factor individual de unidad, a la vez que llamada, exigencia y aspiración hacia una determinada forma. Esta imagen interior sería, en el hombre, su Ser esencial, es decir, la fórmula de devenir que, sin posible duda, le dirige

hacia una determinada forma existencial que represente su deber y su aspiración. Viviendo en cada hombre, esta imagen interior prueba su verdad y su necesidad por el carácter indiscutible de su exigencia: la de una forma determinada, precisa, mantenida en toda circunstancia, ya sea como instinto vital, como conciencia irreductible, o como silenciosa aspiración imposible de acallar.

La realización directa, en línea recta, de la imagen interior, se ve obstaculizada, en todos los seres vivos, por factores externos, y en el hombre, además, por factores internos. Plantas y animales no oponen resistencia a la realización de su imagen, impuesta por las leyes de la vida y las de la naturaleza. Les dejan, simplemente, que vayan produciendo su crecimiento, su maduración y su fruto. En este caso la *forma* significa la estructura, la conformación visible y viva de su destino. Sin embargo, el hombre busca y posee, adquiere o falta a su forma, porque él es un ser consciente, un *alguien* que, consciente o inconscientemente, ejerce sobre su desarrollo una influencia positiva o negativa. En el hombre, el hacerse a sí mismo no se produce sólo por la fuerza de las cosas. Es necesario que él responda cotidianamente a una llamada: "*Te he llamado por tu nombre porque tú eres mío*"<sup>10</sup>. Ese nombre que designa al hombre, al individuo, en su carácter único, él lo escucha como una llamada que le religa. Si responde a esta llamada de su Ser esencial y si obedece a su misión, deviene una persona en quien puede resonar el SER creador y liberador, aquél que le compromete y que le da su forma individual. Para todo hombre esto no es sólo

---

<sup>10</sup> Is.43,1.

un don sino también una tarea. El realizarla exige de nuestra cooperación consciente. Y sin ella no alcanzaremos nunca la transparencia que nos es destinada y asignada.

¿Qué sentido damos a la forma del hombre?

Entendemos por forma del hombre la manera en que su imagen interior **está** presente en este mundo. Se trata del hombre interior y de su aspecto exterior. No sólo de su cuerpo visible en el espacio, sino de su persona en su integralidad. Es el hombre en la unidad de gestos por los que él se vive, se exterioriza y se expresa en su cuerpo.

Según las circunstancias, su modo de estar, de estar presente, no puede ser sino en más o en menos conforme con su imagen interior. La forma más perfecta sería ciertamente aquella en que el hombre se presentara y mantuviera en toda su pureza, aquella en que la imagen interior se expresara en el modo humano, es decir, de modo consciente e inquebrantable, en gestos *puros*<sup>11</sup>. *Un gesto es puro* cuando permite el testimonio directo del Ser esencial. Trabajar por esta pureza, por una perfecta transparencia, es la finalidad de todo ejercicio, en particular de todo ejercicio del cuerpo.

El hecho de transponer la noción de *forma* del campo objetivo, de forma espacial, al campo humano interior es un tanto desconcertante. De hecho sugiere la representación de una forma humana

---

<sup>11</sup> Véase K. Dürckheim, **Práctica del Camino interior**, Ed. Mensajero.

divisible, disociable, lo que en ningún caso se corresponde con la realización de una forma humana física. De prevalecer una orientación óptica y *háptica* que comprende la noción de esta forma para nuestra conciencia objetiva, queda ésta reducida a una *apariencia superficial*, que es la que parece persistiría más allá del momento presente, con lo que nos llevaría a una observación estática. También se puede concebir que la idea de *perfecto*, de *cumplimiento*, de *definitivo* aplicable a figuras geométricas (un círculo perfecto, p.e.) evoque una forma humana predeterminada. Pero cuando así se imagina la forma humana, la naturaleza del pensar objetivo —siempre a la búsqueda de lo ya definido y establecido—, toca un rasgo característico del espíritu occidental, orientado hacia el concepto de *perfección absoluta* cuando se trata del cuerpo humano (nos basta con evocar las obras maestras clásicas de los países europeos); Oriente, sin embargo, no representa sino muy raramente el cuerpo por sólo su belleza. Hay, pues, que evitar cuidadosamente el transponer el concepto de perfección espacial y artística de la forma humana al hombre en cuanto que persona viva.

Siempre que se piense o se represente al hombre como una cosa, con cualidades estáticas, se acaba por aprehenderlo, por cernirlo. Igual sucede cuando se confunde su forma viva con su cuerpo. Al cuerpo vivo del hombre pertenece también su *forma interior*, la estructura de su interioridad, en definitiva, todo su ser de persona en la medida en que ésta toma una forma.

Esta manera estática de *faltar* al hombre no afecta sólo a su apariencia externa, sino también a la concepción que nos formamos de su Ser esencial. Nos lo

representamos como una forma cualquiera invariable, de carácter espacial. Es el origen de innumerables ideas falsas, generadoras de errores.

El Ser esencial del hombre, al igual que su imagen interior, pertenecen a la dimensión de realidad del SER absoluto más allá de lo espacio-temporal. Es cierto que, como opuesto a la existencia transitoria, la idea habitual que el hombre se hace ordinariamente del SER más allá del tiempo y el espacio es la de una imagen de *inmóvil infinito*, en contraste con todo lo que cambia y con el carácter efímero de lo espacio-temporal. Esta transposición no es sino un estadio de conciencia sometido al yo en su visión de lo definido y de sus contrarios. La manifestación del SER divino, que nosotros llamamos *VIDA*, se hace presente en el tiempo en un constante devenir, que pasa de forma en forma, que van apareciendo para de nuevo desaparecer. Nunca se ha de representar la imagen interior como una forma *detenida* sino como una *fórmula* por la que el Ser esencial se manifiesta en el devenir espacio-temporal.

El SER más allá del espacio y el tiempo se presenta en la existencia temporal de los seres como fórmula de vida, con su carácter de transformación. Por eso, en el hombre vivo, el estado que conforma con el SER no se puede nunca tomar en el sentido de una forma estática perfecta, sino como una actitud en la que está firmemente anclada la fórmula del Ser esencial en devenir. En los escritos del maestro Eckhardt encontramos la más chocante definición a este respecto: "*El SER de Dios es nuestro devenir*". Ello significa que la manifestación del SER en el Ser esencial

del hombre no puede hacerse presente sino en el movimiento de devenir. La forma óptima para el hombre sería que, mediante una progresión nunca interrumpida en el camino de su madurez y transformación, el SER pudiera hacerse presente con una pureza cada vez mayor a través de su individualidad humana. Así sería si nada se opusiera ya al proceso de transformación por el que el SER se manifiesta en la existencia. Esta es toda la problemática del devenir-forma del hombre, ya que en él lo *fijo*, lo *establecido*, contrarios a todo devenir, juegan un papel decisivo. Una perpetua renovación debería hacer de él el testigo del SER, pero la naturaleza de su conciencia favorece sólo en débil medida el movimiento de transformación.

El **estar** de forma justa significa estar presente en cuanto ser humano, en cuanto portador de una conciencia humana. El hombre, ser consciente, no debiera alterar el SER, sino darle forma. Lo logra solamente dando un rodeo, cuando el desarrollo de una conciencia orientada a lo *definido* se hace rígido y estático. La naturaleza del hombre –al contrario de la del animal– le lleva también a construirse un caparazón, a quedarse pegado en él y a encerrarse. Pues bien, este endurecimiento se opone a la vida sobrenatural que le es innata. Su *forma de yo* ha de hacerse transparente a la ley del devenir que le viene de su Ser esencial, para llegar a hacer realidad la forma que corresponde a su imagen interior. Es un largo proceso, lleno de renunciaciones y sacrificios. porque continuamente, sin desmayos, habrá que abandonar lo que *ya es*. Este proceso se rige por una ley. La estructura en armonía con la vida sobrenatural no es sino la sucesión de grados progresivos de

evolución cuyo principio está preindicado. A fin de cuentas, una forma justa es el camino conforme al Ser esencial.

Al hablar de la transparencia se quiere significar que lo que se deja ver no es sólo una imagen, sino el camino prediseñado de los grados de maduración. De hecho, la imagen interior es la vía prevista por el Ser esencial presente en el hombre. La imagen interior que le es dada al hombre con su Ser esencial es su camino interior.

Cuando por la presión de las circunstancias y la necesidad de afirmarse nacen *formas de adaptación* no conformes a la fórmula del Ser esencial, que se convierten en hábitos, aparecen un gran número de trastornos físicos y psíquicos. Esos malos hábitos detienen la rueda de transformación e impiden la maduración de la persona. Cuando esas *soluciones de recambio*, esos sistemas *comodín*, se instalan y se hacen viejos y rígidos, se ponen de manifiesto los trastornos duraderos, que llamamos *neurosis*. Como estos mecanismos neuróticos intervienen siempre que el hombre se queda anclado en cualquier modo de existencia, existen, en realidad, mecanismos neuróticos en todo individuo. Que de tal estado resulte o no una enfermedad depende del grado de bloqueo de la energía aportada por el Ser esencial. Hay neurosis ligeras y neurosis profundas.

Lo que permite descubrir el tratamiento a seguir para una neurosis profunda (cuyo sufrimiento es con frecuencia el punto de partida de una gran transformación y de un proceso de maduración) es de una importancia capital en el conocimiento de los hombres y de la forma de vida que les está destinada. El muro que crea una neurosis y en el que se termina deformando y quebrando la vida, es sólo la exagera-

ción enfermiza de una estructura de conciencia normal, cuyo centro se ha formado sobre *hechos* y sobre un yo únicamente ocupado de su seguridad.

Como toda manifestación de la vida, en el hombre estas *actitudes* se exteriorizan o no en su cuerpo. Toda maduración en el camino de realización de sí mismo permite descubrir, a través de las posturas y movimientos, si este hombre vive conforme, o no, a las exigencias de su imagen interior. Los gestos, el vigor, la respiración, todas las formas de ser y de moverse revelan infaliblemente la relación del hombre, en su situación entre cielo y tierra, con el mundo y consigo mismo. La actitud física justa muestra que, sin crisparse, está siempre en condiciones de ir hacia el mundo tal como es, o de dejar que éste venga a él. ¿Por qué? Porque este hombre es transparente a su Ser esencial, lo que quiere decir que está abierto a Él y que puede dar de Él testimonio en toda circunstancia, por lo que afronta el mundo con calma, serenidad y bondad.

El proceso de transformación conforme al Ser esencial le da al hombre, también en su cuerpo físico, otra forma. El tono de voz baja, la tez se hace algo más oscura, la expresión de los ojos más profunda, los movimientos dejan de ser angulosos y el ritmo es más fluido. Su tono se equilibra, la respiración se modifica, la actitud general es más libre. Alcanza un nuevo centro de gravedad. Y ello afecta no sólo al cuerpo sino al hombre, todo él. Con el despertar o afinar de una nueva conciencia de la forma del devenir más de acuerdo con su Ser esencial, el hombre adquiere un sentido más delicado, no sólo de su forma corporal, sino también de su materialidad. Una forma justa desde el Ser esencial está como compuesta de otra *sustancia*.

Algo diferente de la imagen individual tiende también a realizarse en una forma de devenir conforme al Ser esencial: es la del hombre como ser humano, que también quisiera devenir una forma viva distinta. Sólo nos la podemos representar tras habernos confesado que la forma perfecta no es realizable. Llegar a la imagen *perfecta*, acabada, no es parte del destino humano: 1) porque el proceso de maduración no termina nunca; 2) porque la conciencia del yo y del mundo, que busca lo definitivo, estará siempre trabajando en contra de la forma de devenir en armonía con el Ser esencial; 3) porque nuestro *cuerpo de destino*, cientos de veces herido, crece en circunstancias históricas de temporalidad, por lo que no podrá nunca estar en *concordancia* total con el Ser esencial. Cuando, seducidos por la forma perfecta, se quiere ignorar estos hechos ineludibles, nace la corrupción de la *forma justa*, debido a una sobreestimación idealista de ésta. El hombre ha de reconocer su realidad histórica, aceptarse en ella y soportar el peso de su pasado y de los fracasos. Ello no le impide proseguir sus esfuerzos para alcanzar la realización de su imagen interior, a la que llegará gracias a la fórmula del devenir que surge de su Ser esencial. Estar en camino de la *forma justa* no supone nunca dejar de tender hacia tal fórmula, sino el ser siempre lo suficientemente humilde para aceptarse en la que la vida va haciendo de nosotros.

La imagen interior del ser humano y de su individualidad esencial se hace realidad en la materialidad del *cuerpo de destino* en la medida en que se la impone y le transforma. La imagen humana se va haciendo cuando el hombre, al esforzarse por perfeccionar su *cuerpo de destino*, lo acepta, tal como está a su disposición, en lo que ya es y en su circunstancia, haciendo así posible su transparencia al SER.

Hemos dicho anteriormente que son tres los móviles que llevan al ser humano hacia su prójimo: la voluntad de conocer, la compasión y la necesidad de ayuda para poder realizar su deseo de cumplimiento, es decir, sostenerle en el camino que le está destinado. Una vez que se ha descubierto el modo de vida que realmente se corresponde con la vía interior individual, estas tres fuerzas toman un sentido más profundo, pues todas ellas se transforman en instrumentos por los que la vida sobrenatural penetra en la vida humana.

Una conciencia bien anclada en lo espiritual aporta una calidad de conocimientos superior, ya que el SER mismo está presente en la conciencia humana de sí y del mundo, haciendo de este conocimiento un *alto-saber* fecundo. La compasión enseña a distinguir el sufrimiento que el mundo ocasiona al yo profano de aquél que este yo inflige al Ser esencial oprimido por el mundo. Y, por último, guiar al otro es ahora ayudarle a cumplir su verdadera vocación, que ya no es la de un yo, digamos instrumento autónomo, que busca la liberación del hombre; se trata ahora de abrir el paso al SER sobrenatural, presente en ese hombre. Este tránsito de las fuerzas humanas al servicio de la vida espiritual es la finalidad de la VÍA llamada iniciática.

## **EL CAMINO**



## LA VÍA INICIÁTICA

### Experiencia y fe

En nuestros días estamos siendo testigos de un acontecer de importancia universal, cuyas consecuencias históricas en la evolución humana no son aún previsibles: Occidente comienza a abrirse, ampliamente, a la dimensión iniciática.

¿Cómo hay que entenderlo?

Junto a una fe en un Dios trascendente, se ve aparecer hoy el sentido religioso de la vía interior. Se funda en el Ser sobrenatural y, mediante el ejercicio, busca una transformación que culmine en el despersar al SER. Junto a la fe en un Dios del que nos separa una distancia infranqueable, y a una redención que debemos a un Salvador, nos llega el conocimiento de un despertar, posible, a la vida sobrenatural que nos habita y que nosotros mismos somos en el núcleo de nuestro Ser esencial, de la que nunca hemos sido desterrados. Existe una posibilidad –y es esto lo que Occidente está ahora reconociendo– de

preparar, paso a paso, las condiciones de este despertar, merced a una ley inscrita en el carácter evolutivo del hombre. El sentido religioso del que hablamos no es otro que un irrumpir en la madurez total de la persona, gracias al Ser esencial innato en el hombre. El punto de partida es la experiencia del SER. Ella nos lleva a discernir las condiciones que, a su luz, puedan conducirnos al despertar de una conciencia más elevada que, poco a poco, nos haga salir de la noche de nuestra conciencia natural.

Con la expresión *iniciático* abordamos una dimensión del ser humano diferente de lo que ordinariamente se entiende por *religión*, distinta también de aquélla de la que se ocupan todas las terapias.

Esta dimensión iniciática del ser humano implica cierto nivel humano. Lo esencial de ese nivel es hacer que el hombre tome conciencia de que su verdadera realidad, y la del mundo, no es lo real que su yo natural considera como tal. Ese yo entiende por realidad aquélla que con los sentidos encuentra en el tiempo y el espacio, y que más o menos es accesible a su conciencia razonadora, pudiendo ser manejado por ella. Es una realidad objetiva, opuesta a la realidad subjetiva de las pulsiones y sentimientos que determinan los estados *internos*. En el nivel al que le lleva la vía iniciática, el hombre reconoce que esta visión del mundo no es sino un aspecto, el del yo profano, de otra realidad que es de orden supranatural.

Desde un punto de vista natural, identificado con su yo natural, el hombre se concibe como un sujeto no sólo autónomo frente al mundo, sino también separado de todo lo que está más allá de éste. Se siente, por otra parte, también dependiente y determinado por las fuerzas de lo más allá, aquellas que sobre-

pasan su capacidad de entendimiento natural y a las que por ello llama *trascendentes*. En su miseria existencial no puede dejar de hacerse una representación de tales fuerzas. Le son necesarias, y él cree en ellas en la forma y según las imágenes y las tradiciones que viven en su espíritu, pues le han sido transmitidas por los grandes testigos de lo sobrenatural. En un caso así, la religión se desarrolla en el terreno de la fe. En este sentido se la considera como el polo opuesto a la conciencia natural, pues toda realidad trascendente pasa por una visión suprahumana en la que se tiene fe. Al obrar así, el hombre no construye sobre su propia experiencia, sino sobre el testimonio de intermediarios a los que les ha sido dada la revelación. También puede ser que su fe esté basada en una inspiración metafísica y especulativa. En esta forma de fe, la verdad de lo divino está separada de la verdad del hombre. Es así, por ejemplo, en las religiones judaica, cristiana, islámica.

Cuando el hombre sitúa todo lo que cruza las fronteras de su conciencia como exterior a sí mismo, se queda exiliado en el terreno de su humanidad natural. Lo que está más allá no lo tiene a su disposición, salvo en el caso de estados *extraordinarios* como los de algunos *místicos* que van más allá de las fronteras asignadas al hombre. El lugar de los seres excepcionales es, cuando menos, marginal, tanto en la vida ordinaria como en la religión. Sin embargo, es preciso replantearse este punto de vista cuando, dejando de situar estos estados fuera del dominio humano, se reconocen en ellos experiencias ligadas a cierto nivel espiritual, que son la base de un saber superior.

La experiencia de una realidad que sobrepasa el entendimiento del yo natural existe, y su relación

con el mundo es incluso paradójica. Estas experiencias permiten que la realidad supranatural que contienen traspase el campo de la simple fe y se incorporen al saber humano. Son más frecuentes de lo que uno puede creer. Para aquellos que ya han alcanzado cierto nivel, no son sólo ocasionales. En ellas se sienten como en casa y, por ellas, comprometidos en un deber con respecto a la realidad a la que les ha despertado. Ahora bien, ¿de dónde viene la certeza de que son realmente un conocimiento válido y no juguete de una ilusión, de una proyección, o de deseos y esperanzas subjetivos? ¿Qué criterios pueden probar que tales experiencias son realmente las de otra dimensión, o, en otros términos, que son verdaderas experiencias del SER?

1) La evidencia *saboreada* de que su naturaleza es otra: Se da una CALIDAD ESPECÍFICA DE LO NUMINOSO que, sin error ni confusión posibles, marca la presencia en la conciencia humana de otra realidad. No hay palabra capaz de describirlo. No es posible clasificarla en ninguna parte. Hace saltar toda expresión, concepto o imagen.

2) EL IRRADIAR: La presencia del SER, durante la experiencia o en una acción ulterior, y hasta en el caso de un contacto prolongado del Ser, se manifiesta siempre por una particular irradiación, a la que no son solamente sensibles los otros —en la medida en que tengan este sentido— sino también aquél que la emite.

3) LA TRANSFORMACIÓN: Más que cualquier otro signo, la medida de la transformación que la experiencia del Ser origina es una marca decisiva de su autenticidad. Esta transformación afecta a la manera de hacer

frente a la vida, así como a la de actuar en ella. Tanto en uno como en otro caso, la transformación se manifiesta por una transparencia durable, generadora a su vez de transparencia.

El querer saber sobre qué se funda la afirmación de que realmente son experiencia del SER, se plantea ya con respecto a los contactos con el SER, por tanto a una posible percepción de lo numinoso. A lo que se puede responder que, cuando sentimos un dolor físico, lo achacamos sin duda a una causa, así como cuando se trata de un dolor imaginario que no se corresponde con nada orgánico. También atribuimos, sin dudar, todo cuanto tocan nuestros sentidos, cuanto vemos, oímos, tocamos, olemos y gustamos a algo que ha producido esta sensación, aun cuando sabemos que existen las alucinaciones.

A pesar de que puedan darse impresiones equivocadas, ¿por qué cuando el hombre vive una experiencia, cuya calidad y especificidad no pueden ser objeto de desprecio, cuya profundidad y acción son insuperables, no habla de un *algo* de lo que tales experiencias son expresión y resultado? El malestar, la desconfianza con respecto a las más profundas experiencias del SER, traducen una obstinación y una concepción estrecha y negativa de lo real, pues simplemente se contentan con rechazar lo que se les escapa. Expresan también el miedo a tener que cuestionarse una realidad conocida en la que, a pesar de sus límites, nos sentimos instalados. Pero ya es hora de romper las barreras que algunos científicos, psicólogos y hasta teólogos han construido con respecto a la atribución de estas experiencias a una realidad supranatural que por medio de ellas se manifiesta.

Sólo aquellos que las han vivido y probado su acción pueden juzgar de su realidad y de su alcance. Escapan a quienes no las han conocido o a los que un sistema de creencias les impide aceptarlas. Sucede a menudo que un creyente, cristiano por ejemplo, se encuentra con una de estas experiencias, que siente su fuerza de liberación y de transformación, pero que se aparta, asustado, por no haber podido encontrar lugar para ella en su creencia. O puede darse que un materialista convencido viva una *experiencia* y la rechace porque no concuerda con su visión del mundo. En cada hombre hay algo de estas dos posiciones. Las experiencias del Ser están siempre en contradicción tanto con una religión, cuando se la coloca por delante, como con el entendimiento natural.

El conocimiento que nace con las auténticas experiencias del Ser trastoca el orden existente de categorías y valores del mundo natural sustituyéndolo por otro. Las categorías fundamentales del antiguo orden ya no funcionan bien. Una verdadera experiencia del Ser despierta a un estado de transparencia en el que ya no encuentran lugar los cinco grandes interrogantes: ¿qué, dónde, cuándo, por qué, con qué fin? Cuando el SER penetra la conciencia profunda y la conciencia objetiva no lleva al hombre a su propia esfera, no le deja disolverse en la vaguedad o la confusión sino que, por el contrario, le mantiene presente a esa conciencia en toda su claridad y transparencia, y adquiere una nueva libertad. Los peligros que le amenazan de destrucción, de absurdo y de soledad se transforman en apertura a la dimensión de una vida sublime, de un sentido más profundo, y de una mayor protección, abierto, pues, a una evolución *supranatural*. Más allá de las con-

tradiciones de la vida ordinaria, se abre una dimensión en la que se borran todos los contrarios. La vida y la muerte entran en una VIDA que les recibe en su seno. ¿Cuál es el lugar de esta realidad, de esta gran Vida? ¿Es sólo fuera del hombre?

### **Trascendencia inmanente**

Lo esencial de la gran experiencia para aquél que está comprometido en la vía iniciática es el sentirse no al borde de esa realidad participando en ella sólo por intuición, sino el saberla en sí mismo, habitando su Ser esencial; saber que, por Él, él es esa realidad. Lo verdaderamente decisivo en esta gran experiencia es el despertar en la conciencia a la TRASCENDENCIA INMANENTE.

A un cierto nivel humano ya no se consideran las experiencias, temerosamente, como una especie de exaltación, incluso un tanto enfermiza, ni tampoco se vuelve *más seguro* o *curado* a los viejos límites y al estrecho mundo. Esta aceptación marca el comienzo del camino hacia la plena madurez del hombre, hacia su *mayoría de edad*. Aquél que la vive admite que esta dimensión, en la que antes, a lo más, podía creer, es ahora la que determina su propia realidad. Reconoce que lo real habitual es sólo un aspecto de lo Todo. No es sino la forma en que la realidad se presenta cuando la verdadera Vida, que el hombre encarna, pasa por el prisma simplificador del yo, que se ve y se clasifica en su propio sistema de categorías.

La realidad que se hace presente en la experiencia del SER, que se marginaba como algo solamente místico y subjetivo con respecto a la de la objeti-

vidad científica y tecnológicamente conocida, es bien real para el hombre en tanto que persona. Lo real racionalmente admitido es, de hecho, un velo. Pierde su supremacía ante el camino de la verdadera Vida, que lo sitúa en el lugar que le corresponde, el de servidor.

Ciertamente que el hombre seguirá siendo siempre su antiguo yo y que guarda la visión de su antigua realidad. Pero ahora ya la ha *sacado a la luz*. La considera como una visión limitada de ese yo. Su anterior manera de considerar la trascendencia desde fuera se mantendrá en la medida en que todavía siga apegado a ella. Pero para él, en cuanto persona, esa visión ya no es fundamentalmente válida. Con la experiencia ha aprendido que la realidad más allá de la de su yo necesariamente es vista desde el exterior por su yo, pero no es exterior a él. Esta misma diferencia entre *exterior* e *interior* está determinada por el yo. El hombre sabe que caerá una y otra vez en la visión habitual de su yo, pero sabe también que hay un medio de escapar de su influencia, y que el deber que le incumbe es el de seguir la vía de liberación. Cada paso en el camino le permite desamarrar uno de los lazos que le tienen aferrado a su viejo yo. Ello exige, ante un nuevo paso, abandonar lo que ha llegado a ser, y también necesita, cada vez, morir una nueva muerte. Queda anonadado el sujeto con el que se estaba identificando y, con él, todo cuanto poseía en bienes, seguridad, fuentes de placer y centros de sensación. Hasta aquí se lograba un desprendimiento de este orden por obediencia a un mandamiento ÉTICO, como por ejemplo la necesidad de renunciar al yo o a los bienes por el servicio a una idea o comunidad. O también para cumplir la voluntad de

*Dios* o de *Cristo*. Se trata ahora de ponerse al servicio de una trascendencia vivida como inmanente que, en una experiencia irrefutable, le ha hecho sentirse colmado, llamado, comprometido.

Cuanto más se avanza en la vía iniciática, más se va llenando la vida de aspectos nuevos, más amplio se hace el horizonte, percibiendo lo que adviene como una LIBERACIÓN en relación con el estado supuestamente natural y, sin embargo, tan limitado. Pero, a la vez, el hombre se siente también IMPLICADO de una manera completamente nueva, y al servicio de un maestro totalmente distinto. Lo que antes era impuesto por la religión como una vida consagrada a un Dios lejano, se vive ahora como la bienvenida posibilidad de cumplir un deber y una misión esenciales. La sumisión a la fe deja el sitio a una respuesta a la experiencia. Ya no es una cuestión de salvarse, de buscar la salvación personal. Ahora hay que dejar el sitio en este mundo a la Vida sobrenatural, vivida y reconocida, y manifestar el SER en la propia existencia actual.

Con respecto a la vida habitual esto es totalmente extraordinario. Todo lo que origina una auténtica experiencia del Ser, así como las severas condiciones que la preceden y las consecuencias resultantes, es totalmente inaccesible al entendimiento ordinario, misterioso por tanto para aquél que no haya conocido aún la experiencia o que no haya alcanzado todavía la madurez necesaria para conocerla. Acceder a ese secreto exige un proceso de maduración que permita captar el significado de las experiencias, la preparación que requieren y, por último, sus consecuencias en la vida del hombre. O bien hay que haber sido iniciado por un maestro. El

sentido de la palabra *initiare*<sup>12</sup> es el de abrir la *puerta del misterio*. La iniciación es el proceso por el que se opera esta apertura. No es sólo que el iniciado posea un saber secreto, sino que por la experiencia, el ejercicio y las pruebas él ha hecho también realidad la transformación que le abre el paso a la dimensión suprahumana del SER. En este sentido, iniciación es una palabra que se debe pronunciar con mucha reserva y prudencia. Su sentido es tan fuerte, sobrepasa de tal manera las dimensiones humanas ordinarias, que todo aquello que se refiera a la iniciación así entendida es, y debe ser, envuelto en un velo impenetrable de secreto, a fin de protegerlo de aquellos que no están calificados para compartirlo. La expresión *iniciación* debe mantener esta calidad. No obstante, ha llegado el momento de que el hombre de hoy se implique en estas altas regiones, y camine en dirección hacia la iniciación.

Aunque pocos de nosotros hayamos sido elegidos para llegar a ser unos iniciados en el pleno sentido del término, son muchos los llamados a emprender esta marcha por el camino. Esto es lo que queremos decir al hablar aquí de iniciación. Se trata de algo orientado a ella, subordinado a ella, sin que sea idéntico a ella en cuanto al proceso, a las exigencias y al secreto que, estrictamente hablando, están a ella ligados cuando la iniciación se practica en la soledad o en círculos cerrados al mundo e inaccesibles para los extraños. El iniciado en el amplio sentido del término es aquél que alcanza un grado de madurez que haga posibles las experiencias del SER y el trabajo de transformación

---

<sup>12</sup> Véase Julius Evola, **Über das Initiatische**.

que requieren. **Iniciático** designa entonces el nivel de trabajo que lleva a sobrepasar los límites de la conciencia natural del yo y del mundo, trabajo que se hace no sólo posible sino necesario. Se trata de pasar a otra dimensión de lo real y a otra forma de humanidad.

El despertar iniciático es hoy el signo de un viraje lleno de promesas. Se sitúa por encima de todos los campos de realidad hacia los que el hombre es *guiado*. Aquél que *guía* y que está calificado para hacerlo, ya sea pedagogo, médico, director de conciencia o terapeuta, o desde cualquier otro puesto dirigente, no debe perder nunca de vista esta posibilidad iniciática.

Si se entiende por *religión* todo lo que concierne la relación del hombre con respecto a una realidad sobrenatural, que colma su vida de orden, sentido y promesa por la trascendencia, la vida iniciática entra, en verdad, dentro de la vida religiosa. No en el sentido de una creencia sino en el de un sentido religioso ligado a la experiencia. Por ilógico que pueda parecer, estos dos aspectos pueden coexistir –y coexisten– la mayoría de las veces. En la medida en que un hombre es humano, se identifica siempre con su yo natural. Por este yo vive una realidad en la que todo se le presenta según el orden y los principios de estructura de ese yo. Situará, por lo tanto, también lo divino fuera de sí. Cuando alcanza el nivel que hace posible la experiencia de lo sobrenatural en su Ser esencial, la vivirá como el retorno a un nivel menos elevado, como una creencia en una trascendencia exterior a él, y asimismo como el conocimiento de una *trascendencia interior* y el

tránsito a un nivel demasiado elevado para él. Lo que caracteriza al hombre que marcha en el camino es el ser ya aquél que, sin embargo, de hecho, todavía no es, es decir, un poco más elevado, y ya no ser aquél que, sin embargo, todavía es. Puede, por ejemplo, hablar a Dios en la oración como a un ser superior lejano, frente al cual él no es sino una mota de polvo y, a la vez, sentir la presencia de lo divino como la realidad sobrenatural que le constituye a sí mismo en su Ser esencial. Pero también puede creer en Jesucristo, salvador del mundo, muerto por él en la cruz, *por quien todo ha sido hecho* y, a la vez, sentir a Cristo como el más íntimo y profundo núcleo de su ser<sup>13</sup>, como su propio centro. Es preciso no sólo soportar estos opuestos humanos, sino reconocer que forman parte del Ser esencial y de su desarrollo, que son también parte de la vía por la que, poco a poco, van a ir desapareciendo.

### **Dirección iniciática y terapia**

Hemos hecho ya la distinción entre pequeña y gran terapia. La primera es la que se ocupa de curar al neurótico, de que recupere su equilibrio aquél cuya psique está enferma. Lo que quiere decir que de nuevo rehará su vida, defenderá en ella su posición, y se sentirá en contacto con los otros. Se liberará también de los sentimientos de angustia, de culpabilidad y de soledad que le oprimen. Un trabajo así sirve al hombre que vive, naturalmente, identificado con su yo existencial. Y ese seguirá siendo siempre el primer cuidado del médico. Es reciente el considerarlo tam-

---

<sup>13</sup> Véase K. Dürckheim, **Wirklichkeit der Mitte**.

bién bajo otro punto de vista cuando el malestar del paciente —ya sea físico o psíquico— tiene raíces profundas, demasiado profundas para que puedan ser psicológicamente accesibles. Alcanzan el NÚCLEO METAFÍSICO. Esta profundidad inconsciente tiene un carácter numinoso, y cuando éste se hace presente, entra en juego la vida supranatural. La *curación* no será, por tanto, posible en tanto el *enfermo* no aprenda a percibir en sí este nivel, o con otros términos, en tanto no comprenda que su fracaso existencial está expresando el bloqueo de aquel aspecto de realización de sí mismo que afecta a la eclosión e irrupción de su Ser esencial trascendente.

En el psicólogo que no haya alcanzado este nivel, es natural que no vea o no pueda reconocer la realidad de este núcleo trascendente. Interpretará, por tanto, las manifestaciones de este núcleo como una proyección, como un fantasma, como el vano deseo de un yo que quiere huir del mundo. Y así se puede hacer mucho mal. Un ser sufriente, que haya alcanzado el nivel iniciático, sufre un grave perjuicio si, por falta de comprensión, se le mantiene a un nivel natural. El no poderse realizar al nivel espiritual alcanzado puede ser causa de enfermedad: se podría decir que con ello se ha asumido una deuda que habrá que pagar.

Es necesario saber, pues es importante, que la transformación de la que aquí hablamos no comienza siempre con experiencias del Ser claramente marcadas, ni con momentos estelares vividos en situaciones extremas. Son a veces contactos del Ser más o menos pasajeros y breves. Sucede también a veces en un sueño: es el soplo de lo numinoso. Hoy en día, sin embargo, son cada vez más numerosos los jóvenes, y en ocasiones los muy jóvenes, que están aten-

tos a tales instantes preguntándose —con extrañeza— qué puede ser *eso*. Dichosos son aquellos que se encuentran entonces con una persona competente que pueda indicarles cuáles son los criterios que permiten identificar tales momentos, y enseñarles a interpretarlos. Porque así podrán guardar el tesoro que contienen. Pero todavía hoy se cometen muchos errores y se peca aún mucho con respecto a estas experiencias. Hay padres y educadores incomprensivos, que eluden estas cuestiones que les plantean ciertos niños y adolescentes, o que las rehúyen con una sonrisa de indiferencia. Pero también hay algunos terapeutas, todavía poco maduros, o inhibidos por sus prejuicios *científicos* y su orientación pragmática, que ven esos momentos como instantes de exaltación, como una sublimación, una inflación del yo, o que simplemente los sitúan entre los fantasmas. En lugar de resaltar su importancia, privan de su valor metafísico momentos esenciales en la vida humana. Tomar conciencia y llevar la atención a esos instantes puede abrir una vía que eventualmente —aunque no necesariamente— conduzca más allá de la terapia.

La *gran terapia* no se interesa prioritariamente por la capacidad existencial del hombre, por aquello que le permita funcionar sin problemas ni malestar en el mundo, aunque en ocasiones sea a expensas de su Ser esencial. Se interesa por la propia realización del hombre desde su Ser esencial. No es, sin embargo, todavía aquí necesario dejar el campo de la terapia y entrar en el de la iniciación. Esto será cuando ya no sea cuestión de una simple adaptación a las condiciones externas o de dejar de sufrir. Cuando se trate ya de vivir la realización de sí mismo desde el Ser esencial. La gran terapia

interviene sólo allí donde el verdadero *Sí-mismo* es concebido como el lugar en que el SER puede manifestarse en el mundo en el lenguaje que le es propio a la persona. El acento está entonces puesto en el Ser y no en el hombre. El hombre podrá pasar al nivel de iniciación cuando ya no se busque a sí mismo, y cuando haya evolucionado lo suficiente como para ponerse exclusivamente al servicio del Ser. La vida es **iniciática** sólo en la medida en que, sin equívocos, está al servicio del *gran tercero*, del SER. En tanto que el contacto y la integración con el Ser no se busquen sino con la finalidad de una curación o de un bienestar individual, será todavía una terapia. Ahora bien, cuando el trabajo de realización del Sí-mismo se emprenda en razón únicamente del Ser, sea cual fuere el precio del sufrir y el daño que pueda ocasionar a la eficacia en el mundo existencial, es en ese momento, y sólo entonces, cuando comienza el compromiso y el camino por la vía iniciática.

Se plantea otra cuestión: la de saber qué conocimientos de psicología de lo profundo y del trabajo de psicoterapia exige el camino iniciático. De hecho, esta vía requiere un saneamiento, una limpieza en profundidad de lo inconsciente. Sin este trabajo, el hombre es, con frecuencia, víctima de ilusiones que le hacen imaginar que la trascendencia, y también la transparencia, están más cerca de él de lo que en realidad están. El trabajo en el camino iniciático comprende tanto la conciencia de lo que separa al hombre de la realidad del SER revelado por lo numinoso como su percepción y reconocimiento. Una psicoterapia bien llevada, orientada hacia el Ser esencial del paciente, puede, sin duda, conducir a una evolución

que termine en un entrar de lleno en el Camino iniciático. Una religión enraizada en la fe puede asimismo ser el punto de partida de una evolución iniciática, bien desde una experiencia profunda de esa fe o, por el contrario, por el malestar que haya podido producir el haberla abandonado.

## ORIENTE Y OCCIDENTE

### Zen

La Vía iniciática ha sido siempre el camino religioso de Oriente. No es, pues, de extrañar que la sabiduría oriental, así como sus ejercicios prácticos, ejerzan un particular atractivo para los occidentales. Éste es especialmente el caso del Zen, cuya enseñanza y ejercicios no son, en absoluto, privativos de los orientales, pues su influencia en la evolución hacia la madurez es también importante en Occidente<sup>14</sup>. El Zen es una herencia de sabiduría cuyas bases teóricas son el resultado de experiencias vividas por hombres espiritualmente maduros y evolucionados. Ellos rompieron la coraza de su yo existencial, ellos paladearon el SER, y su vida prueba que es posible dar de Él testimonio. A través del Zen corre el hilo de oro de experiencias que están lejos de ser puramente orientales. Su naturaleza,

---

<sup>14</sup> Véanse Enomiya Lasalle, **Zen, un camino hacia la propia identidad, Budismo Zen**; K. Dürckheim, **El Zen y nosotros**, Ed. Mensajero.

su carácter, son universales y, en principio, pueden convenir a todo hombre que esté suficientemente avanzado en su camino de maduración. Si, por ciertos aspectos, parecen ser orientales, es porque en sí mismos y su *camino* no han encontrado todavía, realmente, su lugar en la cultura occidental. Inaccesibles a un pensar racional, sospechosas para los teólogos, no han podido ejercer hasta ahora su acción.

La fuerza de irradiación de la GRAN VIDA y la promesa que contiene en su mensaje explican la influencia de los escritos Zen. Si se quisiera resumir en unas frases, desligándolo totalmente de la tradición oriental, se podrían describir como sigue las bases sobre las que reposa la enseñanza y la práctica del Zen:

- 1) En su Ser esencial, el hombre es una modalidad del SER divino.
- 2) Lo que el hombre es en ese Ser esencial está oculto a lo que él *tiene* en su conciencia. El hombre seguirá siendo ajeno al SER en tanto que siga identificado a la conciencia objetiva de su yo natural, que no se haya liberado por la interiorización del Ser esencial en su conciencia, y mientras no se comprometa en el camino de transformación constante que le lleva a la libertad por la acción del SER.
- 3) El origen del alejamiento del Ser, y por ello del sufrir específicamente humano, es la identificación con un yo que fija todo lo vivido en imágenes, en conceptos, y en un orden de valores definidos, un yo cuya finalidad teórica y práctica es, por encima de todo, el garantizar una *posición*.
- 4) Si la raíz de todo ese sufrir es, en definitiva, el alejarse del Ser, sólo se puede uno curar

mediante la liberación de ese yo, de su dominio y de su orden, y por la unión con lo que él encubre, es decir, con nuestro Ser esencial. La curación está en pasar a través de ese yo separador que es nuestro yo definidor, enraizado en la conciencia objetiva, y en DESPERTAR a una nueva conciencia. El proceso que permite este franqueo es anonadar el yo en el Ser y resucitar en un yo transformado por la *gran experiencia*<sup>15</sup>. En el Zen a eso se llama Satori. Es la metanoia, la metamorfosis de la vida humana, eje de toda dirección espiritual ejercida en el espíritu del Zen.

- 5) Un auténtico Satori supone dos cosas: una experiencia trastocante vivida como liberación, y el nacer de una NUEVA CONCIENCIA, siendo la transformación la finalidad de esta experiencia. Lo que así se vive es el despertar al Ser esencial por la iluminación, que es a la vez liberación y compromiso. El Ser esencial propio de cada uno de nosotros no es otra cosa que el camino destinado al hombre, camino que conduce al transformado hacia su madurez de persona y hacia la transparencia al SER. El SATORI es un evento que libra al hombre del viejo orden. Por la iluminación de una conciencia nueva y el nacer de un nuevo sujeto, el Satori esclarece esa conciencia con un nuevo saber y sitúa la personalidad, por entero, en la vía de la transformación. Esa experiencia no es, por lo tanto, una simple vivencia emocional: cuando es auténtica es la vía que conduce a ese estado de sujeto en el que el hombre, en tanto que yo renovado, afirma su

---

<sup>15</sup> Véase K. Dürckheim, **El despuntar del Ser**. Ed. Mensajero.

unidad con el Ser esencial, así como su compromiso al servicio del SER en este mundo. Ello sólo es realizable gracias a una actitud nueva, total y hasta física. No es una cuestión sólo de *disposición* interior: en su propio cuerpo el hombre se hace transparente al Ser sobrenatural, siendo posible percibirlo y ser de él testigo en su condición espacio-temporal. La transformación, en el propio cuerpo, es una búsqueda evidente en el Zen. Ahora bien, comprendido así, el Zen no es algo específicamente oriental. Expresa una posibilidad y un deber humano universal, una búsqueda ejemplar de la práctica iniciática.

A pesar de las oposiciones sufridas, la sabiduría y los ejercicios orientales —y en particular el Budismo Zen— siguen progresando en Occidente y en el mundo, y este hecho nos lleva a plantearnos algunas cuestiones sobre la relación entre la forma de religión occidental de la fe y el *sentido religioso* iniciático de Oriente.

¿Cuáles son los puntos de encuentro del espíritu oriental y del espíritu occidental? Las discusiones sobre política en general, sobre el desarrollo de la economía mundial, la investigación en ciencias sociales y, entre otras, la ciencia comparativa de las religiones. El acercamiento del Este y del Oeste desempeña un papel creciente si se trabaja en una organización universal razonable. Pero el encuentro con el espíritu oriental cobra también una gran importancia para mucha gente que ha perdido su fe tradicional y busca una nueva dirección. Al hablar del espíritu oriental y del espíritu occidental, de Oriente y de Occidente, se les sitúa, naturalmente, desde la perspectiva geográfica: Oriente al este,

especialmente la India y Extremo Oriente, y Occidente en Europa y Estados Unidos. Nos es preciso ahora aprender a buscar el Este y el Oeste en otro lugar, en nosotros mismos. La tensión existente entre lo que llamamos el espíritu oriental y el espíritu occidental no se ha de enfocar sólo desde el ángulo político, económico y social, sino como una tensión entre dos polos situados en cada uno de nosotros. Comprendido así, se nos plantea un problema humano interior que habremos de resolver. Conciérne a una noción que nos es ya familiar, la relación entre lo *femenino* y lo *masculino*.

Está el varón y está la mujer. Está también lo *femenino* (el principio femenino) en el varón, y lo *masculino* (el principio masculino) en la mujer. Sabemos ya hoy que tanto el varón como la mujer no pueden desarrollarse en plenitud ni llegar a ser un todo si no reconocen, acogen e integran el varón su elemento femenino, y la mujer su elemento masculino. Por ello, para desarrollarse en su humanidad total y para estar completamente equilibrados, tanto el occidental como el oriental han de aprender a reconocer, acoger e integrar el otro aspecto de sí-mismos. El hombre llegará a su total desarrollo creador sólo como hombre total, sea cual fuere el acento más o menos marcado de uno u otro de sus polos.

## **El hombre universal**

*Al hombre en su integridad* no se le puede sentir sino en relación con *la humanidad en cuanto todo* o, en definitiva, en nosotros mismos. Ni siquiera entre las particularidades de sentimiento, de pensamiento o de comportamiento de un pueblo, por

muy diferente que sea de nosotros, no hay nada que no se dé también en nosotros, ni que no pueda encontrar en nuestro ser su lugar y su valor determinados. Si se comparan los llamados pueblos primitivos con los pueblos altamente civilizados, observamos diferentes grados en la manera de ser humanos. Todos llevamos también con nosotros estos grados, y de ahí que su naturaleza forme también parte de nuestra potencialidad. Aquello que nos parece tan distinto y que sentimos como tal, como oriental, existe ya en nosotros en un estado potencial. Si le prestamos atención y tomamos conciencia de nuestro anhelo de realización integral de nosotros mismos, comprenderemos su posibilidad y su necesidad. El concepto de hombre total, de hombre integralmente sí mismo, del ser humano que por una larga evolución, grado tras grado, y de innumerables formas diversas, a través de toda condición y circunstancia, manifiesta la plenitud del SER, es una idea creadora, una idea fuerza, un arquetipo primordial. Esta idea lleva en sí la intuición de una realidad, innata en cada ser humano, la del hombre universal que manifiesta el SER en su plenitud. Siendo origen y misión de la humanidad, trasluce en las enseñanzas y prácticas esotéricas de todos los pueblos y de todos los tiempos. Esta idea del hombre universal en quien, a través de tiempos y lugares, de grado en grado, y mediante cientos de modalidades diversas, el SER, Vida sobrenatural, tiende a una manifestación consciente, es la única que nos ofrece el conocimiento y la realización humana en su más alta acepción<sup>16 17</sup>. Puede llegar a ser fuente de comprensión mutua entre los pueblos, favorecer la formación de un vínculo en

---

<sup>16</sup> Véase Jean Gebser, **Ursprung und Gegenwart**.

<sup>17</sup> Véase René Guénon, **Le symbolisme de la Croix**.

el Ser esencial y convertirse en un factor de unidad y de estructura del universo humano.

## **La sombra**

Siempre que en el encuentro con *el otro* aparezca un rechazo categórico (como si tuviéramos algo que defender), o, por el contrario, una especial fascinación, es una buena ocasión para tomar conciencia de esa totalidad que nos habita. Así es; tanto en uno como en otro caso, estamos respondiendo, en el otro, a un aspecto de nuestra propia naturaleza, reprimido por la sombra e impaciente por ser aceptado. Por eso los caracteres específicamente orientales revelan con frecuencia una SOMBRA. La violencia con la que reaccionan los campeones de Occidente cuando se habla del espíritu oriental nos indica, en la mayoría de los casos, que ahí encuentran su sombra. *La sombra* es un elemento rechazado de nuestra totalidad interior. Va hacia la luz y ha de ser aceptado. Si no sucede así, el hombre se mantiene inacabado y con malestar. Más pronto o más tarde choca necesariamente con sus límites y su salud psíquica se resiente. Es preciso que reconozca y acoja esa sombra. Para hallar su integralidad y su equilibrio, el hombre de Occidente debería aprender a discernir y recibir su parte *oriental*, rechazada o insuficientemente aceptada.

¿Qué significa aquí la sombra *oriental* en el hombre de Occidente? ¿Es una cuestión de costumbres o tradiciones de los pueblos de Oriente? ¿De ciertos contenidos de su cultura? Ciertamente que no. Se trata más bien de principios espirituales FUNDAMENTALES que en Oriente se mantienen vivos. En sí, no son particularmente orientales. Representan, bien al contrario, un

elemento universalmente humano, pero un sello geográfico o ancestral ha dejado allí su marca más netamente que en nosotros. En realidad, forman parte de lo humano universal. Es un potencial primordial, son fuerzas y direcciones que pertenecen a los temas esenciales de la vida humana, si bien su mayor o menor desarrollo depende de ciertas condiciones de espacio y de tiempo. Y como se trata de temas fundamentales, afectan siempre también a los problemas religiosos. Son las raíces del devenir espiritual cuya función interviene, en su más profundo sentido, en la vida humana, puesto que son, a la vez, su fundamento y su término. Son principios arquetípicos, de estructuras y desarrollos anteriores a todo devenir y a toda toma de conciencia. Más o menos presentes según las condiciones de vida, nos habitan desde el origen. Poco a poco y bajo diversas modalidades, van determinando las particularidades de la existencia de los pueblos, de su desarrollo vital, de sus formas y de su cultura. Por ello, cuando se comparan concepciones religiosas dominantes en Oriente con las de Occidente es algo que no sólo concierne a lo que distingue pueblos y países geográficamente alejados, sino que se trata de saber cómo, desde el origen, estos pueblos han formado parte del todo humano y en qué medida deberían ser acogidos para el bien del hombre y para completarle. Es, pues, beneficioso examinar las diversas fuerzas que han determinado la evolución histórica de la vida espiritual, tanto en el Este como en el Oeste.

### **Espíritu oriental y espíritu occidental**

Occidente debe su cultura, por una parte, a la EXPERIENCIA natural de nuestros sentidos, al saber derivado de su examen y asimilación y, por otra, a

una REVELACIÓN sobrenatural de Dios sobre la que se funda la FE. Las ciencias y la técnica resultantes de esta experiencia y la religión cristiana han marcado al hombre de Occidente. En Extremo Oriente, por el contrario, nunca se ha dado, ni siquiera en los orígenes, tanta importancia a la representación de un Dios personal como en el Occidente judío, cristiano o islámico. Tampoco han concedido nunca a la razón la capacidad de resolver los problemas principales de la vida. Oriente, sin embargo, ha hecho de un tercer factor el núcleo de todo sentido y de toda maestría de la vida. Es la EXPERIENCIA SUPRANATURAL, que traspaasa las fronteras de la conciencia natural. Se podría decir, en suma, de esta experiencia, que es la REVELACIÓN NATURAL. En Oriente, toda sabiduría y todo sentir religioso en torno a una experiencia de la vida sobrenatural que va más allá de lo natural vivido. Se trata siempre de la *Gran Experiencia* del SER más allá del espacio y el tiempo. Por ella, el hombre presiente que le es posible librarse de un yo sometido a los males y a las desventuras del mundo. Las prácticas de espiritualidad iniciáticas que caracterizan a Oriente reposan sobre la importancia que se da a la experiencia en tanto que punto de partida, vía y término del hombre. Históricamente se la ha tenido más en cuenta en Oriente que en Occidente. Sin embargo, la espiritualidad iniciática no es, en sí, ni oriental ni occidental. Desde los misterios de la Antigüedad, pasando por templarios, rosacruces, francmasones, así como por los alquimistas –sin mencionar otras manifestaciones más modernas– ha habido siempre círculos esotéricos consagrados a la transformación iniciática. Es verdad que no representan, como en Oriente, la cumbre luminosa y lejana de un camino propuesto a la gran masa de cre-

yentes. Han estado mas bien condenados, primero por la religión oficial y los teólogos, y luego por el espíritu científico, a un destino oscuro y marginal. Así como la experiencia del Ser, la vía interior de la que es fuente, no es oriental en cuanto tal, si bien es verdad que por numerosas razones, desde siempre, forma más parte de la tradición espiritual de Oriente. Al comienzo y al término de la vía iniciática está la gran experiencia de lo UNO que corresponde al carácter oriental. El diálogo entre yo y el mundo, entre yo y Dios corresponde mejor al hombre de Occidente. Todas las religiones occidentales están sujetas al dualismo, que resalta el yo personal y su *tú* a *tú*. Esta diferencia subsiste también cuando el hombre occidental adopta el camino iniciático, pues éste insiste sobre otro aspecto de la experiencia del Ser. Aquí aparecen divergencias que no tienen sólo que ver con las tradiciones religiosas, sino también con las diferencias del carácter y sentir de la vida en los diferentes pueblos. Un ejemplo típico: hasta que se introdujo en Japón la filosofía occidental, no existían en la lengua japonesa expresiones que correspondieran a *personalidad* ni a *obra*. No se había *captado* la imagen definida y contenida en la noción de valor y de estructura personales de un individuo. A la estructura, vista como algo definido, como una imagen existente en sí, con un valor personal y una forma propia, el sentimiento de la vida y la conciencia del mundo en Oriente prefieren las fluctuaciones de una forma móvil, lo fluido, lo sin contornos, lo inasequible, lo TODO en definitiva, lo UNO que suprime toda forma. Frente al yo occidental que dura, subsiste y se mantiene, el no-yo oriental que se pierde en lo Todo, etc. Esta diferencia también se refleja, y no puede ser de otro modo, en la propia

experiencia y en la dirección espiritual iniciáticas. Marca asimismo la concepción dominante de lo absoluto en el sentido religioso en general y, por consiguiente, en las diferentes religiones.

### **Sentimiento religioso oriental y occidental<sup>18</sup>**

Si se quieren comparar brevemente algunos de los puntos esenciales que difieren en el sentido religioso de Oriente y de Occidente, hay que subrayar: en Oriente el punto de partida de todo cuanto concierne al pensar, sentir y actuar religioso es la enseñanza de lo UNO que el hombre es en su propio centro. En Occidente, por el contrario, se tiene la fe en Dios, creador todopoderoso, del que se depende y de quien se está y se seguirá estando separado por una distancia infranqueable. La finalidad última de Oriente es la fusión con lo UNO (más allá de la vida y de la muerte, más allá del ser y del no-ser). Para el Occidental, el término es la comunión con Dios. Sin fusionarse jamás con Él, Él está y se mantendrá presente frente al hombre como el gran *Tú*. Examinando esta diferencia, es necesario recordar que cada uno de estos dos puntos de vista puede ser considerado desde un ángulo superior o inferior. Hay, pues, que guardarse, tanto por una como por la otra parte, de tomar la posición propia como la forma superior, reservando la menos favorable para el punto de vista opuesto. Este sería el caso si, por ejemplo, un oriental se refiriera a la experiencia del SER, vivida por una conciencia capaz de superar la oposición

---

<sup>18</sup> Véase A. Cutat, **El encuentro de las Religiones**.

de los contrarios –estado que requiere un largo trabajo de ejercicio y de madurez– para compararla con la forma más primitiva de la conciencia natural y de su yo profano a su yo divino. Cometería el mismo error aquel occidental que situara en paralelo la más sublime forma de fe enraizada en Cristo, y, con respecto al oriental, el sentimiento de unidad universal pre-personal.

Por una larga sucesión de transformaciones, la vía oriental conduce al hombre, lejos de singularidades individuales y de apegos terrenales, a la experiencia de la unidad con el SER que, en definitiva, no se percibe como personal. El camino occidental (cristiano) induce, mediante un progresivo afinamiento de la personalidad, a una persona autónoma y responsable de sí misma. Oriente enfoca a la fusión con lo Absoluto gracias a una experiencia del SER, que progresivamente hará desaparecer el *tú a tú* (que él conoce bien pero que atribuye a un yo que divide). En Occidente, la evolución se orienta a acentuar siempre más el *tú a tú* que preserva la individualidad esencial del yo, sancionada por su completo desarrollo hasta llegar a un libre cara a cara de la persona humana y de la persona divina, en la forma más sublime del yo humano y del Tú divino. Frente, en Oriente, a una despersonalización creciente del sujeto en búsqueda, así como de lo Absoluto, en la búsqueda occidental cristiana existe una creciente personalización de uno y otro. La finalidad de Oriente tiende hacia un Ser impersonal, la de Occidente hacia un Dios personal. Para el Occidental, la *realidad* final es científica. Para el Oriental, la finalidad última es la unidad total en el Ser que anula toda singularidad. Esta unidad está

oculta por los límites de la conciencia racional que divide todo lo que, de hecho, es uno. Oriente subraya siempre que no es posible discutir sobre lo que este Ser es. Se trata de una experiencia cuyo contenido no puede ser lógicamente descrito ni explicado a nadie. En la fe cristiana, la separación entre el hombre y Dios se mantiene, incluso cuando el vínculo de amor o la unidad vivida en la experiencia mística la suprimen momentáneamente. Para la percepción occidental, el entendimiento no es productor de una multiplicidad imaginaria que oculta la realidad de lo UNO indivisible. La inteligencia es el instrumento dado por Dios al hombre para que éste pueda captar una multiplicidad real, creada por Dios y descubierta progresivamente por el hombre. Sin embargo, la relación con Dios reivindicada en la fe cristiana, relación de hijo a Padre, no puede compararse con la de un yo completamente separado de un Dios lejano, de un Dios *de la otra orilla*.

Según la concepción oriental de la realidad, todo lo que sea singularidad, individualidad, autonomía, por lo tanto también la relación yo/Tú basada en este modo de ver, se les presenta como una quimera, una ilusión. El modo de existencia y de pensar formado sobre esta ilusión y obstinadamente recomenzado, está marcado por una conciencia limitada que forma parte, y es verdad, de la visión humana, pero que sigue siendo fuente de todo sufrir. Esto tiene su origen en la irrealidad de un yo que, por dividir lo UNO y por la necesidad de definir lo dividido, engendra todo error. La enseñanza según la cual la conciencia del yo vela el SER, no es una *creencia* sino resultado de la más profunda experiencia. La

prueba de su validez y de su interpretación es *la iluminación*, es decir, la liberación que la experiencia aporta al hombre y que le libra, de súbito, del sufrimiento que le ocasionan sus ilusiones. Esta enseñanza es vista en Occidente como una quimera, o cuando menos como una incomprensible ceguera con respecto a la verdadera plenitud de la vida, que no va contra el Ser divino, sino que es su manifestación creadora. Cuanto más *someramente* se oponga de esta manera Oriente a Occidente, menos a gusto nos sentiremos. ¿Acaso Oriente no dice también sí a la multiplicidad del universo? ¿O es que enseñar que la conciencia teje un velo de ilusión corresponde a una concepción puramente oriental? Esta manera de ver ¿no tiene también un significado universal que, simplemente, ha sido mejor reconocido, hasta ahora, en Oriente que en Occidente?

## **Yin y Yang**

Si, como acabamos de hacer, se confrontan las concepciones orientales y occidentales de la verdad y de la religión, estaremos siempre ante posiciones irrevocables e inconciliables. Dos cosas no pueden estar juntas en el mismo punto del espacio; dos movimientos que vayan en direcciones opuestas no pueden encontrarse en el mismo lugar y tiempo. Igual que inspirar y espirar. Pero ¿qué ocurriría si Oriente y Occidente se comportaran uno con respecto al otro como ESPIRACIÓN E INSPIRACIÓN cuando se respira? Son dos polos dialécticamente coordinados en el movimiento vital de AQUEL QUE RESPIRA. Ahora bien, todo lo que vive es, de alguna manera, un *res-*

*pirante*, y a decir verdad no se nos ha hablado de ello suficientemente en nuestra enseñanza, ni siquiera en la de respirar.

No se puede comprender la entrada y salida del aire en la respiración sino en la relación de una con otra, y con el individuo que respira. Tendríamos quizás que concebir la tierra, la tierra espiritual como un gran *respirante*. ¿No podríamos ver en ella un ser que respirando se vive en la polaridad de dos movimientos vitales, que en ellos se despliega y que tiende a una diferenciación cada vez más afinada de la polaridad de un Todo que se refleja en la relación entre el espíritu oriental y el espíritu occidental, o en la de lo femenino y lo masculino en cada ser humano? Yo creo que esta imagen es fecunda, incluso que es más que una simple imagen.

**El gran respirante.** Extremo Oriente ve en ello la más alta verdad, la que se presiente, contempla y se vive en el Tao. De ese Tao provienen los términos Yin y Yang, los dos polos entre los que la vida se alterna. Cuando en nuestros días el pensar occidental comienza a reconocer la viva polaridad del Yin y del Yang, no sólo está acogiendo el propio núcleo de la sabiduría oriental, sino que se abre al principio fundamental y fecundo de toda concepción válida de la vida.

Yin y Yang, ¿qué significan? Representan la acción recíproca de dos principios fundamentales bajo cuyo signo toda vida se desarrolla, se retoma, se expresa, se agota, para renacer en una forma viva. La vida deja que se muestre la plenitud de las formas y las retoma en ella en su singularidad y en su completo cumplimiento. A todo movimiento creador de una forma responde el movimiento

opuesto que, fija ya en su singularidad, la trae de nuevo a lo Todo, que la retoma en su seno. Cada empuje hacia lo particular corresponde al retorno hacia la unidad que lo suprime. Eso es lo que se hace presente en el hombre en el movimiento, en el juego y contra-juego de lo masculino y lo femenino, del mundo paterno y del mundo materno, de la tierra y del cielo, de la concepción y de la acogida, del hacer creador y del no-hacer liberador, de la intervención voluntaria activa y de la aceptación pasiva, del claro dominio de la conciencia de sí, y del mundo inconsciente de la sombra, del universo del yo y del Ser íntimo y divino. Pero la VIDA es siempre los dos a la vez. Sin el Yang, el Yin no es el Yin, y sin el Yin, el Yang no es el Yang. Es el moviente de este círculo lo que da su valor a estos dos aspectos, y el fruto, que es su sentido. Cada ser vivo es fruto de Yin y de Yang, del cielo y de la tierra. También el hombre. Ahora bien, éste no será realmente un ser viviente si no está en armonía con la gran ley, es decir, con el ritmo de Yin y de Yang.

La respiración es realmente algo vivo por este juego en que el inspirar lleva a espirar y el espirar a inspirar. En cualquier caso en que el movimiento de uno u otro obstaculice el movimiento contrario, la vida no es normal; cuando el movimiento la detiene, la vida se detiene. Se puede, por tanto, considerar que el adversario de la vida es un poder que actúa de dos maneras. O bien detiene el movimiento que lleva la forma a su apogeo, allí donde pareciera alcanzar su perfección, reduciendo este punto a una inmovilidad estática; o bien impide que el movimiento de abolición de la forma se invierta en la creación de una forma nueva, y es la disolución. Cuando así es, allí donde todo lo que

vive tiende a la forma a la vez que a su desaparición en lo Todo, allí donde se aniquila para renacer a una nueva forma, se produce rigidez y disolución. La primera eventualidad es el peligro que corre Occidente, la segunda el de Oriente. Tanto en uno como en otro caso, la respiración de la vida se detiene y eso significa muerte.

Cuando Occidente se abre al secreto de la respiración, no sólo acepta la sustancia propia de la sabiduría oriental, sino que se abre también a la fuente de una humanidad viva. *Respirar* es el principio fundamental de la vida. Respirando es como se hace, crece y desarrolla, en el eterno ciclo del devenir y desaparecer de la forma, el emerger y desaparecer de todo *siendo* en la profundidad del SER<sup>19</sup>. El acentuar uno u otro de estos movimientos, el de *desaparecer y retornar al origen* o el de *nacer y exteriorizarse*, marca la diferencia entre las diversas épocas y formas de espíritu, entre el Este y el Oeste. Los pueblos orientales son más bien los del eterno retorno a lo Todo, los pueblos occidentales los de una continua evasión hacia el exterior. Pero, por muy marcadas que sean las diferencias del sentido vital y la tendencia fundamental, tanto en uno como en otro, la Vida humana no será sana y fecunda si en ella no están presentes los dos movimientos. Esto es igualmente válido en lo que respecta a la relación entre una actitud general de pasividad o de actividad. El excesivo *hacer* occidental estará amenazado en la medida en que no reconozca el carácter despótico de las obligaciones que se impone. Esta es una comprobación general admitida en

---

<sup>19</sup> Véase K. Dürckheim, **Hara, centro vital del hombre**, Ed. Mensajero.

nuestros días. Pero habría que reconocer, además, la necesidad de las prácticas meditativas iniciáticas, que son un elemento constitutivo de la tradición oriental.

Estas prácticas meditativas juegan un papel capital en nuestras órdenes religiosas, en particular los ejercicios (Ignacio de Loyola) o la oración, cuando tiende al recogimiento y a la contemplación. Este es el caso del camino trazado por los grandes místicos como Ruysbroek el Admirable, Juan de la Cruz o Teresa de Ávila, entre otros. Es verdad que su influencia no ha sido determinante en la vida occidental en general. Es por eso por lo que, cuando admitimos la necesidad de hacer un hueco en nuestra vida a la meditación, ello no supone adoptar una posición *oriental* contraria al espíritu de Occidente. Es confesarse una necesidad, la de un complemento indispensable a nuestra forma de existencia, sometida al dominio demente del rendir. Introducir la meditación en nuestras vidas forma parte de una *restitutio ad integrum* de Occidente, que cuando se despierta el sentido iniciático no puede dejar de producirse<sup>20</sup>.

La diferencia entre un sentido religioso que se funda en la experiencia de lo UNO —donde encuentra su término—, y el de aquél en que el origen y la finalidad son el *vis-a-vis* del yo humano y del Tú divino, puede ser comparable a la situación primitiva de la primera infancia. El bebé está aún inmerso en el SER —está *aún* en el seno de su madre— y esta situación perdura a lo largo de su vida humana. La sensación de estar *en casa*, en la patria, en la *Gran Madre*, en lo UNO liberador que suprime toda dis-

---

<sup>20</sup> Véase **Prácticas meditativas**.

tinción, es un aspecto irreprimible de la vida. Esta nostalgia se mantiene siempre en el hombre y marca una posible dirección en su devenir, si bien no se despierta en su humanidad sino en la relación con un tú, en un intercambio.

El hombre está hecho para el diálogo. Cabe preguntarse si acaso esta relación *tú-yo* no existe sino para tomar conciencia de la unidad que el hombre pone en peligro al ir evolucionando en la afirmación de sí, o si quizás no sería más justo verla como la manera de articular la unidad humana original. La vida orientada a lo UNO se articula en la relación del yo con el tú. Sin embargo, esta relación será viva en la medida en que esté a la vez sujeta al Todo que suprime el tú y el yo, ese Todo en que ambos nacen y se concluyen en un continuo ir y venir.

Cuando el hombre pasa del movimiento vivo de lo UNO al estado de yo que hace de todo lo vivido un objeto, el tú se convertirá en un *eso*. Y como éste no se hace realidad a sí mismo sino en la medida en que está separado de ese *yo* en el que toda huella queda borrada, tiende por ello a que desaparezca la unidad del sujeto humano y su tú a tú. Este proceso forma parte de la conciencia racional humana. Afecta a todo *vis-a-vis* cuya realidad *objetiva* es objeto de un interés racional que no deberá ya tener nada de *subjetivo*. Si el hombre se abandona a este proceso que hace de él una cosa, sacrifica también el campo del encuentro personal y, en definitiva, Dios también se convierte en una *cosa* separada del hombre. La unidad viva se pierde, y se desconecta el posible encuentro con Dios en tanto que presencia.

Con respecto a la experiencia de esta relación entre lo UNO primordial y la del *yo-tú*, cabe preguntarse dónde poner el acento. La respuesta de Oriente

y la de Occidente difieren. Oriente insiste en la importancia de la Unidad, Occidente en la del *yo-tú*. Pero ¿acaso los dos no forman parte del mismo Todo? El hombre falta a su propio cumplimiento cuando él se diluye en el seno de la profundidad materna de la Vida, pero también cuando de ella se separa definitivamente. Su destino es el de ir creciendo hasta llegar a cortar sus lazos con el SER. Su vida queda entonces bajo el signo de la muerte, precio de esta escisión. El sentido y el fin de toda práctica iniciática es el de reencontrar el vínculo con la Vida más allá de la vida y la muerte. Ello conduce, en principio, a un nuevo enraizamiento en el *suelo materno* de la Vida. El descubrir un *espacio materno* juega ya un papel esencial en la terapia, que en la mayoría de los casos tiene que ver con hombres que, en un mundo determinado por lo racional, han perdido su unidad humana. La relación entre Ser esencial y persona da un sentido particular al problema *Oriente-Occidente*.

## **Ser esencial y persona**

Si se entiende por *Ser esencial* el modo de presencia del SER en el hombre, éste, en su Ser esencial, es *uno* con todo el resto del universo. En el lenguaje de su propia personalidad el hombre es, en sí, lo UNO, y de ahí que esté ligado a todo cuanto existe. Cabe, pues, decirse: yo tiendo a mi Ser esencial, en el sentido más fuerte del término, cuando, a mi manera individual, yo acojo lo UNO de tal suerte que me desarrollo y me anonado totalmente en Ello. El verdadero Sí-mismo del hombre no será entonces (para el hindú, por ejemplo) sino este UNO-Todo. Es también

igual para todos los hombres y, en definitiva, para todos los seres. Así el hombre no será otra cosa en su verdadero Sí-mismo que ese UNO y, en él, coincide con todo cuanto existe. Así es como piensa Oriente. Pero también cabe decirse: Lo UNO se engendra en su realidad en el hombre, en su Ser esencial individual, siempre único y singular. Yo no encontraré mi verdadero Mí-mismo si no es descubriendo esta individualidad que me es propia, y liberando en mí lo UNO. Mi deber y mi responsabilidad con respecto a mi vida sobrenatural no será entonces suprimir mi individualidad en lo UNO, sino el realizar mi individualidad en una *persona*. Esta es la visión del hombre occidental, que se dice: sólo el sí a la singularidad individual permite que cada hombre realice y manifieste la participación universal que le liga al SER. La fórmula de todo ser vivo –ya sea planta, animal u hombre– es el llegar a ser uno con su Ser esencial y con el SER, distinto en su forma de encarnarse. Sin embargo, en el hombre aparece algo nuevo, algo que le alza por encima de los otros seres vivos, y gracias a lo cual no tendrá que sentirse solo en su singularidad; es lo más sobresaliente de su persona, su conciencia. Desde ella, él puede, como individualidad, *encontrarse* con la individualidad del otro, de tal modo que pueda vivir y sentir con respecto a él un vínculo de especial naturaleza.

Este encuentro de persona a persona suscita una observación en relación con la espiritualidad oriental y la de Occidente. Tanto desde la perspectiva de la vida en general cuanto de su sentimiento religioso, Oriente no otorga a la persona la importancia que nosotros le damos en Occidente. Esta es la razón

esencial por la que el anonadamiento del yo, tal como se comprende en Oriente –aparte la aceptación de las riquezas espirituales orientales en general–, resulta a menudo insoportable para Occidente. Yo examiné en Japón el problema de la persona, del *ser una persona*. Un encuentro verdadero mirándose a los ojos, allí se da raramente. Nadie duda que en Oriente, al igual que en Occidente, hay personalidades muy marcadas, fuertes personalidades. Pero habría que preguntarse si se trata realmente de una persona en el sentido que nosotros le damos, o más bien de una personalidad notable.

Nosotros sentimos de hombre a hombre, como también en Japón, un gran respeto por el otro. Pero preguntémosnos a qué es a lo que se aplica esta consideración. Junto a una clara falta de piedad con respecto a la *criatura sufriente*, así como al prójimo cuando éste no pertenece a la familia, se da en Japón un profundo respeto hacia el otro en su ser suprapersonal. ¿Ante qué se inclinarían tan profundamente si no cuando se saludan?

Me viene a la memoria un viejo maestro que dirigía un campo de jóvenes –elegidos como colonos para Manchuria–, muchachos recios, de origen campesino, que parecían, en su mayoría, bastante frustrados. Ya cuando recorrimos el campo me había sorprendido la manera en que aquel anciano respondía al saludo de los jóvenes, porque, o no les saludaba, o cuando lo hacía era con una atención muy particular.

En otro momento, tomando juntos el té, uno de los jóvenes trajo un mensaje y, al marcharse, saludó inclinándose muy abajo ante el viejo maestro. Mi gran sorpresa fue el ver que éste se levantaba y tam-

bién se inclinaba muy profundamente ante aquel joven. Cuando el muchacho ya había salido, le pregunté al maestro: “¿Ante quién se inclinaba usted hace un momento? ¡Seguramente no ante el joven!” Me miró un instante y dijo: “No, ciertamente no. Lo hice ante *algo* que hay en él, así como en mí”. Y añadió muy bajo: “Tenno”. El muchacho era sintoísta. De haber sido budista hubiera dicho: “Ante la naturaleza de Buda que hay en ese joven, y en mí”. O quizás ante un cristiano dijera. “Ante el Cristo, que hay en él, presente también en mí”. Pero preguntémosnos: ese *algo* que había en el otro y también en él, ¿hacían ya de aquél una persona? No. Lo que este hombre veía ¿era la percepción de la individualidad del otro? Aún así, eso no es todavía el encuentro con una persona.

Devenir una persona implica la integración de lo UNO, del Ser esencial y del yo existencial. Eso es lo que permite expresar naturalmente, con sencillez y espontaneidad, una auténtica libertad, presente en el yo existencial gracias al contacto que se ha establecido con la trascendencia inmanente. No obstante, este contacto sólo conduce a ser una persona, en el pleno sentido del término, cuando no solamente aporta la liberación de las cadenas del yo profano, sino cuando también marca con su sello, que es un compromiso, una individualidad alcanzada por la experiencia. Pero antes hay un grado preliminar.

¿Cómo reconoce un maestro Zen que su alumno *ha pasado*, o, dicho de otro modo, ha tenido un Satori? En que, de pronto, por vez primera, este alumno viene a él con la plena capacidad de ser sí mismo. *Sí mismo*, habiendo integrado lo que él es desde su Ser esencial con lo que el mundo ha hecho de él; en la unidad de su yo existencial y de su Ser esencial. Colmado de fuerza y radiante de aquella luz

que anuncia la presencia del SER, el alumno va al maestro con la plena conciencia del hombre liberado de su pequeño yo. Es, por fin, totalmente sí mismo. Ha llegado a ser **de facto**, y a un cierto nivel, una persona. Se aprecia aquí la diferencia de miras entre Oriente y Occidente. Para el maestro oriental, el nacer de la persona por la fusión del yo profano con el Ser esencial es solamente un síntoma, el signo de que el alumno ha podido saber qué es el SER, que esa experiencia, en principio, le ha liberado quebrando la dolorosa presión ejercida por su yo (los progresos de esta liberación quedan, sin embargo, sometidos a ejercicios ulteriores y a una transformación). La marca de una forma individual no es apreciada en Oriente en cuanto tal, ni representa todavía una realidad absoluta. A los ojos de un maestro occidental, el punto esencial sería que el alumno, liberado del yo que mora en la superficie de las apariencias, atado al mundo y todavía en cierta medida *funcionalizado y banalizado*, sea libre de devenir una persona. Más que anonadar el yo en el Ser esencial y en el SER presente en él, lo que cuenta para el maestro occidental es la creación de una nueva forma existencial, desde el Ser esencial, que dé testimonio del SER que se manifiesta en la riqueza del mundo.

No es el acto liberador sino el acto creador del Ser esencial —eventualmente por la experiencia— lo que, por el Verbo, hace que nazca la persona. Además de ésta, hay otra diferencia: al sí a la singularidad, al sí a la individuación, se añade aquí la perfecta integración del Ser esencial con el yo; el Ser esencial más allá del espacio y del tiempo habita el *cuerpo de destino* terrenal marcado por la temporalidad.

Esta sanción, esta santificación del *cuerpo de destino*, aceptado en cuanto medio y lugar en que apa-

rece el Sí-mismo divino, permite que nazca la persona, en su sentido más elevado. Quizás esto sea algo específicamente cristiano. Recuerdo el haberme sentido impulsado un día a preguntar a una mujer japonesa: “Señora Toda, usted es cristiana, ¿verdad?”. Sorprendida, ella me dijo: “Sí, pero ¿cómo lo sabe usted?” Mi respuesta fue tan sorprendente para ella como para mí: “¡Porque sus ojos están tan abiertos!”. En realidad, ésta es una característica japonesa: muy raramente es posible verles los ojos, o lo que es igual, verles en cuanto persona. Se muestran en su puesto, por ejemplo, el de hijo, alumno, maestro, anfitrión, japonés, etc. En su apariencia superior, la de maestro, el japonés se muestra bajo una forma que cambia lo que hay de personal en suprapersonal, casi al margen del mundo o, al menos, desinteresado del mundo. Es raro encontrar al hombre sufriente, ese hombre en el que, en su mirada personal, cargada de alegría y de pena, se ve emanar lo sobrenatural en el filo absolutamente único de la personalidad. Ello no quiere decir que todos los cristianos tengan *los ojos abiertos*; esta forma de presencia sigue siendo un deber por cumplir para el cristiano. Sólo queda por señalar que en la cristiandad opera un principio personalizante que bajo esta forma no se encuentra en Oriente.

## **El peligro oriental**<sup>21</sup>

En cuanto a la reserva y reticencias de Occidente con respecto al sentimiento religioso oriental, hay que distinguir dos elementos: por una parte los

---

<sup>21</sup> Véase A. Cutat, **La mystique et les Mystiques**.

defensores de Occidente en general; por la otra los de la religión cristiana. En los primeros se expresa claramente la sombra, una acentuación unilateral de Yang y un rechazo del aspecto Yin en el hombre. Sin lugar a dudas, esta sombra está también presente en el escepticismo y en la violenta oposición de buena parte de los fieles católicos contra todo lo que viene de Oriente (la religión cristiana en la Iglesia está asimismo marcada por un sello más fuerte de Yang que de Yin). Hay que añadir otros fuertes temores más particulares. En especial son presentados como un grave peligro tres de los ejercicios iniciáticos: LA LIBERACIÓN POR SÍ MISMO, LA DESPERSONALIZACIÓN Y LA EXCESIVA IMPORTANCIA QUE SE CONCEDE AL CUERPO.

1) **La liberación (redención) por sí mismo.** En el acercamiento a Dios que se busca en los ejercicios, el mundo cristiano en general ya ve como amenaza una inaceptable liberación, una redención por sí mismo. Incluso el simple hecho de concentrarse en la propia interioridad le parece contrario a su relación de tú a tú con Dios. Oponen la práctica de la oración cristiana, su constante escucha de Dios, la incesante profundización en el recurrir a Él, el eterno esfuerzo por oír su llamada, a la tentativa, que juzgan peligrosa, de *ser dueño* del alma propia. De hecho, hay diferencias. Pero cabe preguntarse si es que han de excluirse estas formas distintas de considerar el movimiento de una piadosa evolución. Un juicio equitativo, ¿no exigiría al menos un estudio comprensivo de lo que realmente se busca y vive, tanto en uno como en otro método? Cuando, por ejemplo, en Japón se opone *tariki* y *jiriki*, que traducido literalmente significa salvación de sí mismo y

salvación del otro, el sentido es que unos, al no haber alcanzado aún la experiencia, han de confiar totalmente en ser redimidos por Amida-Buda, en tanto que los otros han de aprender a reconocer y dar conscientemente cumplimiento a la *salvación de su alma* desde el Ser presente en ellos desde el origen, sin haber nunca dejado de ser así. La finalidad del ejercicio será entonces alcanzar la experiencia de este secreto –solamente posible por la vía sobrenatural del alma–. Ello no significa que el hombre se salve *a sí mismo*. Aunque, en el fondo, ¿qué es esta redención? También aquí son frecuentes los errores. La salvación, en el sentido cristiano, significa sobre todo la redención del pecado y de la falta. Son dos conceptos bastante extraños para Oriente. En el sentido oriental, ser salvado es quedar libre del sufrir, especialmente el que origina un mundo transitorio, que se alimenta de una forma de conciencia que separa al hombre de su ser, pero del que puede librarse. El SER está más allá de la vida y de la muerte, más allá de los opuestos que desgarran al hombre. Descubrir a Dios supone ya ampliar aquella conciencia que significa una victoria sobre el mundo. Saber esto ¿tiene que seguir siendo un privilegio de Oriente? Nos parece ser de una importancia universal. Ahora bien, el SER que se vive en la experiencia, ¿es Dios? Dicho así, esta cuestión queda groseramente planteada. En la experiencia del SER, preguntarse “¿qué es esto?” no toca el fondo del problema. Si preguntáramos dónde está Dios a alguien que, sin pensar ni en Dios ni en Cristo, haya vivido una experiencia del Ser, en la medida en que ha quedado totalmente liberado, nos podría responder: ¿por qué no nos va a hablar Dios precisamente desde nuestra más profunda experiencia? Sabemos en realidad

que la experiencia prepara el terreno a una nueva fe en Dios y justamente allí donde, a falta de contacto con el SER, una excesiva racionalización había dejado seco el terreno.

2) **Despersonalización.** A este temor a la despersonalización desde la experiencia iniciática, se puede objetar que hay que diferenciar entre el pequeño yo, prisionero del objeto, que teme por su posición y al que hay que superar, aunque pueda por otra parte tener una ética elevada, y la persona en devenir, el nuevo Sí-mismo, cuyo despertar requiere como condición abolir el pequeño yo. El escepticismo, y hasta rechazo, de un mundo cristiano con respecto al ejercicio es, con frecuencia, resultado de un miedo, el de que a la vez que el yo se pueda también poner a Dios entre paréntesis. De ahí que la consigna sea el no desviarse, ni siquiera un instante, de Dios o de Cristo, y mantener, sin equívocos, el cara a cara con Dios. Ello exige una actitud que hace arriesgar la completa realización de la persona, ya que impide que el alumno o el fiel se abandonen a lo profundo de su ser, allí donde lo único que puede ser engullido es el yo y la imagen estática que el hombre se hace de Dios. Es sólo en lo profundo del ser donde puede crecer el germen de la creencia en la verdadera persona, y sólo es allí donde el hombre escucha la llamada de Dios —que es más que un diálogo— a su yo existencial, cargado de temor y de nostalgia<sup>22</sup>.

3) **Sobreestima del cuerpo.** Se da una paradoja. Vemos que Oriente, cuyo sentido religioso se encamina casi siempre hacia la desencarnación, pone el ejercicio del cuerpo (yoga) al servicio de la transfor-

---

<sup>22</sup> Véase J. B. Lotz, **Meditation im Alltag.**

mación, y que el mundo cristiano, en el que la encarnación del Verbo es el centro de su fe, se sitúa en vanguardia para combatir contra los ejercicios corporales, por temor a la materia y a la sensualidad. Vivimos en la actualidad bajo el signo de las grandes revisiones, si bien pasará todavía mucho tiempo antes de saltar, de un rechazo a los ejercicios del cuerpo, a reconocer la importancia que tienen en la transformación y en el devenir de la persona. Por eso, en la vía iniciática no es posible que se dé la *sobreestimación* del papel que juega el cuerpo<sup>23</sup>.

En el ejercicio, se trata de aprender a entregarse al ritmo de la respiración, allí donde la vida se vive a sí misma, y sentir en la respiración que la forma ya hecha se disuelve para hacer sitio a una forma nueva. Sentir que ésta nace de la falta de forma y que, poco a poco, la transparencia aparece y garantiza el proceso de ese perpetuo movimiento de transformación. Y ciertamente que allí donde el pequeño yo desaparece, desaparece también su dios.

Nosotros, los que hemos crecido en la tradición cristiana de Occidente, hemos de dejar de temer el perdernos en cuanto persona cuando nos abandonamos a la profundidad maternal del SER. Tampoco hay que temer el ser infieles a nuestra fe si nos abrimos a los ejercicios iniciáticos. Sólo es posible que renazca una nueva persona cuando la forma congelada en lo llegado a ser del pasado se funde, siempre de nuevo, en lo no advenido. Ser una persona no puede tener otro significado que el participar conscientemente en el movimiento eternamente creador del Ser que se manifiesta en nosotros, y el de vivirlo en el punto más alto de nuestra conciencia.

---

<sup>23</sup> Véase K. Dürckheim, **Hara, centro vital del hombre**. Ed. Mensajero.

## Experiencia del Ser y Fe

A la dirección espiritual le corresponde el ocuparse del Ser sobrenatural y del servicio que a Éste se le debe; por lo tanto no tiene que ver con la oposición que se establece entre el espíritu religioso nacido de la experiencia del Ser y la fe cristiana. Cuando el hombre acepta su transformación constante en el Ser pero no quiere disolverse definitivamente en lo UNO, todo retorno a la profundidad de lo UNO conduce de forma natural a un nuevo grado del estado de persona, y la *forma de persona* de lo Absoluto adquiere también un carácter nuevo. En cada grado que se sube, puesto que el hombre se desprende cada vez más de su yo existencial, la manera de ser en tanto que persona va tomando un carácter más impersonal con respecto a ese yo. Cada vez que la impulsión del Yang produce en el hombre una nueva forma, éste ha de tener el coraje de refundir en el Yin lo que él es, lo que tiene, lo que cree. Nos es preciso atrevernos a dejar las imágenes que se han fijado en la conciencia y lanzarlas siempre de nuevo a la profundidad insondable, donde no existen ni imágenes ni formas o, como lo dice el maestro Eckhardt, "*allí ya no están ni Pedro ni Pablo*". Pero el hombre puede abandonarse con confianza a eso profundo que siempre le lleva a una nueva forma de ser de la persona, es decir, a un nuevo grado de humanidad, más libre y más responsable por estar mejor inserto en la vida sobrenatural.

Comprometerse en la vía iniciática abre un nuevo acceso a la fe a aquél que la ha perdido. Le enseña a acoger con confianza aquello que le aporta su más profunda experiencia y a reconocer su importancia.

A partir de ahí, tendrá después que practicar el ejercicio, y someterse conscientemente al movimiento de transformación que en él se despierta. Aquél que se atreve a abandonarse sin desmayo a la profundidad maternal del SER, mantenerse ahí, soportarla y –libre de todo lo demás– *dejar que las cosas pasen*, puede vivir un nuevo nacer, devenir ese *hijo*, forma crítica que, por constituir su Ser esencial, le somete y le liga al orden de Cristo.

Por lo tanto, en la vida religiosa, Oriente y Occidente tienen para nosotros su valor. Sin duda que subsiste la diferencia entre una religión basada en la experiencia del Ser y otra que se apoya en la fe. Como también entre una religión que tiene como comienzo y finalidad lo UNO y otra que se funda y acaba en Dios en tanto que persona. Sin embargo, en la experiencia del Ser, el UNO liberador no es sólo una experiencia, sino que es también un encuentro con *aquél que llama* a la persona en su propio centro. De otra parte, la fe viva tiene también el deber de fundir toda imagen congelada de Dios en lo profundo de aquel espíritu y verdad que sobrepasa toda imagen. La experiencia de un Dios suprapersonal y la fe en un Dios personal no son de orden diferente, son co-incidentes. Si el sentir religioso es vivo, una religión deriva de la otra y crecen juntas en el hombre. Las *religiones* separan, un vivo sentir religioso une, en tanto que el hombre no se suelte del hilo de oro que, liberándole y comprometiéndole a la vez, le liga al SER.

A propósito del tema *personalidad de lo Absoluto*, y puesto que es un ser humano, el hombre en tanto que yo-sujeto percibe *fisionómicamente* aquello que vive, definiéndolo desde la conciencia de su yo exis-

tencial. Por ello se representará siempre lo que se revela a él en la experiencia bajo la forma de un ser personal –incluso cuando *teóricamente* se mantenga firmemente en lo UNO impersonal–. Las imágenes, las representaciones que se forman en él cuando vive una experiencia que trasciende todo lo que le sujeta al mundo, toman siempre un carácter personal. Ahora bien, aquello que se transmite por la tradición y que, para los *iniciados* se mantiene vivo en forma de vida interior, se anquilosará en un sistema de doctrinas acorchadas y sin vida siempre que el hombre las refiera a la conciencia de su yo existencial, y en él se refugie.

Toda fe ordenada en un sistema de doctrinas corre el riesgo de ver cómo se calcinan las representaciones e imágenes ligadas a él. Para que se mantenga viva ha de refundirse continuamente en el crisol de la realidad de la Vida y de la transformación que va más allá de toda imagen.

El **homo religiosus** avanza según un ritmo de alternancia entre el polo personal y el polo impersonal. Aunque se haya adquirido y organizado en dogmas, aquella fe que se abandona a la acción insondable de la vida espiritual retornará espontáneamente, según la ley de la Vida, al crisol de la gran fusión, que la hará reaparecer en una forma divina. Hemos de reconocer en este movimiento el principio fundamental que nos libera de la forma, a la vez que la recrea. Porque el terreno original de Oriente no representa a menudo sino el aspecto Yin y porque hasta hoy el pensamiento iniciático se presenta según el modo oriental, nos parece ser inconciliable con la sensibilidad occidental, y en particular con la religión de la fe un Dios personal. En sí, el pensar iniciático no está sometido ni al Yin ni al Yang, sino a la

VIDA que comprende los contrarios, superándolos, al Tao que se expresa en el Yin y en el Yang, en el ritmo primordial de la Vida con el que vive y muere toda religión, también la cristiana.

Lo UNO, en su sentido último, no hay que considerarlo, como se piensa de forma inexacta en Occidente, como fundamentalmente impersonal y opuesto al Dios personal. Está más allá de los contrarios. En el movimiento iniciático, el Yin ha de vivirse, así como el Yang, para luego invertir su movimiento hacia el otro polo. El hombre oriental se distingue del occidental simplemente por la marcada importancia que concede a uno u otro de los polos. Es fácil imaginar que Occidente insiste más en el Yang, pudiendo su religión comprender –aunque lo contrario no sea posible– el sentido religioso oriental.

Si se ha de mantener el sentimiento iniciático introducido en Occidente, habrá de ser poniendo el acento en el aspecto estructural de la vida personal. Pero siempre que el hombre tienda a hacer de su religión un cuerpo de doctrinas fijadas definitivamente, tendrá algo que aprender de la sabiduría oriental. Cuanto más endurezcan los fieles de una religión sus tesis, más riesgo correrán de ser víctimas de la generación que les sigue, cuya visión radical servirá de instrumento a la Vida para dar vigor a la ley de transformación. Será preciso que los portavoces más representativos de la religión sean ellos mismos hombres iniciados, capaces de expresarse en todo lenguaje para no quedarse, como hasta ahora, sordos y mudos ante el nivel iniciático que el hombre de hoy va alcanzando.



## EL EJERCICIO

La vía iniciática es la vía del EJERCICIO, es un trabajo sin fin sobre sí mismo.

Lo primero es decir que el *trabajo* iniciático no es un *hacer*, un *actuar*. Es aceptar y recibir. Es escuchar atentamente. Es dejar advenir, venir a sí, una verdad que sobrepasa la verdad habitual de nuestro yo e impulsa a una cierta transformación de sí.

Desde que se inicia hasta el final del camino están, por una parte, la atención y la seriedad con respecto a la experiencia, y también el acoger aquella realidad que se sitúa más allá de la realidad ordinaria de nuestro yo. Se hace necesario aprender a estar al acecho de lo Totalmente Otro cuando nos alcanza, abrirse a su llamada y estar presto a asumir el deber que se impone de una transformación cada vez mayor. Todo ello está implícito al comprometerse en el camino que llamamos iniciático. Sin embargo, este camino no podrá realmente abrirse al hombre de nuestro tiempo si él no logra romper las barreras de aquello que le parece una evidencia y

que, de hecho, no es sino un malentendido en relación con el Sí-mismo. Este error y malentendido se producen siempre que el hombre se toma en serio a sí mismo y al mundo como *real*. El momento del cambio ha llegado. En adelante habremos de considerar sobriamente, con realismo, aquellas experiencias que, por su fuerza y por su precisión, se imponen a nosotros como núcleo de nuestro Sí-mismo y como el Ser del mundo, del que son su propio sentido, situando tras ellas las capacidades naturales de nuestro yo profano. Habremos de aprender a acoger tales experiencias y a desarrollar nuestra aptitud para percibir las por medio de ejercicios prácticos, y a seguir metódicamente la vía de la transformación que implican. En una palabra, habremos de abrirnos al Ejercicio.

### **Los tres aspectos del Camino**

La vía iniciática es un ejercicio cuya finalidad es la manifestación del SER en la existencia humana. Sólo merece este nombre cuando, sin equívoco posible, está únicamente al servicio del SER, libre de todo trasfondo pragmático y de todo esfuerzo del yo para, por su mediación, aumentar su propio poder. El trabajo en el camino tiene tres tareas:

- 1) Formar la sensibilidad para el contacto con el Ser.
- 2) Aprender a discernir las condiciones favorables a la experiencia del Ser.
- 3) Apartar, mediante el ejercicio práctico, los obstáculos que separan al hombre del Ser y fortificar lo que le liga a Él. El ejercicio tiende, por tanto, a crear

y establecer una actitud de todo el cuerpo que permita al hombre mantenerse en contacto con el Ser, así como manifestarle en el mundo.

La primera tarea consiste en cultivar la percepción de lo trascendente. El vínculo que existe entre el SER más allá del espacio y el tiempo y el Ser esencial marca muy particularmente el carácter esotérico de la vía. Es necesario un trabajo para despejar el inconsciente de cuanto obstaculiza la experiencia y el despertar a la vía (el inconsciente no retirado, la sombra), competencia que corresponde a la psicología de lo profundo. Un trabajo metódico que conduce a la transformación, pero también a la actitud corporal adecuada, se lleva a cabo en el **exercitium ad integrum**, en el sentido estricto del término, que incluye igualmente el ejercicio del cuerpo.

1) El primer punto es un trabajo continuado destinado a desarrollar y afinar el órgano de percepción interior del SER<sup>24</sup>. Se hace preciso ejercitarse en vivir y respetar la calidad específica con la que el Ser nos alcanza, ya sea en uno mismo o en el mundo. Se trata de una aptitud para distinguir la calidad de lo *Totalmente Otro*, o sea, la calidad específica de lo numinoso.

*“Todo lo visible es un invisible elevado al estado de misterio”*, dice Novalis. Cuando este invisible alcanza al hombre, el mundo se metamorfosea. Hablar de un *órgano* que nos haga capaces de percibirlo es, naturalmente, una imagen. Es la persona, toda ella, la que está abierta o cerrada al Ser, ella en su totalidad, por su manera de estar presen-

---

<sup>24</sup> Véase H. Kükelhans, **Werkstatt**, Forum 8, 1967.

te, consciente del mundo y de sí misma. De hecho ha de estar constantemente animada por una forma particular de ser orientada hacia lo numinoso, y mantenerse continuamente despierta a fin de que el *instinto* del Ser no la deje nunca. Es también necesario educar la memoria trascendente. Esta memoria conserva fielmente el recuerdo de los momentos estelares, esos que nunca se recuerdan suficientemente. Es también preciso aprender a no interpretar falsamente las pequeñas hebras de oro que, de vez en cuando, descubrimos tejidas en el tapiz de nuestra vida y aprender a no separarlas de ella por considerarlas excepcionales, o también quizás como errores o ilusiones, sino a verlas, por el contrario, como parte de aquel tejido que es la base de todo, pero que nuestra visión unilateral del mundo modifica hasta el punto de hacerlo irreconocible. Debemos cultivar aquella sensorialidad suprasensorial que hace posible descubrir, a través de todo cuanto se presenta en la existencia, la calidad específica del Ser. Y aprender igualmente a percibir en esta calidad la expresión de la esencia de todo *siendo*.

“No es sólo en los momentos inolvidables, radiantes y conmovedores cuando se revela el SER, Fuente de vida. Hay también instantes y horas, menos espectaculares, en los que, de pronto, el hombre se siente en un estado singular, *tocado* por el SER, aunque él lo ignore. Son momentos en los que uno se siente de repente en un ambiente extraño. Como si no estuviera totalmente *presente*, enteramente *abí*, y, a pesar de ello, tampoco orientado hacia nada preciso. Se percibe de modo muy particular, como sin aspereza, suave y armonioso en su interior, a la vez que abierto. Gracias a esta apertu-

ra, emerge una profunda plenitud. Se tiene la impresión de *planear* y, sin embargo, uno se mueve de forma equilibrada y segura, en la tierra. Se está a la vez ausente y plenamente presente, desbordante de vida. Reposando en sí mismo a la vez que descubriendo una afinidad interior con todo cuanto nos rodea. Ligado a todo, pero desprendido de todo. Increíblemente ligado y al mismo tiempo libre y redimido de toda obligación; pobre en el mundo, pero colmado de riqueza y de poderío interior. En tales momentos, el hombre se siente habitado por algo precioso y muy frágil. Esa es la razón por la que, entonces, se mueve instintivamente circunspecto, cuidando de no detenerse a mirar de cerca lo que ocurre en él”<sup>25</sup>.

Las disposiciones que el hombre puede tener para estas experiencias son muy diferentes según el nivel alcanzado, el carácter personal y el fondo de experiencia de que disponga. Por el hecho de pertenecer ontológicamente al SER, y a pesar de la separación debida a la conciencia objetiva, todo hombre está habitado por la nostalgia de fusión con el Ser. Esta aspiración se hace naturalmente más viva cuando el hombre, en una experiencia que a veces ni ha percibido, ha sido alcanzado por el Ser. Puede estar ligada a una situación extraordinaria, o puede darse en un momento estelar de su existencia. Si eso ha ocurrido en la infancia, esa experiencia puede dejar una nostalgia durable de fusión con el Ser y una resonancia viva aún en la mayor parte de nosotros.

En la conciencia infantil, el Ser todavía se refleja directamente. En tanto que la separación, por una

---

<sup>25</sup> Véase K. Dürckheim, **Práctica del camino interior. Lo cotidiano como ejercicio**, Ed. Mensajero.

parte entre el yo y el universo, y por otra entre el yo y el Ser esencial, no llega a ser un verdadero corte, todo lo que se vive está aún impregnado por la presencia de lo UNO universal. A ello está ligada una calidad de atmósfera muy particular que recrea esa nostalgia, esa *morriña* de la infancia. De ahí viene también el encanto especial que tienen para el hombre de hoy los lugares habitados por hombres primitivos, religados todavía al SER.

Las experiencias del SER se dan ya a menudo en la infancia, sobre todo cuando, en el trasfondo de un yo que comienza a separarse de Él y bajo la influencia de este primer empuje de la conciencia objetiva, el Ser vuelve de pronto a manifestarse en lo más íntimo del alma como un contacto gratificante.

La nostalgia de la infancia es estéril cuando el hombre se queda mirando al pasado. Pero puede llegar a ser fecunda y servir de base eficaz para un trabajo consciente si logra hacer revivir e interiorizar la calidad del recuerdo del SER. Se puede así comprender el sentido profundo de aquellas palabras del Evangelio: "*si no os volvéis como niños*". Significan que, resurgiendo de un fondo de separación, la unidad con el Ser —que nunca se pierde— vuelve a la conciencia como un elemento dominante.

2) El trabajo de DISCERNIMIENTO sirve para conocer mejor las condiciones favorables a la experiencia del Ser. Se trata de comprender la polaridad del yo existencial y del Ser esencial, de distinguir la sombra, de entender bien la progresión de los grados del devenir humano y en particular de la transformación de la conciencia.

- a) Es por medio de la experiencia personal como se percibe la relación existente entre el yo y el Ser esencial. Aquél que se ejercita en ella debe distinguir la diferencia entre el centro del yo contingente, orientado hacia el mundo (nosotros lo llamamos *yo profano* o *yo existencial*) y su centro esencial, no contingente, que tiende a manifestarse a través de las diversas circunstancias. Es preciso llegar a sentir esta diferencia entre el yo profano y el sujeto personal, llamado éste a una libertad siempre mayor basada en la integración del yo con el Ser esencial.
- b) El discernimiento concierne a todo lo que entre el yo profano y el Ser esencial es obstáculo a la unidad con ese Ser, innato en nosotros, y a la transparencia que hemos de alcanzar. Se trata de reconocer, por una parte, el carácter de estorbo del yo objetivo, que define; y por otra, distinguir lo que se llama *la sombra*, es decir, el conjunto de todo aquello que no ha sido admitido en la conciencia, lo no vivido, las potencialidades reprimidas, las reacciones y los impulsos rotos. Los bloqueos del yo profano provienen del carácter estático de arraigadas costumbres, que van contra la acción del Ser esencial, que es dinámico, y que tiende a una constante transformación. Otro factor que estorba a la evolución por el Ser esencial es la voluntad de posesión del yo, su necesidad de hacerse valer y dominar; tendencias que le hacen ocupar un lugar central, que en realidad le corresponde al Ser esencial.

Para distinguir la sombra, se utilizan los conocimientos que nos brinda en nuestros días la

psicología de lo profundo, y en especial los que se refieren a la represión. Estos saberes forman parte, cada día más, de nuestros bienes culturales. El conocimiento teórico del fenómeno de la sombra no basta. Es también necesario conocerla en la práctica, lo que supone descubrir esa sombra en uno mismo, aceptarla y soportarla a fin de *sanear* el inconsciente, sin lo cual no es posible progresar en el camino.

- c) Adquirir una visión y un discernimiento justos significa, en suma, aprender a conocer mejor todo lo que en la existencia concierne a los grados del devenir humano. Es preciso tener siempre presente en la memoria que el alumno que acabe de emprender el trabajo sobre sí mismo se halla, necesariamente, en el nivel del yo profano. Este es el estado del hombre que al haber salido de la unidad original de la vida se ha formado una personalidad autónoma e independiente.

La *vía* propiamente dicha, el viraje iniciático, comienza por la ruptura con los valores conceptuales estancados y con los comportamientos convencionales. Con este primer paso el hombre acepta *franquear los límites* entre su realidad habitual y la trascendencia. Trascender así la realidad ordinaria exige siempre que se tenga la audacia de abandonarse al abismo de la PROFUNDIDAD MATERNA, lo que supone admitir y dejar que actúe nuestro elemento femenino. Acoger esta profundidad cósmica, el bajar a la *tierra*, es condición necesaria para subir al CIELO, a la acción del espíritu sobrenatural, a la toma de conciencia del LOGOS. El ser humano superior no puede nacer sino de la unión del cielo y de la tierra.

En cuanto tal está primero contenido por entero en el SER más allá del espacio y del tiempo. En esta trinidad sobrenatural está en un principio alejado del mundo, no es todavía totalmente humano. Comprender y distinguir la diferencia entre la experiencia del SER y la transformación es dar un paso decisivo en cuanto a la justa progresión en el camino.

Las primeras experiencias auténticas del SER, aquellas que por primera vez liberan al hombre de su universo limitado, sombrío, frío y pleno de angustia, tienen sobre todo un carácter de claridad liberadora. Pero sería un error creer que es posible mantenerse en esa luz. Más bien habría que decir que es justamente el contacto con la luz sobrenatural lo que le hace al hombre capaz de encontrar por primera vez las tinieblas. Se diría que la luz absoluta provoca la presencia de las tinieblas absolutas y que de su encuentro nace la verdadera transformación. Se ha comprobado, desde hace ya mucho, que una verdadera experiencia provoca indefectiblemente al *adversario*, la mayor parte de las veces bajo la forma de un suceso exterior que disputa el beneficio de la experiencia a aquél que haya sido de ella colmado. Por otra parte, el hombre sólo tiene el coraje de reconocer su propio aspecto *oscuro* después de un primer contacto con el Ser. También distingue por vez primera los poderes destructivos del mundo. Es, en definitiva, sólo entonces cuando encuentra fuerzas para aceptar esas tinieblas con conocimiento de causa y para hacerles frente en toda su verdad. No es posible una auténtica transformación desde el SER si no es pasando por este encuentro. Esta transformación curte al hombre, que ha conocido la experiencia del SER, con esa *sangre de dragón* que le hace apto, en este mundo, para dar de Él testimonio. De esta ope-

sición entre la luz absoluta y las tinieblas absolutas nace en el hombre la oportunidad de elevarse hasta lo sobrenatural, sobrepasando los contrarios; es la LUZ más allá de la luz y las tinieblas.

A este nivel, el discernimiento no es ya un saber adquirido por la razón, sino una madurez obtenida paso a paso, en un duro caminar, en el que se alternan momentos de lento devenir con destellos repentinos.

3) El tercer aspecto del trabajo en el camino es el ejercicio propiamente dicho. Su finalidad directa es la transformación, que cambia al hombre hasta en su propia estructura corporal. Este trabajo supone una nueva concepción del cuerpo, que ya no se comprende separado del alma y del espíritu, sino como el ser humano, por entero, en su modo de presencia física. Cuando lo que el hombre se propone es alcanzar la transparencia, lograr la del cuerpo se convierte en un deber.

Si hasta entonces no escuchaba el cuerpo sino en su sufrimiento o en su incapacidad, o si la aptitud corporal sólo atañía a la fuerza y al rendimiento, ahora, cuando se sigue la vía interior, es preciso entenderlo bajo otro registro distinto. Hay que aprender a percibir la sabiduría religiosa del cuerpo, lo que supone saber captar esos signos discretos que, incluso en nuestra personalidad física, reflejan cuál es su relación con el camino que nos es prescrito. El ejercicio adecuado exige primeramente una justa concepción del cuerpo, que sea capaz de establecer la diferencia entre el cuerpo que se *tiene* y el cuerpo que se *es* en cuanto sujeto, en cuanto persona, en este mundo.

En el ejercicio en el camino, el cuerpo no es nunca considerado como el instrumento de un yo sano y

fuerte, ávido por afirmarse en el mundo. Se trata ahora de una metamorfosis en la manera en que el hombre, en cuanto persona, está aquí presente en su cuerpo. Es un trabajo sustentado por una *conciencia del cuerpo*, cuyo eje no es la salud o la belleza sino la TRANSPARENCIA. Según esta concepción, las formas corporales defectuosas no expresan una enfermedad o una deformación en el sentido médico del término, sino un obstáculo para la transparencia. Tienen un sentido personal.

Vista desde el interior, toda tensión es una posición, una actitud reveladora de un yo desconfiado, alejado del SER. Así como un gesto de crispación es también una posición de defensa o de ataque para protegerse del mundo. Volver a poner las cosas en su sitio y el cuerpo en buen estado no supone, pues, aplicar una técnica de relajación, sino sustituir con una actitud fundamental de confianza los gestos de desconfianza en relación con la vida. De este modo, las fuerzas del yo quedarán disponibles para un hacer justo.

Desde esta perspectiva, la actitud, la tensión, la respiración, ya no se consideran ni se aprecian como mecanismos funcionales, sino como modalidades por las que el hombre, en cuanto persona, se refleja, se expresa, y se hace realidad en su cuerpo.

El aspecto iniciático del trabajo referente al cuerpo se conoce en Occidente sobre todo por el *Yoga*, habiendo quedado reducida, la mayor parte de las veces, la parte espiritual del Hata-yoga a una gimnasia física. Mas recientemente se ha despertado el interés por el Budismo Zen y más bien por los ejercicios de Zazen (el sentarse meditativo en silencio) y también la idea de que cualquier acto cotidiano es una ocasión para el ejercicio. El ejemplo más conocido es

el del tiro con arco (ver Eugen Herrigel en *El Zen en el arte del tiro con arco*). Se puede formular el principio fundamental de tales ejercicios diciendo que es, una técnica que una vez adiestrado en ella, deviene *espejo activo* que, mediante una perenne repetición, saca a la luz las actitudes falsas del hombre interior. En este sentido, hacer el ejercicio no representa un principio de Oriente ni tampoco requiere que se adopte un sistema oriental de ejercicios. El trabajo que tiende a una actitud física justa trata siempre de crear una estructura conforme con el Ser, lo que supone una actitud distendida, abierta, a la vez que firme y suelta, por la que el hombre se hace transparente y por la que, a la vez, puede acoger al SER y actuar eficazmente en el mundo<sup>26</sup>.

## **Expansión de la conciencia**

Una de las principales finalidades de la vía iniciática es la expansión de la conciencia.

Este trabajo de evolución pone en marcha, conjugadas, las tres partes del trabajo iniciático, ya que se hace necesaria otra forma de existencia y una distinta actitud fundamental del *sujeto*. En su obra *Origine et présent*, Jean Gebser indica y describe la progresión de los diferentes grados de conciencia, que van de lo mágico a lo mental, pasando por el aspecto místico, para desembocar en la conciencia integral. Él muestra que cada grado no sólo presupone la existencia de los precedentes sino que, en cierto sentido, los incluye.

---

<sup>26</sup> Véase K. Dürckheim, **Hara, centro vital del hombre**. Ed. Mensajero.

Con respecto al camino iniciático, es capital que el hombre alcance por progresión y no por regresión la conciencia interiorizada de sujeto, que sobrepasa y comprende los otros niveles, incluido el de la conciencia racional.

Cuando nosotros decimos que la vía iniciática abre al hombre la puerta de la vida sobrenatural, ello no significa que, merced a no sé qué capacidad superior, suba a un nivel más elevado. Quiere más bien decir que es él mismo el que debe alcanzar esa apertura, es decir, devenir un hombre distinto al que era anteriormente. Se ha de operar una gran revolución, un verdadero viraje de 180°. Es preciso desengancharse de la supremacía del universo espacio-temporal –para el que lo sobrenatural es ciertamente bueno para adornar y embellecer la vida, hacerla soportable o también negarla–, para adherirse a la vida desde el SER sobrenatural, siendo entonces el universo el lugar de su manifestación. Se requiere por tanto una inversión completa. El hombre ha de estar implicado en su integralidad –espíritu, alma, cuerpo– para que en él se despliegue la vida sobrenatural. Cabe preguntarse qué significa *desplegarse*. Se trata de que el hombre se abra en **su propia conciencia**, o más bien en cuanto CONCIENCIA.

Ha de hacerse lo suficientemente transparente para que el Ser se haga presente a través de él como Vida conscientemente sentida, responsable, dispensadora de las riquezas en el mundo. Es, pues, necesario cambiar la conciencia en su manera de conocer y de sentir, cambiar también la percepción del cuerpo a fin de que, en su propia interioridad, sea dueño

de sus movimientos y de su actitud. Modificarse así supone que la conciencia es ahora sobrenatural, es la de un sujeto identificado ya en su centro con su Ser esencial y cuyo horizonte se va extendiendo cada vez más a lo universal, tanto en el sentido de lo sobrenatural y cósmico como en el del *Logos*. Esta expansión de la conciencia requiere también una sensibilidad movida siempre por la calidad de lo numinoso. Y esta transformación se hace visible en la transparencia corporal.

El hombre, en sí, se va haciendo otro hombre, ve de otro modo y, puesto que mira de manera diferente, lo que ve es otra cosa. *“Si el ojo no está soleado, el sol no puede reconocerlo”* (Maestro Eckhardt).

Cuando realmente hay progreso en el camino, es decir, cuando el hombre, TODO ÉL, penetra en lo sobrenatural, y allí es acogido, él se transforma en su conciencia, es decir, en su inteligencia, en su sensibilidad, y también en su cuerpo de ser humano en acción.

Por el hecho de la participación humana en el SER, desde el Ser esencial, existe ya la condición ontológica para el cambio. Para que el hombre esté presto a ello ha sido preciso que su modo de existencia le separe del SER y que sufra por la separación. La causa de esa ruptura, dolorosa, es en primer lugar su forma de conciencia, es decir, él mismo, ser consciente que no es conforme al SER.

Comparada con lo que debe ser una conciencia justa, la conciencia objetiva es demasiado anodina, y su horizonte muy estrecho por su propio carácter, tiende al inmovilismo. La finalidad del trabajo iniciático es la de profundizar y expandir la conciencia ordinaria de lo real de manera que, en ella, todo par-

ticipa de nuevo en el movimiento de evolución, de transformación conforme al Ser.

También en la teoría moderna, de lo que se trata, sobre todo, es de poner de nuevo en movimiento la vida interior. La insulsez, la falta de relieve de nuestra conciencia profana debe descubrir y afrontar el inconsciente colectivo, sus fuerzas y sus imágenes arquetípicas. La fórmula fundamental del devenir debe actualizarse y realizarse. Pero habrá que preguntarse si este trabajo supone la ampliación de conciencia que se busca en el trabajo iniciático. Es realmente así cuando a ello se suma un elemento nuevo. La marca, la firma de lo sobrenatural, es el estar *inmerso en lo numinoso*. Todos los pasos que se indican más arriba, aunque estén ya franqueados, pueden sólo representar un movimiento de profundización y de ampliación simplemente cuantitativo. Es en lo numinoso donde se da el salto en calidad hacia esa realidad que lo anuncia. C.G. Jung nos ha enseñado a reconocerla en los arquetipos, así como a prestar la atención y el respeto que le debemos a este encuentro en nuestro trabajo hacia el Sí-mismo.

## **La experiencia de lo numinoso**

Uno de los capítulos del interesante libro del Dr. Jacobs, *Sagesse indienne et thérapie*, comienza haciendo esta observación: “*Existen dos tipos de saber, el primero es el de la conciencia racional, que se refiere a lo temporal, y el otro es el saber espiritual, que se ocupa de lo intemporal*”. Hasta aquí parece muy sencillo. Para los hindúes esto incluso cae por su propio peso. Pero a nosotros ¿quién nos enseña que existen estos dos tipos de saberes, el

racional, fundado en la experiencia de los sentidos, y el otro, no racional, que nace de nuestra curiosidad y de nuestra vigilante atención a cuanto se refiere a la experiencia supra-racional? En esta experiencia lo numinoso nos alcanza con una calidad particular. Lo importante es percibir, reconocer y respetar esa calidad. Se puede aprender a abrirse a ella. Dos condiciones son necesarias: primero respetar, pero también aceptar y soportar un elemento de un orden diferente, un contenido de realidad totalmente distinto, que puede llegarnos en cualquier instante y a través de cualquier cosa; y después, desarrollar y acrecentar en uno mismo una **forma nueva de conciencia**. Aquello que contempla este *contenido* se hace inmediatamente presente en la propia experiencia del Ser, en la que el hombre se siente alcanzado por la plenitud, el orden y la unidad del Ser. Pero hay que preguntarse qué se entiende por *nueva forma de conciencia*.

Tuve un día ocasión de preguntar al anciano maestro Daisetzu Suzuki cuál era, a su entender, la diferencia entre sabiduría oriental y ciencia occidental. Sin dudar ni un momento me respondió: *La ciencia occidental mira lo exterior, la sabiduría oriental contempla lo interior*. Y añadió sonriendo ligeramente: *Cuando uno mira lo interior de la misma manera que mira lo exterior, hace de lo interior un exterior*. Ello quiere decir que si se mira lo que es interior como un objeto, se deja escapar lo supra-objetivo, es decir, justo aquello que se buscaba en lo interior. La interioridad es lo no-objeto, lo sobrenatural. El gran pecador contra el Espíritu no es tanto el pequeño yo, con su apetito de gozo, de éxito y de poder: el gran pecador contra el Espíritu, el gran divisor es mucho más aquella forma en nosotros que

nos mantiene al nivel de la conciencia objetiva y que nos impide penetrar en lo que está más allá de lo objetivo.

Uno de los enigmas de la evolución occidental es que allí donde está implicada la realidad superior, aquella a la que nos abre la **experiencia**, los educadores espirituales han mantenido esta evolución al nivel menos elevado, accesible sólo a la conciencia objetiva. Todo cuanto sobrepasa la capacidad racional de conocimiento y de dominio de la realidad, declarado artículo de fe, se ha considerado materia reservada sólo a los teólogos. En el vivir inmediato se comprueba el enorme poder de una visión conceptual del mundo teológico o científico. Y así se explica que incluso el vivir sobrenatural, por lo tanto, lo suprahumano, choque con una concepción del mundo hecha por el hombre y no pueda imponerse con el peso que de suyo tiene. Sin embargo, se está produciendo en nuestros días una evolución, que comienza revelándose contra lo ya convenido y estancado, y aplicando plena atención a lo numinoso, anunciador de la vida sobrenatural.

La transparencia, que es una apertura a lo numinoso, se manifiesta por la calidad particular de una disposición interior que indica la presencia de fuerzas venidas del Ser. Estas ponen en movimiento la fuerza de transformación, que el hombre siente como deber, y que le permiten obrar en el sentido de un nuevo devenir. En la verdadera transparencia, el hombre es habitado por el Ser, por su fuerza y su poderío. Tales fuerzas se expresan a veces en una suave energía, una especie de invitación, un ligero empuje; en otros casos por una impulsión de gran intensidad que lanzan al hombre fuera de sí precipitándole a desconocidos abismos. Y también se pue-

den dar multitud de episodios numinosos sin que el hombre se dé plenamente cuenta de su importancia. Por ello, en la práctica del ejercicio, se debe estar particularmente atento, pues son esos instantes en los que el meditante *vive* por primera vez conscientemente esa calidad y la dimensión no conocida que acaba de alcanzarle.

La profundidad y duración de los contactos del SER pueden ser mayores o menores, y habría que llegar a poder distinguir un contacto de una verdadera **experiencia**. Después de haber rehusado el admitirlas, hoy se habla muy a la ligera de las experiencias del Ser, como si fuesen algo evidente y como si todo el mundo tuviera que saber de qué se trata. A pesar de todo, son algo excepcional, incluso para quienes se hallan en una cierta forma de contacto permanente con su Ser. Vale por lo tanto más buscar primero los **contactos** del Ser como preparación a una posible experiencia. Las opiniones difieren sobre la cuestión de saber si la gran experiencia es un evento único, que cambia definitivamente a aquél que ha quedado colmado, o si se puede repetir. Suzuki me dijo un día: *Algunas personas, en los comienzos de su camino espiritual, viven un pequeño Satori que les abre los ojos sobre lo que significa y que desencadena en ellos la gran búsqueda*. Esta búsqueda y el trabajo sobre sí mismos encuentran así una dirección y un criterio que se mantiene presente en ellos. Cuando se produce el verdadero Satori ese es un evento **esencial**, al que sigue una gran **transformación**. En otras personas se produce a la inversa: sin haber conocido ningún pequeño Satori al iniciar el camino, se ponen en ruta, animados simplemente por su anhelo y su

intuición. Cuando al fin son alcanzados por la experiencia del Ser, eso es para ellos un poderoso acontecimiento. Necesitan también hacer un gran esfuerzo para llegar a una transformación adecuada. El gran maestro Hakuin dice haber tenido algunos grandes Satori y muchos pequeños. Pero vale más evitar el utilizar las pretenciosas expresiones de Satori y de Samadhi.

El contenido de toda experiencia religiosa está cargado de lo *numinoso*. La noción de santidad no es en absoluto idéntica. Lo que es santo es numinoso, pero lo numinoso no es santo. Existen dos nociones diferentes: la de santidad y la de sagrado, lo **sanctum** y lo **sacrum**, lo que es santo y lo que es sagrado. El término de santo está siempre ligado a una persona, la de Dios, de Cristo, de la Santa Madre de Dios, del Espíritu Santo, o a la de los santos. Casi cabría decir que el alejamiento de nuestros contemporáneos con respecto a la fe tradicional, y por lo tanto a las personas santas, les hace tímidos ante la aceptación de lo numinoso. O simplemente de lo sagrado. Es preciso que el hombre encuentre la sencillez ante lo sagrado y aún más: que conceda a lo sagrado, y por consiguiente a lo numinoso, el más alto valor en la jerarquía de calidades que el hombre es capaz de percibir.

La noción de numinoso abarca más que la de sagrado. Resuena en ella también la ambivalencia de lo trascendente, el aspecto sombrío de la trascendencia. La calidad de numinoso puede alcanzar a todas las cosas. Se puede percibir en la naturaleza, en el encuentro con otra persona, en la danza, en el amor, en el arte (por ejemplo, en ciertos momentos en que la palabra *bello* no es suficiente), siempre que, como R.

Otto<sup>27</sup> lo ha demostrado con respecto a la santidad, seamos a la vez sacudidos por un *tremendum* y un *fascinosum*<sup>28</sup>. Tal como dice Jung, cuando eso ocurre es algo que nos subyuga, que nos pone en relación con los poderes de fascinación y de peligro. Son fuerzas que nos liberan, pero también que nos anonadan. Más allá del espacio de nuestro yo profano, esas fuerzas nos elevan a otra dimensión. Esta inquietante ambivalencia de lo numinoso reina –sobre todo cuando el maestro está presente– en la atmósfera de todos los lugares de ejercicio japoneses, bien sea allí donde se practica el tiro con arco, o en la sala donde se enseñan las artes marciales o el judoka, o el lugar en el que se celebra la ceremonia del té. Se respira allí un peligro, el peligro de anonadamiento del viejo yo. Y es por eso también por lo que la promesa del Ser llena la atmósfera. En torno al camino iniciático, cuyo eje es lo numinoso, se palpa el peligro y la promesa.

Lo numinoso –por lo tanto, también lo sagrado– es la calidad general desde la que nos sacude la presencia del Ser. La santidad, por el contrario, nos llega más bien como presencia personal. Si el sentir religioso de un hombre le hace entender por santidad la realización de la persona, será para él válida una experiencia del Ser cuando a lo sagrado suma la santidad. Pero ¿qué es entonces la experiencia de la persona sino el medio del que el SER sobrenatural se vale para alcanzarnos?

El primero de los ejercicios a practicar enseña a distinguir la conciencia objetiva, aquella que separa, de la conciencia que permite y mantiene la unidad

---

<sup>27</sup> Véase Rudolf Otto, **Lo santo, lo racional y lo irracional en la idea de Dios.**

<sup>28</sup> estremeceador y fascinante (N. de T.)

entre sujeto y objeto, es decir, la forma de conciencia *interiorizada*<sup>29</sup>. *De alguna manera, para el hombre es aquello que él tiene* en su conciencia. Es así como ocurre en el caso del artesano o del artista que comprende su arte. Interiormente él es uno con su **útil** así como con su **obra**, incluso cuando, dominando insuficientemente la técnica, esté obligado a mantenerse objetivamente atento. Sin embargo, la obra no puede ser perfecta sino cuando están interiormente presentes los tres elementos formando una unidad en la persona. El acto perfecto nace cuando el hombre llega a ser uno con una técnica totalmente liberada del *tener que hacer*, y pone su energía profunda y despejada del yo a disposición de una obra que pasa por él sin que él *baga*, de lo que resulta una cumplida realización.

El factor decisivo para interiorizar la conciencia es una particular *escucha secreta*, un *estado de presencia interior* disponible y abierto. Se debe aprender a distinguir entre la conciencia que define, a la que podemos comparar con una *flecha*, y una conciencia abierta en todas direcciones, receptiva y acogedora, que no define ni juzga. Esta nos hace pensar en una *copa*. Por consiguiente hay que distinguir entre una conciencia *masculina*, incisiva, definidora, que analiza y que, por encima de todo, *construye*, y la conciencia *femenina*, receptiva, que funde junto todo lo que ha recogido, lo transforma, lo recrea y da a luz algo nuevo. Desde que se inicia la vía iniciática está presente el educarse en esta conciencia-copa, más femenina, diferente a la conciencia-flecha, más masculina. Esta conciencia marca el primer paso liberador en cuanto al apremio por dar una definición estancada. Se ha de ir acentuando la dirección hacia

---

<sup>29</sup> Véase K. Dürckheim, **Experiencia y transformación**. Ed. Sirio.

una conciencia de la presencia del SER, a fin de que el hombre, todo él, tienda a Él y esté totalmente presente para acogerle. El centro de esta conciencia no es la **cabeza**, sino que se sitúa más bien en la nuca, o en toda la columna vertebral, o, para ser más exactos, en todo el **cuerpo**. En cualquier caso, es así como se siente: es una atención vigilante, una receptividad de todo el hombre que tiende hacia lo no conocido *como si en el aire planeara un mensaje*.

Para afinar y ampliar la conciencia-copa, aquélla que escapa al poder dominante del mirar objetivo abriéndose a la visión del SER, el camino ofrece un importante ejercicio de recogimiento en sí. Un hombre que viva totalmente identificado con su yo orientado hacia el mundo y a merced de la conciencia objetiva definidora, por esta misma causa, corre el riesgo de perder lo que el contacto con el Ser y la transparencia acaban de aportarle. Este hombre ya no está presente desde su Ser esencial, sino dirigido por el yo profano y hacia él. Al retornar a sí restablece el contacto con el Ser. El ojo y oído internos se abren entonces a la naturaleza profunda del *universo* y, en el lugar de las apariencias objetivas, se hace presente la realidad del Ser esencial. Por ejemplo, el artista, que retrocede ante su obra para tomar la distancia interior que le permita ver si es o no transparente. Deja así de fijarla objetivamente. Sólo aquél que se separa del mundo lo contemplará en la transparencia del SER.

Al igual que cuando al dar un paseo uno se detiene un instante, sin fijar la mirada en una dirección precisa, para así percibir mejor la misteriosa vida del bosque con todo lo que allí resuena, el hombre debe también aprender a recogerse para percibir la realidad y la profundidad del Ser en medio de las ocupa-

ciones cotidianas, y dejar que ocupe su lugar en la vida consciente. De este modo podremos mantenernos en lo sobrenatural en el seno del trabajo de cada día. El mirar del hombre maduro y sabio, que sabe traspasar el caparazón de las formas de este mundo, es un mirar que viene de lejos. En él las raíces de la serenidad están plantadas en lo sobrenatural; serenidad que se comunica a aquellos que le rodean, y que les hace transparentes: se les ha abierto el camino hacia su Ser esencial y su yo ávido ha quedado borrado.

### **La trinidad del SER**

El hombre es alcanzado por el SER bajo sus tres aspectos: su **plenitud** indivisa, su **orden** sobrenatural, una **unidad** presente en cada cosa. La plenitud se presenta como una **fuerza** que colma al hombre de dicha, el orden como la **ley** y la **estructura** del mundo, la **unidad** del Ser se manifiesta en el amor.

La vida iniciática se hace plenamente realidad cuando el hombre comprende y acepta el hecho de que su vida, subordinada a un sentido más allá de todo sentido, está destinada a servir, en este mundo, a lo sobrenatural. Al igual que el sentido de todo lo racional es la creación de un espacio no racional, la vida del hombre se cumple allí y en la medida en que, en cuanto ser humano, él acepta ser, en lo que siente y en lo que hace, un intermediario de lo sobrenatural.

El ejercicio que debe hacer tomar conciencia del Ser en la existencia, distingue tres aspectos por los que aquél se manifiesta. Son la plenitud, el orden y la forma, y el amor. En ciertas cualidades de lo vivi-

do, el Ser revela su plenitud, en otras su orden y su ley, en unas terceras la unidad de su profundidad. Los diferentes ejercicios corresponden a estos tres aspectos. Cuando el hombre es alcanzado por el Ser, naturalmente que es todo él quien de ello participa. Asimismo es todo él quien toma parte en cada uno de los ejercicios. Cuanto más totalmente se consagra a la práctica, más profunda será la calidad de su experiencia.

El hombre íntegro se refleja en todo cuanto él vive. Una impresión sensorial no es nunca algo **aislado**. La calidad vivida está siempre ligada al conjunto de vida en que se haya percibido. De ahí que una impresión sensorial, ya sea producida por un sonido, una melodía, el canto de un pájaro en la noche, un perfume, un dolor, cualquiera que fuere la sensación, alcanza al hombre por entero. Un juego de resonancias se pone en movimiento en todo él.

Sin embargo, aunque cada impresión sensorial hace vibrar el conjunto, éste confiere a la sensación local una calidad especial. De ahí que, aunque el todo marque una sensación localmente percibida, tal sensación, por su parte, puede inducir a una modificación del propio centro. Ello explica por qué, en la práctica del ejercicio, estos tres aspectos han de ir parejos.

Estar presente en el centro justo y desde él exige, en primer lugar, la **renovación cotidiana de la resolución fundamental**, es decir, la de perseverar en la práctica de la vía. Es también preciso conservar el **recuerdo de ciertas experiencias esenciales**, que fueron llamadas y que determinaron la resolución de seguir el camino. Y por último, hay que ser fiel a ciertas **actitudes fundamentales**, sin las cuales no hay transformación, en particular el ejercicio

del centro justo, por ser la condición esencial de todo progreso en el camino de la transparencia.

Ejercitarse en gozar del Ser en la existencia no lleva al hombre a descubrir nada nuevo, sino que le hace traer a la memoria la calidad subyacente que impregna su experiencia y todo lo vivido, sabiendo que esa calidad no se puede siempre percibir, porque existe el velo de la conciencia profana dominante. La calidad del Ser que acompaña secretamente todo cuanto el hombre vive es, desde que se hace consciente, algo extenso y profundo a la vez. Y, o bien le puede abismar, o manifestársele con extrema delicadeza. Pero siempre la experiencia le saca de un mundo estrecho, cuyos límites le hace sentir por vez primera.

La impresión de libertad que en ese trance siente el hombre comprende tres elementos: un don que la vivencia aporta bajo la forma de plenitud del Ser y cuya presencia habita todas las cosas, la promesa de una vida superior y una llamada a prepararse a esa vida. Hay que tener el oído afinado para escuchar esa llamada, y también aprender a recibirla con respeto y seriedad. Para percibir la promesa, el hombre debe ser capaz de acoger la plenitud del Ser; por lo tanto, de estar totalmente abierto. En ello podemos ejercitarnos.

## **Lo numinoso y los sentidos**

La percepción del Ser en su **plenitud** se nos transmite ante todo por medio de los sentidos. Educarlos para ello forma parte del gran ejercicio. Se despiertan así cada vez más los sentidos a la presencia del Ser, pues se afinan y agudizan las capacidades sensitivas para la dimensión de profundidad. “*Se ha*

*de tener bien en cuenta la educación de los sentidos en cuanto intermediarios entre lo alto y lo bajo, así como entre lo exterior y lo interior” (María Hippius).*

Cuando a fuerza de estudios y de saber intelectual el hombre se siente agotado de fatiga, advierte la necesidad de recibir de nuevo el milagro de los sentidos. Cuanto más viva su vida en el mundo en la superficie de las apariencias que le hacen perder su relieve, y más pierda la plenitud del SER en el poder conceptual de lo múltiple, más se estrechará y deteriorará su elemento de profundidad. El sufrimiento que ese estado le ocasiona le vuelve sensible a aquellos instantes en que sea alcanzado por el Ser. Entonces estará presto a redescubrir el mundo de los sentidos. En su dimensión de profundidad reencuentra una fuente de vida más rica y superior que su existencia recortada, despojada de frescor y naturalidad.

Los sentidos, fuente de experiencia trascendente, son parte de la práctica esotérica de todos los tiempos y de todos los pueblos. La vibración profunda de los colores y su simbiosis, el poder de los sonidos y de los gestos, la intensidad penetrante de los olores, la energía que circula por ciertos movimientos (Yoga) y que metamorfosean la persona, toda ella, la fuerza de la sexualidad que eleva por encima de la conciencia ordinaria, todo ello se ha puesto desde siempre al servicio de la experiencia, del ejercicio y de la transformación esotéricas. Nuestra tarea hoy es retomar la tradición que se nos ha legado, y hacerle perder su carácter de privilegio reservado a sólo algunos. Se la ha de hacer accesible a un círculo cada vez mayor de llamados que, por su nivel natural, su grado de evolución o su madurez, están situados muy cerca del punto crucial, de aquél en el que el yo está preparado para abandonar su posición de

supremacía, y debe hacerlo. El deber humano será entonces ponerse conscientemente al servicio de la trascendencia.

El SER, en su plenitud, se deja sentir primeramente en el gusto por vivir. "*Vivo con gusto*", dice el maestro Eckhardt. El hombre siente la vida como una fuerza inexplicable, primitiva, repleta de savia, como una necesidad de alegría y de acción, de calor y de libertad. Hacer que salga del inconsciente el sentimiento de estar en plenitud de vida, y tomar sistemáticamente conciencia de ello, forma parte del gran ejercicio, pues éste es el único medio de hacer de los sentidos un medio para acceder a lo profundo. Desde ellos, la vida realmente se abre: en su esplendor, por el resplandeciente tornasol de sus colores, de sus luces y sonidos, siempre sorprendente y nueva en el juego de sus formas, grandes y pequeñas, llena de tensión y de peligro, pero también siempre de promesa. Es plenitud fulgurante que se siente cargada de vida en su impulsión tendente al movimiento. Es un infinito de luz, de música, de perfumes, de gustos, una inmensidad que caldea y estimula, seduce y libera. Todo ello, puesto que es algo que se siente, viene de los sentidos. Aquél que tiene el corazón cerrado o poco accesible, es alguien pobre. Pero hay que señalar que no será nunca la multiplicación de sensaciones lo que abre a la riqueza del Ser, sino el profundizar en ellas.

Sentir la vida gracias a una sensorialidad en profundidad es la condición previa para una experiencia del Ser, auténtica hasta las raíces. Si la sensibilidad ordinaria está en la base del desarrollo del espíritu racional, la SENSORIALIDAD SUPRASENSORIAL condiciona la plena evolución del espíritu espiritual. Lo

suprasensorial, en su sentido más elevado, presupone la *muerte de lo sensorial*.

Hay un ejercicio de cese de la sensualidad que puede ser el preludio de un despertar a la sensorialidad suprasensorial. Existen ejercicios que tienen como objetivo el modo de hacer vacío, ya que es el vacío de lo múltiple lo que permite que nazca la plenitud del Ser. Pero antes de llegar a tales ejercicios es necesario haber desarrollado la sensibilidad suprasensorial a la calidad del Ser en el terreno natural de los sentidos. Desde lo que se ve, se oye, se saborea, se siente o se toca, en la calidad de conjunto de la sensibilidad corporal de uno mismo, así como en el encuentro amoroso, en todo, se puede aprender a percibir el Ser en su *plenitud*.

Lo mismo que, por ejemplo, a diferencia del bebedor, el catador que bebe un buen vino percibe su *sabor* de modo tal que no tiene nada que ver con el hecho corriente de beber, hay una evolución en todos los campos sensoriales, que va desde atiborrarse a degustar para, pasando por todos los grados, dejar que venga a nosotros lo que los hindúes llaman *Prana*, materia vital sobrenatural en la que, bajo la forma de materia sutil, el Ser se abre a nosotros por medio de los sentidos.

Hay varios niveles de sensibilidad sensorial. Debemos aprender la manera de distinguir la sensibilidad del yo, orientada todavía hacia el mundo y sus riquezas naturales, de todas las percepciones que la superan y, por consiguiente, la trascienden. Si, por ejemplo, se escucha a Mozart, uno puede encontrar que eso es *muy bello* y luego, de pronto, algo sucede y la expresión de *bello* ya no es la adecuada. Un escalofrío de dicha nos habita. Se hace presente otra dimensión, bien diferente, trascendente por su pro-

fundidad y por su sustancia. Una pura calidad sensorial puede también despertar tales impresiones.

Todo lo que uno vive tiene un carácter específicamente fundamental, más cercano a lo profano, o más próximo a lo trascendente. El órgano que distingue estas diferencias puede desarrollarse y afinarse. Con respecto a la calidad específica de nuestra propia sensibilidad, ello significa, por ejemplo, que uno se puede sentir más o menos animado o abatido, despierto o cansado, rico o pobre, lleno o vacío y, en cada uno de estos casos, en un sentido profano o trascendente. El SER se hace aquí presente por la presencia o ausencia de su plenitud.

También se puede uno sentir más o menos *centrado* y *en forma*, por tanto en su centro, en calma y en equilibrio, en estado de armonía y de presencia, o, por el contrario, en un desasosiego interior, descentrado, demasiado tenso o excesivamente disoluto, y, una vez más, en cada uno de tales estados, puede ser en el sentido del Ser esencial o en relación con el yo profano.

Se puede igualmente tener, o no, la impresión de estar *en contacto*, religado a los otros y al mundo, sentirse protegido, guardado, o, por el contrario, en una ruptura de contacto. Todas estas impresiones, las positivas como las negativas, pueden asimismo tener un carácter profano o trascendente. Hay diferencia entre sentirse abandonado del mundo o abandonado de Dios, entre sentirse religado al mundo y a los otros o, a pesar del sentimiento de abandono de todo y de todos, tener un sentimiento de contacto sobrenatural.

Igualmente se ha de distinguir entre estar simplemente en forma con respecto a la imagen de **persona** o en relación con un determinado comportamiento o trabajo y, al tiempo —o independientemente—, corresponder a la forma de transparencia

que se conforme con una imagen interior transparente al SER. En este sentido, ser transparente, abierto al Ser y a su manifestación, incluso en el momento de la muerte, es algo bien distinto a la capacidad de resistencia, de eficacia y de adaptación al mundo, o también de la forma estética, representando esto la *buena forma* en el plano profano. Es también posible que tanto uno como otro de estos estados sea inconsciente o, de diversas maneras, consciente.

El significado trascendente de una impresión es particularmente claro cuando, paradójicamente, está ligado a lo forma profana contraria. Por ejemplo cuando, a pesar de la pobreza material, uno se siente rico, o pleno de fuerza a pesar de la debilidad o de un mal estado físico. O si, abandonado de todos, se tiene un sentimiento de contacto con todo. Puede también darse lo contrario: se puede ser rico materialmente y tener una impresión de profunda miseria. O estar bien considerado en el mundo, pero descontento con respecto al Ser esencial. O sentirse aceptado y protegido por la comunidad y, sin embargo, en el interior, totalmente aislado. El estar atento a estas divergencias, en particular a aquéllas en que la trascendencia está en relación paradójica con la *situación* objetiva, es un elemento importante del trabajo en la vía iniciática. Es justamente en esto donde se puede afinar la observación de las calidades que van ligadas al Ser, profundizar en el sentimiento de vivir conforme o en oposición con el Ser en la propia actitud y, por último, descubrir el punto de unión con el trabajo práctico.

Hemos también de aprender a distinguir una forma de trascendencia abierta a la inmensidad cósmica de aquella que, más allá de toda realidad espacio-temporal, toca la esfera del Ser espiritual.

El encuentro con las fuerzas *cósmicas* supranaturales es distinto del aflorar del Logos. Al igual que el encuentro con la **Mater magna** es diferente del diálogo con el Espíritu-Padre. Cabe preguntarse, por tanto, si no se debería aplicar el término *VIDA* para el aspecto femenino y el de *SER* para el masculino. O, como nosotros hacemos, designar como SER lo UNO que abraza todo lo creado y que en cuanto TAO se manifiesta en la polaridad, tanto desde el polo masculino, como desde el femenino. En cierto sentido, sin embargo, el SER (Logos) está POR ENCIMA de la Vida en cuanto vida cósmica, el Cielo por encima de la Tierra. Por eso se puede hablar de una trascendencia hacia lo alto y de una trascendencia hacia lo bajo. Ésta tiene un carácter más femenino, cálido y oscuro, en tanto que la trascendencia hacia lo alto tiene un carácter más masculino de lucidez clara y fría. Este frente a frente del Yin y del Yang tiende siempre, de modo natural, a elevarse hacia la experiencia de lo UNO que lo contiene todo, y que se manifiesta en la polaridad. Cuando el SER que abraza todas las cosas se hace presente en uno u otro de los dos polos opuestos, aquél que ha sido animado queda colmado de su presencia.

Siempre que lo que se siente sobrepasa la sensorialidad natural, tiende a borrarse la dualidad yomundo. Pero percibir un pujante sentimiento cósmico que desemboque en una fusión exaltante que absorbe toda conciencia, es bien distinto a vivir la presencia lúcida del orden sobrenatural del que nace una conciencia más elevada. Esta situación puede despertar las imágenes arquetípicas, que, aunque escapan a los conceptos, son, sin embargo, transparentes y, dando sentido a toda vida, nos esclarecen con su misteriosa irradiación. Es entonces cuando

aquél que lo vive deviene, él mismo, el orden que está viviendo. La experiencia reposa precisamente en el hecho de que el orden vivido no está FRENTE a uno, sino que el hombre **es** ese orden. Tras una experiencia así, el retornar a la separación sujeto-objeto es doloroso. Se asocia al penoso sentimiento de dejar la realidad sobrenatural para caer de nuevo en otra realidad, ciertamente natural, pero cuyo mirar es deformante.

Esa vivencia mágica y mítica precede a la del yo consciente objetivo. Podemos, por tanto, distinguir diferentes niveles en el vivir humano: 1) el de la existencia prepersonal, 2) el nivel de un yo dependiente del mundo, 3) el nivel profundo, suprahumano, por tanto ligado a lo humano, de la profundidad de la vida cósmica, 4) un nivel más elevado que el de la vida cósmica, y 5) la vivencia que, como una posible quintaesencia, integra todos los precedentes, la vivencia humana en toda su extensión y profundidad, en su autonomía y en su unión al SER cuando su esplendor nace en el hombre, en el trasfondo de su existencia limitada.

## **Lo numinoso en la forma**

Una educación adecuada orientada al reconocimiento del Ser en su **imagen interior**, en su **orden** y en su **ley** difiere de aquélla que abre a la plenitud.

Si bien la plenitud indivisa del SER nos alcanza por medio de la calidad sensorial (la manera en que el hombre se siente y se percibe en el mundo), su **orden** se reconoce en todo lo que es *forma inteligible*. Y al igual que hay que distinguir sensorialidad natural y sensorialidad supranatural, es preciso diferenciar la

*percepción de las formas*, cuyo significado es sólo secular, de aquella percepción, transparente, a través de la cual se hace perceptible el Ser. Llevar esta diferencia a la conciencia es el primer objetivo del ejercicio dedicado al *carácter construido*, arquitectual, de la existencia.

Un destello del Ser penetra ya en nuestra vida cada vez que nuestro comportamiento con respecto a una cosa, a una obra o a una comunidad se despoja del egoísmo de un yo insensible a su valor, ya que el *sentido de los valores* y el comportamiento que de ello resulta llevan en sí un factor interior trascendente. Criterios como la lógica, la ética y la estética, la verdad, lo bueno, lo bello, son intermediarios por medio de los cuales el yo profano puede reconocer lo sobrenatural en el orden natural de la existencia. La trinidad del SER resuena así en la conciencia del yo profano. El sentido de los valores es la primera irrupción del Ser en la existencia. Esto le parece tan evidente a una persona normal que no se repara que en ello se está manifestando otra dimensión. Por eso, también en este aspecto se hace necesario el educarse para reconocer y apreciar esos momentos especiales en que la exigencia y la promesa del Ser nos alcanzan en lo cotidiano, a veces incluso en contradicción con nuestra conciencia *natural* de los valores.

Una actitud subyacente en este sentido del orden y de la forma es el sentido del SERVICIO. Toda representación interior de una forma supone la idea de un todo, y su imagen más o menos consciente nos llama a respetar su sentido, a proteger y a servir ese todo para llevarlo a su perfección. Un carácter inherente a la relación con lo todo incita al hombre a sacrificar su egocentrismo y a ponerse al servicio de aquél. Esa

misteriosa relación entre la llamada y la obligación de obedecerla encierra en sí un elemento trascendente que hay que saber tener en cuenta. El órgano sensible a ello es la conciencia.

Así como la plenitud del Ser reluce en la alegría del contacto sensorial con el mundo, siempre que una forma nos atrae y respondemos a ella —contemplándola, aceptándola, comprendiéndola, situándola, ordenándola, formándola— la calidad trascendente que en sí encierra es un resplandor del Ser. La percibimos cuando el *milagro de la forma* habla a nuestra conciencia, invitándola a servirla, pues nos toca en nuestro centro íntimo. Toda imagen convertida en forma, toda estructura, puede calar hondo en nosotros si la dejamos *venir*. Se hace aún más claro en el encuentro con un ser vivo o con una obra de arte. Y, por último, cuando se trata de la forma que nosotros mismos somos, percibimos aún mejor la exigencia del Ser, siempre a condición que la conciencia de sí, en tanto que conciencia de la forma, haya alcanzado el nivel de la conciencia del Ser.

Hay tres clases de conciencia: 1) Al comienzo es el MIEDO A SER CASTIGADO. Y esto no sólo está presente en el niño. En tanto que un determinado comportamiento se dé en función de las posibles consecuencias que pueda tener, en esta vida o en otra, entra en juego esta primera forma de conciencia. En mucha más gente de lo que se pueda imaginar juega un papel importante el paraíso o el infierno. 2) La conciencia en cuanto EXPRESIÓN DE ADHESIÓN a una idea, a una cosa (conciencia profesional) o a una comunidad. *El ser de todo es el deber de sus miembros*. La conciencia habla cuando el hombre no actúa, o no lo suficiente, en comunión con el todo al que se siente ligado, bien como miembro, bien porque se

tiene alguna obligación con respecto a él. En el centro de esta conciencia está el HONOR. Se pierde cuando se es infiel a una causa o a una comunidad. Es ésta una conciencia de los valores, y su nivel humano está más próximo al Ser que en el caso del primer tipo de conciencia. 3) El tercer nivel de conciencia es la conciencia ABSOLUTA. Se expresa cuando lo único que cuenta es la obligación del hombre con respecto al SER, desde su Ser esencial. La voz de esta conciencia absoluta se hace aún más evidente cuando lo que exige es contrario a lo que requieren la conciencia comprometida con la comunidad a la que se pertenece y el deber con respecto a sí mismo.

En tanto que la oposición se sitúa entre altruismo y egoísmo, la decisión en favor del servicio al *otro* y del sacrificio del yo es clara —el hombre sujeto a una ética ni siquiera se lo plantea—. Por el contrario, en la oposición entre el deber con respecto a la comunidad y la exigencia del Ser esencial, se establece un verdadero conflicto. Para obrar más seguro, el hombre comienza por optar a favor del deber hacia la comunidad. Luego descubre que su vida le perturba o que, sin discusión posible, otro *Señor* se manifiesta. Entonces deberá decidir en favor de lo sobrenatural. Una experiencia así puede hacerle reconocer por vez primera la realidad del Ser.

Aumenta la sensibilidad a la revelación del Ser por medio de las formas en la medida en que es recibida por una conciencia adecuada, en la que determina una actitud general de orientación hacia el Ser. Cuando la conciencia está despierta para ello, toda estructura, toda forma puede, de pronto, hacerse presente, como en un relámpago, con una nueva luz, con el *mirar del Ser*, que fuera del tiempo hace que reluzca en lo intemporal.

Con este mirar del Ser, dos cosas pueden saltar a la conciencia: la idea de una forma supratemporal y su carácter inmanente de transformación. El mirar del Ser hace que toda forma sea transparente al Ser esencial que la habita y, a veces, al camino que ha recorrido en el espacio y en el tiempo. En la medida en que la vida de un hombre está ya bajo el signo del Ser, aquello de lo que se toma conciencia por la percepción de una forma marca la manera de sentir la propia vida. Toda la existencia puede hacerse transparente a esta idea interior y al orden de crecimiento que la rige.

Todo lo que vive obedece a un secreto orden de crecimiento, nace conforme a ese orden, tiende a realizarse, luego declina y muere. Para un mirar natural, este declive es sinónimo de muerte. En la medida en que un hombre está abierto al Ser, todo declinar es preludio de un nacimiento a una nueva forma. El yo profano se opone al carácter cambiante de la vida. Aspira a lo definitivo, a lo que es estable y a lo que dura. Pues bien, para el mirar según el Ser, éste es el gran peligro que amenaza la realización de la misión del hombre, la cual consiste en dar testimonio, mediante la acción y la contemplación, del carácter transformador de la Vida. La necesaria relación con el eterno movimiento creación-liberación, liberación-creación de la forma, que es el de la vida, debe ser también objeto del ejercicio relativo a la forma. En definitiva, es siempre cuestión del *morir y devenir*. La esencia de la forma se revela sólo a aquél que acepta el desaparecer en la no-forma para renacer de nuevo. Éste es también el sentido secreto de la respiración en el ejercicio de inmovilidad.

Cuanto más se integre el hombre en la vida sobrenatural y viva desde su Ser esencial, menos prisionero estará del orden inflexible al que está sometida la

evolución de su vida. Aunque viviendo en él, será prácticamente libre con respecto al orden espacio-temporal. En este campo, hay un ejercicio bien sencillo: en cada instante se tiene la posibilidad de desligar, o casi, el momento consciente del dato inmediato y sensorial, y *contemplantarlo* separado de todo lo demás. En esta contemplación también es posible guardarlo como suspendido. Desligado del aquí y ahora espacio-temporal, el hombre se hace testigo de otro Ser, cuya influencia le proporcionará una curiosa impresión de inviolable libertad.

Saber que la vida prosigue a pesar de la muerte permite superar el horizonte que el yo profano está capacitado para admitir. En la medida en que concebirlo así llega a ser una actitud fundamental, la vida, a pesar de transcurrir en el marco del orden establecido, toma otro significado bien distinto. Aceptar la transformación como una ley fundamental es ya ver en el propio cambio al Ser más allá del tiempo. Ciertamente que son muchos los que conocen teóricamente el *morir y devenir* que rige la vida, pero que no lo han admitido interiormente. Sin embargo, puede significar una promesa a partir del momento en que se acepte su ley como la ley de la vida, pudiendo llegar a ser el núcleo del ejercicio. La finalidad de toda vida es el sacar al hombre del poder del yo profano; por eso el *morir y devenir* es la finalidad de una MEDITACIÓN digna de tal nombre; meditación que ha de posibilitar que el yo se anonade en la profundidad transformadora, para desde ahí renacer.

La finalidad de toda meditación es la metamorfosis por la que el yo se funde en el crisol de lo profundo, donde el mundo de las apariencias se renueva en el anonadamiento de la forma.

## Prácticas meditativas

No es posible concebir la vía iniciática sin la práctica de la meditación. No sólo la meditación bien practicada, sino también una actitud meditativa fundamental. De este modo la dimensión de lo sobrenatural –dimensión de lo profundo, como la llama Paul Tillich– no sólo penetra temporalmente la conciencia, sino que puede también desarrollarse en ella y modificarla.

Meditar no significa *hacer*, ser activo, sino *acoger*. Etimológicamente, esta palabra viene de **meditari** y no de **meditare**. Significa dejarse ocupar totalmente, hasta el centro, sin ejercer actividad. En la actitud meditativa, el que la practica renuncia a cuanto esté orientado a un trabajo, a un resultado, y se abandona en una aquiescencia interior. Meditar no es tampoco concentrarse en algo, sino recogerse por el efecto de algo, gracias a algo. No es discurrir, es unirse. Es verdad que al comienzo de todo ejercicio hay una **concentración**, un **esfuerzo para salir del tiempo**, del momento, un **retornar a sí mismo en todos los sentidos**. Pero la meditación, el estado de meditación, comienza cuando ya hay concentración.

La meditación no es observar una *relación*, ya se trate de una imagen, una palabra, un pensamiento. No es en absoluto una argumentación, o una explicación a algo determinado. Es hacerse *uno* con algo, con alguien. Por eso la manera de meditar es más importante que el contenido de la meditación, a condición que su práctica sea *en el camino* y no con cualquier otro objetivo, como pudiera ser el aprender a concentrarse. Si la finalidad de la meditación, como de cualquier otro ejercicio en el camino, es la

de devenir transparente al Ser, y si esta orientación hacia lo sobrenatural determina la actitud fundamental que a ello conduce, el hecho de suspender la actividad de la conciencia objetiva es más importante que el tema de la meditación. El recogimiento meditativo deja en suspenso el análisis objetivo, y esta disposición desliga de lo múltiple que ocupa la conciencia superficial en provecho de la plenitud QUE NOS ESPERA EN LO PROFUNDO. Sea cual fuere, al principio, su contenido, la meditación permite que el hombre traspase este espesor objetivo y temporal. Un nuevo sentimiento de sí nace de una disposición tan diferente, lo que permite descubrir una profundidad sin contenido. Si el meditante tiene el suficiente coraje, puede entonces despojarse de una creencia que haya quedado vacía de su sustancia, y renovarla gracias a la plenitud espiritual que ahora se le concede. **MEDITARI**, la irrupción de lo sobrenatural hasta el propio centro, lleva al hombre al fondo de su alma. Es un retorno a las fuentes. Cuando el meditante logra este retorno a lo profundo de sí, entra en un terreno misterioso que no sólo le acoge y le libera de las tensiones de la superficie. Engendra en él una nueva forma que le permite volver al mundo con fuerzas renovadas. El *abra de las profundidades*, donde siempre se nos espera, puede representar dos cosas: la liberación definitiva, o el punto de un nuevo partir. En lo que en realidad se convierta depende de lo que el hombre busque: o bien el retorno final, la entrada definitiva en la patria, o la regeneración que prepara un nuevo partir. Volver a la fuente espiritual puede ser un bienaventurado final o la promesa de una renovación.

Hay que carecer de experiencia e ignorarlo todo de la meditación para llegar a decir, como se oye a

menudo, que la práctica meditativa, como, por ejemplo, el sentarse en silencio, es una huida del mundo. En principio, no se trata de huir del mundo, sino de tomar una distancia con respecto a él, condición previa para ser realmente dueño de sí en el mundo<sup>30</sup>. Por otra parte, la unión con lo UNO no es necesariamente un anonadamiento *definitivo*; la práctica meditativa puede ser el origen de un nuevo modo de aceptar y de abordar el universo, de darle forma y de preparar así el nacer a un hombre conforme con el Ser en su relación con el mundo.

Aquél que practica la meditación se da cuenta de que si se va a ella en un total olvido de sí, en cierto momento, el estado meditativo puede mudar a un tipo de ACTIVIDAD. Un modo de acción que brota de una gran profundidad. En cierta manera eso es el *élan spontané*<sup>31</sup>, algo bien lejos de un hacer centrado en el yo voluntarioso, tendente hacia la acción objetiva. En la práctica meditativa, se produce un tránsito del estado pasivo de liberación a una actividad creativa. El ejercicio meditativo hace salir de los caminos trillados y las estructuras rígidas que bloquean el camino de la madurez y de la regeneración, así como el de la espontaneidad. DEJAR LO LLEGADO A SER DESPIERTA EN EL HOMBRE LO NO ADVENIDO, fuente de una existencia y de una acción creadoras. En la base de los ejercicios japoneses, todos los cuales están al servicio del *camino*, encontramos este principio: son una técnica de la que se tiene un total dominio, lo que le permite al discípulo desligarse de su yo y abandonarse a su Ser esencial. En esas profundidades, aún sin actualizar,

---

<sup>30</sup> Véase Lama Anagarika Govinda, **Fundamentos de la mística tibetana**.

<sup>31</sup> Impulsión espontánea (N. de T.).

es donde despunta el SER. Liberado de un yo poseído por la ambición y el miedo, el Ser se manifiesta en la alegría de una acción o de un trabajo perfectamente cumplidos. No son artificialmente fabricados. Floreciendo directamente del suelo de lo profundo, tienen un carácter de creación.

Aquél que practica el sentarse en inmovilidad, el Zazen<sup>32</sup> en el espíritu del Zen, puede también vivir la experiencia del vínculo que se establece entre la liberación de lo llegado a ser y el nacer de lo no advenido. Tampoco aquí el meditante recurre a un contenido objetivo. Sólo se sirve, en la fase de concentración que prepara la meditación, de la respiración o de la cuenta de ritmos. Luego, vacío de todo contenido, llega al umbral de ese algo que trasciende el antiguo yo.

La percepción de una forma sólo se hace transparente al Ser cuando se vive en su singularidad, en su aspecto único. Al igual que el Ser, lo UNO no se revela al hombre sino en su individualidad viviente y nunca cuando hace de ello una abstracción. De ahí que el aspecto numinoso de todas las formas que encontramos dependa del modo inmediato y único en que somos tocados por ellas. Por eso, en los sueños, el carácter numinoso de las imágenes arquetípicas viene del hecho de ser una condensación del estado psíquico del que sueña. Y, a la inversa, una imagen adquiere ese carácter cuando, por medio de ella, nace un orden nuevo y más elevado, y cuando luce con otra dimensión.

El milagro del Ser no se revela sino en la singularidad de lo único. Todo cuanto sea estereotipado o

---

<sup>32</sup> Véase K. Dürckheim, **Japón y la cultura de la quietud**. Ed. Mensajero.

rutinario, toda generalización, es un impedimento para su manifestación. No obstante, lo habitual, lo familiar, cuando nos afectan bruscamente con el frescor de lo no conocido y con el carácter de lo singular, pueden llegar a ser momentos reveladores del Ser. El sonido de una campana, oído ya cientos de veces, el árbol que veo cada día bajo mi ventana, un gesto totalmente familiar de uno de los míos, cualquier cosa que nos alcance en su espontaneidad primitiva, en el puro aquí, ahora y así, puede convertirse en portavoz del Ser. Y cuando el Ser nos alcanza, el suceso más cotidiano se hace esencial. Es, pues, importante desarrollar una disposición y una forma de conciencia que, despojando las cosas del velo de la costumbre y de su sentido conceptual, haga posible que nos lleguen directamente.

Eso que tiene de único un encuentro es lo que permite que lo UNO nos alcance. Ahora bien, eso singular, eso único sólo será testigo del Ser cuando sea vivido e interiorizado como su manifestación. Lo UNO, lo TODO, en el orden de los conceptos, es lo más abstracto que existe. Sin embargo, en la escala de las profundidades que podemos llegar a vivir, es de lo más concreto. Es la Vida, que nos es lo más íntimo y personal, la Vida en su más alta potencialidad, en su pura fuerza de transformación. Es nosotros mismos en nuestro Ser esencial. Nuestro yo lo percibe como lo más profundo que hay en nosotros y también como aquello en que todos los niveles de uno mismo están arraigados y protegidos. En una auténtica experiencia del SER, el yo y el Ser esencial coinciden.

Ejercitarse en percibir lo UNO en y por lo singular es un ejercicio concreto. En la medida en que esta disposición penetra en lo cotidiano, la *tonalidad* del Ser

se convierte en el contrapunto mediante el cual, y a través de todo lo particular, resuena la melodía de este Ser. Su carácter de singularidad determina la *irradiación* de la forma que testimonia de Su presencia. Lo singular desaparece cuando interviene lo fabricado, lo convencional o la adaptación utilitaria, que despojan la forma de su elemento individual. Nuestro propio irradiar depende, por lo tanto, de nuestra libertad con respecto a las costumbres, la rutina, lo estereotipado; depende de la forma en que estemos ahí, presentes en el aquí y ahora, desde el centro creador de nuestra individualidad. Una *buen forma* auténtica da esta libertad en toda circunstancia, e impide que sea un artificio, una pseudo-libertad.

La percepción de la relación entre el SER y los principios universales o signos por los que Él nos alcanza, y la individualidad de toda forma viva, puede ser la base de un ejercicio concreto, que consiste en la repetición consciente y vigilante de gestos primordiales.

Estar atentos a los signos originales cuya constelación en torno a la experiencia del Ser esencial revela su individualidad, nos hace tomar de ellos una viva conciencia. El ejercicio del *dibujo dirigido*, desarrollado por María Hippius, es resultado de esta observación. El alumno, en actitud de recogimiento, se ejercita en el dibujo repetitivo de figuras fundamentales, tales como el círculo, la ola, la espiral, el cuadrado, la curva, el radio, la copa, etc. Se concentra en su trabajo de tal manera que en él se despierta el principio universal de forma. Si logra hacerse realmente uno con el trabajo, e interiorizarlo de modo que ya no lo haga objetivamente, este ejercicio puede traer a su conciencia, a través de todas las contingencias históricas, la individualidad propia y única de su Ser esencial, pues él porta en sí, encar-

nadas en su modo individual, las figuras codeterminantes de todas las existencias. Cuando el alumno las realiza en una larga repetición meditativa, trae a la luz de la conciencia la individualidad propia de su Ser esencial en una creación nueva, liberada del viejo yo.

Al acoger la forma, un destello del Ser puede lucir y alcanzar el Ser esencial del que la recibe. La imagen de una flor puede de este modo hacer que trasluzca su esencia, su naturaleza esencial y, eventualmente, aportar la percepción de una calidad numinosa que alcance al alumno y a su propio Ser esencial. Esta puede ser la finalidad de un ejercicio contemplativo.

Toda experiencia de la *plenitud del Ser* se vive como una forma que anima, sostiene y renueva. Parece desafiar a todos los peligros de la existencia espacio-temporal. La experiencia del Ser bajo su aspecto de orden y de estructura se vive bajo el signo de la luz<sup>33</sup> que alumbra las tinieblas de lo contingente. Dejando de lado lo insustancial, saca a la luz lo auténtico.

La luz hace salir de la sombra las formas y su orden. Cuando se percibe el Ser como ese orden sobrenatural, su claridad penetra en la existencia, haciendo que aparezca un sentido que está más allá del sentido y del no-sentido en el mundo. Esta luz no es la claridad sobre algo; es un estado de luz, un *estar-en-la-luz*. En cuanto testigo del Ser, este estado se afirma tanto más cuanto que luce en medio de las tinieblas de nuestra vida temporal. En ciertos momentos estelares, el Ser se manifiesta así como un sentido más elevado que el sentido y el no-sen-

---

<sup>33</sup> María Hippus, **Transzendenz als Erfahrung**.

tido y, contra lo esperado, libra al hombre de la desesperación y del absurdo.

Siempre que el hombre se encuentra en estado de transparencia, la vida se sitúa bajo el signo de un orden diferente, que destaca en el seno del desorden del mundo. El hombre también puede entonces *verse* a sí mismo en otra luz que le eleva por encima de las tinieblas de su vida. Este estado es el que mejor le hará comprender que la transparencia está también ligada a su forma corporal interior. Podrá sentirse más o menos íntimamente integrado y unificado. Es necesario ejercitarse, y aprender a observar lúcida-mente el propio estado corporal, y a ver en qué medida la forma interior se muestra justa. Cuando lo interior y lo exterior van al unísono, cuando en lo exterior uno es (en el cuerpo) tal como es en el interior (en el espíritu), entonces es posible ser *dichoso y no tener deseos*. El orden del cuerpo exterioriza y encarna el del espíritu, y el orden del espíritu interioriza y realiza el del cuerpo<sup>34</sup>. El orden del corazón se refleja y encarna en el orden del cuerpo.

Todo contacto auténtico con el Ser, por medio de una forma, no sólo tiene un carácter de liberación, sino también de exigencia. La experiencia del Ser bajo el signo de la forma, del orden y de la ley colma al hombre de dicha, pues es la promesa de un orden más elevado que toda existencia espacio-temporal. Despierta a la vez en el hombre la conciencia del trabajo que ha de hacer para cumplir la forma justa en el seno de su existencia terrenal. Toda experiencia de una forma transparente al Ser nos saca del sueño de la costumbre para guiarnos hacia un nuevo devenir y hacia un nuevo obrar.

---

<sup>34</sup> Véase María Hippius, **Transzendenz als Erfahrung**.

## Lo numinoso en el amor

El ejercicio relativo al tercer aspecto del Ser enseña a discernirlo en su UNIDAD, que religa, contiene y lo conserva todo.

El hombre puede ser alcanzado por el Ser en su aspecto de unidad cada vez que en este mundo busque la fusión, acoja y viva la unidad, o perciba su dicha incluso en el dolor de faltarle. O también cuando la crueldad de la vida se deja sentir en el abandono, la soledad y el rechazo de todos.

A veces, en medio de un aislamiento que se hace insoportable, y paradójicamente, puede brotar de lo profundo un sentimiento de unión que, a pesar de la frialdad del mundo, permita sentir la calidez protectora del Ser.

Por otra parte, sucede con frecuencia que es en el seno de la soledad donde se percibe mejor, en su carácter sobrenatural, la calidad específica de la fusión en el Ser. El mismo hecho de su privación puede hacernos más sensibles a la calidad, al gusto de su presencia. Que la soledad en este mundo se transforme en abrazo sobrenatural, es ciertamente una experiencia muy particular. Cuando el desgarramiento de una separación llega a lo intolerable, este mismo exceso puede hacer posible el vivenciar la unidad del Ser. Es preciso no ignorar esos instantes sino, por el contrario, estar presto a reconocer en ellos esa particular calidad sobrenatural, a recibirlos y a abrirse, por ellos, al Ser.

Las situaciones excepcionales no son la única posibilidad de una experiencia del Ser en el lazo de unidad que viene de lo profundo. Se puede ya sentir su cercanía cada vez que el hombre escape al aislamien-

to de un yo siempre inquieto, siempre a la defensiva; cada vez, pues, que el hombre cambie la afirmación de su yo por el don de sí. Cuando, por pobreza de contacto, el hombre se siente por momentos como disociado de la vida, si renuncia entonces a la actitud definitiva del yo para comprometerse afectivamente con un otro, se le ofrece entonces una oportunidad de sentir, de súbito, la presencia del Ser en su aspecto de vínculo y de unidad.

Toda verdadera relación de unión con una cosa o con alguien lleva en sí un elemento cualitativo, un núcleo numinoso, en el que resuena la unidad del Ser. Desde Él, la impresión vivida y su significado se elevan por encima del nivel episódico espacio-temporal. Aquél que vive este sentimiento de unidad es guiado por una oleada de cálida intensidad que le viene de lo profundo –aunque no sea sino por una fracción de segundo, pero sin ofrecer ninguna duda– hacia otra realidad más vasta.

El terreno en el que como en ningún otro puede despertar en nuestra conciencia la unidad del Ser es el del amor. Toda relación que merezca este nombre lleva en sí la oportunidad de percibir el Ser en la existencia.

Siempre que el término de *amor* está realmente justificado, se crea un lazo de unidad con *lo otro*, ya se trate de una cosa, de un animal, de un ser humano, de Dios o del propio sujeto en su Ser esencial. Y, si está separado de ese otro, nace la impulsión de reunirse con él. En la medida en que se haya aprendido a reconocerlo como manifestación de la UNIDAD profunda de todos los seres, mayor será la oportunidad de saborear esa calidad numinosa.

No es en el momento en el que se hace realidad la fusión, sino ya en la separación, cuando el sentimiento de posible unidad es portador del SER. Cuando dos personas que se aman están separadas, el deseo de ir una hacia la otra, en su propia división, está cargado del Ser, con una fuerza a la vez dichosa y dolorosa. La nostalgia de la patria en aquél que está alejado de ella es un ejemplo.

Al igual que el origen del sufrimiento primordial del hombre es su alejamiento de la vida espiritual, su deseo de reencontrar esta unidad es también en él su aspiración esencial. Es por eso por lo que el amor, donde la unión y la separación van siempre juntos, es el terreno en el que, en la medida en que íntimamente seamos receptivos a su presencia, lo sobrenatural nos alcanza más fácilmente. La calidad de la vida no está únicamente ligada a la fusión en la unidad y al hecho de que libera del tormento de la separación. El retornar a sí mismo y el potencial creador que resulta de toda unión llevan también la marca de lo sagrado. Más que nada y ante todo, es la verdadera **communio** lo que representa para dos seres un auténtico conocimiento de sí mismos y lo que les da acceso a un nivel más elevado de unidad. Estar colmado del Ser no es solamente vivir, sobre un fondo de separación, un sentimiento de fusión, sino que es también encontrarlo en la irradiación de amor del otro y, maravillado, tomar conciencia del propio núcleo esencial. Esta forma, la más elevada del amor, emite una viva claridad a toda relación humana, en su más profundo sentido y en la posibilidad de íntima unidad con el Ser que en tal relación nos espera. Pero para que la llamada del Ser resuene en una relación humana, es preciso que ésta se haya despojado de todo carácter pragmático.

El amor es el mejor guía que conduce al Ser, ya que es siempre adversario de un yo cuyo deseo constante es garantizar su propia seguridad. Ansioso por su posición en el mundo, ese yo rehúsa ceder el sitio, soltar presa, no quiere ni darse ni sacrificarse. Con su tendencia al inmovilismo y su necesidad de encerrarse en sí mismo, es el mayor enemigo del Ser, en cuyo crisol todo se funde y unifica.

La vida es rica en instantes efímeros de unión, y esos momentos son siempre una ocasión para oír el resonar del Ser en nosotros. Sólo es preciso aprender a beneficiarse de ellos y, sobre el trasfondo de un pasado en contra, reconocer la calidad específica de todo cuanto *se hace uno*.

El hombre puede ejercitarse en este sentimiento de unidad en el arte con el instrumento, o trabajando con cualquier tipo de útil (máquina de escribir). Hacerse uno con un trabajo o una cosa a la que en principio nos hemos opuesto, en el momento, por ejemplo, en que uno encuentra la solución a un problema que haya sido un rompecabezas, o allí donde se hayan hecho todos los esfuerzos para vencer una resistencia; en todas partes se presenta la ocasión de sentir y de apreciar un lazo de unidad. Porque toda nuestra existencia se apoya de ordinario en el mundo y en el yo profano, por lo que nos situamos fuera de la unidad del Ser aunque, conscientes o no, sintamos constantemente la nostalgia. En todo lugar cabe la posibilidad, aunque sea débil, de percibir la calidad del Ser que allí está presente, al igual que en cualquier sitio donde nos encontremos *a gusto*.

Puede ser una manera esmerada de tratar las cosas usuales, el utilizar cuidadosamente un objeto familiar, un andar atento el camino que se recorre todos los días, de suerte que la docilidad de todas

estas cosas nos conmueva profundamente como una especie de bendición de la unidad del Ser.

Puede también ser el realizar un trabajo que dominemos del todo, en el que cada gesto ha de hacerse de una cierta manera y no de otra, aquí y ahora. Se crea así un sentimiento de presencia, una conciencia de unidad en la que el Ser actúa. Ciertamente que la forma de atención diferente, arraigada, de nuestra conciencia del mundo y del yo deja, en general, pasar inadvertidas estas ocasiones. Ahora bien, cuando íntimamente se tiende a la manifestación del Ser, y se vive comprometido para con él, el aspirar a estas experiencias va tomando cada vez más peso, y toda posibilidad de unión, de sentirse uno con Él, se hace parte integrante del **exercitium**. Ser uno con lo que se ve, con lo que se oye, dice, saborea, toca, de tal modo que se llegue a estar por encima de la oposición entre aquél que ve y lo que es visto, entre aquél que oye y lo que es oído, a fin de que el puro mirar, el puro oír colmen la conciencia y lleguen a ser, en el lenguaje del instante presente, testigos de la unidad de lo profundo.

Otro medio para progresar en el camino es el ejercicio del sentido interior desde EL DIBUJO SIN CONTORNOS. El crepúsculo, el claro de luna, un paisaje en la niebla, o la claridad danzante del mediodía, cuando la reverberación de la luz enturbia los contornos, inspiran estos dibujos. Los contrastes desdibujados dejan vibrar un silencio colmado de la unidad de lo profundo. Otro ejercicio en este sentido es el de dejarse ocupar por un sonido indiferenciado, como puede ser el golpeteo de una cascada, el susurro indistinto del bosque, y a veces también la algarazara confusa de una gran ciudad. Para que este ejercicio sea fructífero hay que estar ya entrenado para

un cierto recogimiento, contemplación y escucha para que no sea sólo mirar o escuchar, porque eso será lo que permita que el Ser resuene. Todos los sonidos de la vida se transforman entonces en una melodía que rinde testimonio de ella.

Un ejercicio muy eficaz es el de las formas cuyo sentido emerge por un efecto de contra-forma. Un ejemplo de ello son los dibujos orientales con tinta china. La finalidad de la forma dibujada es que pueda aparecer la no-forma, transparente en sí a ese fondo sobre el que todo se hace presente para desvanecerse de nuevo. Con este ejercicio el hombre aprende a privarse de la fijeza del mirar, o del exceso de sentimiento, y a elevarlos hasta una experiencia que elimina la oposición entre forma y no-forma, mundo y no-mundo, a la vez que a dejarles subsistir de manera que permitan que lo UNO trasluzca más allá de los contrarios. No es una cuestión de forma o no-forma sino más bien de lo que está más allá de la oposición entre ambas.

En un principio parece paradójico y contrario a la sensibilidad natural el querer hacer conscientes, en función de su contenido de SER, la unión y los instantes de entrega en el amor que liberan al hombre de su estado de separación. Una empresa tan audaz ¿no corre acaso el riesgo de reducir a nada el tesoro que encierran? Sería efectivamente así si el término *hacer consciente* se tomara en el sentido en el que se entiende la toma de conciencia objetiva sobre la que se basa toda organización racional. Este orden de conciencia que pone al hombre y a su universo frente a frente situándole, en cierto sentido, fuera del Ser, le hace sordo a su voz. A este respecto, existe un malentendido cuyos resultados son malsanos, que aparece constantemente en algunas sectas. Se con-

funde el estar atento al Ser con una observación racional que define una noción, la clasifica en un sistema determinado, la memoriza, etc. para que inmediatamente esté disponible en el intelecto. Se puede naturalmente reconocer, por lo que es, la experiencia del Ser que se vive, y ser consciente de su importancia, pero tal reconocimiento es justamente el *hacerse uno* en la lucidez y no una definición que coloca el objeto a distancia. Conviene, por tanto, precisar el sentido de *tomar conciencia*. Hay dos maneras de percibir, una que clasifica en conceptos, y otra que integra lo que se ha vivido en el *cuerpo del camino*, interiorizando el SER.

“Intentar comprender lo inalcanzable no elimina la calidad de Ser cuando la luz de la conciencia tiene su origen en la dimensión propia de la experiencia en su más alta potencialidad. Es entonces la luz que penetra en la sombra interior y se constituye en centro de cristalización que reúne y conserva el tesoro de una experiencia sensible más allá de lo sensible. La profundidad materna se hace presente en el niño inmaduro, y se le hace transparente. Con la conciencia de un orden superior nace el *espíritu espiritual*. Se crea así una filiación entre la luz primordial y el hombre” (María Hippius, **Transzendenz als Erfahrung**).

El hombre que se forma desde la Vía, que en ella se estructura, posee un *orden de devenir* que le es propio. Desde ahí, en cada instante de su existencia, puede tomar conciencia de su nivel, del valor de su posición. Eso no es algo que posee objetivamente, sino la expresión de su integración interior en el camino. Aquel modo de conocimiento que conserva el contenido de Ser de una experiencia, no la deforma, sino que la profundiza. La experiencia esclarece y completa el orden interior. Es una toma de con-

ciencia que amplía la apertura a la gran Vida. Según va madurando, el hombre se va haciendo capaz de dejarlo hacer, a fin de que lo transforme. Sucede también que un hombre anclado en el nivel de la conciencia objetiva llegue a abrirse a lo profundo de sí. Ocurre cuando, en la práctica de la meditación, por ejemplo el Zazen, este hombre está constantemente atento a mantener la posición justa, y aunque estando *en otro lugar* desde su conciencia profunda, puede llegar a percibir, a pesar de todo, los signos que prueban la justedad de su comportamiento general. Es entonces fortificado interiormente, sentirá un calor físico, una ligera vibración de la columna vertebral, claridad en su espíritu, y se sentirá pleno de amor. Lo vivirá de forma discreta, aunque en *ondas* indiscutibles que indican una progresiva modificación de todo su estado, siendo habitado por la plenitud, la luz y la calidez de su Ser, que le elevan por encima de su estado habitual. Los progresos realizados por la facultad de observación son parte del crecimiento interior hacia la *forma* justa, la que hace al hombre más transparente al Ser, es decir, el ser siempre capaz de sentir la plenitud espiritual, el orden y la unidad, y el ser testigo de ello en el mundo. Ejercitarse en reconocer el contacto del Ser, y en tratar con respeto y seriedad lo numinoso en el terreno de la calidad sensorial de las formas y del amor, es una actitud constante del meditante, desde el comienzo hasta el final de su camino iniciático.

Todo cuanto vivimos por nuestros cinco sentidos y percibimos como imagen significativa, está preordenado y sobre-ordenado al sentido espiritual de la vida. La palabra *sentido* quiere decir tanto que se

puede reconocer y que se debe hacer realidad, como el órgano mediante el cual eso se produce. Los ejercicios tienen como finalidad el abrir los ojos del meditante a la plenitud, al orden y a la unidad del Ser, a la calidad por la que lo numinoso le alcanza y, finalmente, el conducirlo a percibir la forma en la que se arraiga el amor del Ser en medio de los peligros, del absurdo y de la crueldad del mundo.

El sentido que la vida puede tener y los sentidos con los que eso se comprende coinciden desde siempre y para siempre. A tal punto que en la medida en que el hombre esté presente al Ser, su forma de estar expresa esa presencia. Así como el motor de nuestra búsqueda es la propia cosa que buscamos, ese Ser está operando siempre que el hombre tiende a Él. Y cuando el afán es total, aquél que se orienta al SER y el propio Ser coinciden. El sentido de la Vida que opera, ilumina y une todas las cosas, es decir, el sentido primordial de la Vida, es la propia Vida.

## **EL FRUTO**



## ALTRUISMO

### El hombre y su prójimo

El prójimo: en la era que toca a su fin, esta palabra suena mal. No concordaba –y sigue sin concordar– con el espíritu de un tiempo dominado por lo racional, un espíritu duro y sin alma, en el que el corazón no tiene cabida. El altruismo parece ser demasiado cálido y hasta un poco blando. Evoca la piedad y esto crea un malestar. En principio porque nos recuerda algo que hubiéramos debido practicar y que hemos descuidado, y también porque ya no se acepta la piedad sino sólo aquello que se nos concede de derecho.

Sin embargo, cuando el hombre se reencuentra a sí mismo, descubre al prójimo como compañero, a la vez que como deber. La vida humana se desenvuelve bajo la forma de llamadas y respuestas: de universo a universo, de un ser a otro ser. Pocos son los que a pesar de ello comprenden que por encima de esta relación de llamada y respuesta entre el hombre y el mundo, está la llamada de Dios:

*¿Dónde estás, Adán?* A pocos también les es dado comprender que sólo la respuesta a esta llamada de Dios le hace ser al hombre totalmente sí mismo. Habremos de redescubrir que la relación entre el hombre y el Ser sobrenatural es el elemento determinante de una relación justa en el más profundo sentido del término. La vida humana sólo llegará a desplegarse plenamente si la relación con el prójimo cumple su verdadero objetivo: abrirse a lo sobrenatural en este mundo. Existen, sin embargo, ciertas referencias.

Si se intenta definir una relación humana justa, parecerá en principio imposible, porque habremos de tener en cuenta una multiplicidad de relaciones diversas, cada una con su propia problemática. Dejando aparte la especificidad personal de cada una, la relación entre padres e hijos, por ejemplo, es fundamentalmente diferente de la que hay entre esposos. Está también la relación médico-enfermo, director-empleado, profesor-alumno, sacerdote-fiel, etc. A pesar de ello, en cada una, y en la diversidad, hay algo análogo.

Sean cuales fueren las condiciones personales, el cometido, la situación particular, siempre que un hombre se encuentra con otro, dondequiera que sea, en cuanto hombres, son responsables uno del otro. Sea cual fuere nuestra función, nos encontramos siempre frente a un ser humano, con sus impulsos vitales, sus deberes, con el deseo de ser una persona concreta, libre de manifestarse como tal. Todo encuentro humano es un encuentro de la Vida, y en cada Ser esencial está también presente la vida sobrenatural. Por eso, en la red de todas las relaciones humanas cabe la posibilidad de inter-

cambio, la oportunidad de abrirse, o de cerrarse, a la manifestación de una Vida superior, de ayudar al otro a realizar una tarea, que puede cumplir o no.

Mostrarse como prójimo del otro es, en definitiva, ayudarle a ser lo que, a su manera, debe ser para vivir, manifestar y proteger la vida sobrenatural. La posibilidad que eso representa no se hace evidente sino teniendo presente en el ánimo al Ser en su trinidad, que es el a-priori de toda vida en este mundo, también de la vida humana. Toda rebeldía, entre otras la de la juventud actual, es expresión de la necesidad de unas verdaderas condiciones para que la trinidad del Ser pueda hacerse presente en el mundo, a fin de conservarlo, darle su sentido y protegerle.

En el hombre, la Vida se desvela, en cuanto forma primordial de la plenitud, como tendente a un cierto orden, y a la tarea de hacerle reinar. Es también la nostalgia de un Todo que abrace y proteja toda vida, lo que supone tender al amor. Desde su Ser esencial, todo ser humano está determinado por la pulsión que le impele a realizarse bajo estos tres planos, y la desolación humana, de hecho, viene de quedar frustrados estos tres anhelos esenciales. Hay que recordar siempre que la desdicha de los hombres tiene su origen en el incumplimiento de estas tres tendencias.

El deseo fundamental de vivir la plenitud de la vida se opone a los peligros de un mundo que amenaza con aniquilar al hombre y que le arroja a la angustia. Un comportamiento altruista es, en este caso, tomar en consideración el temor del otro y ayudarle a superarlo. Al deseo de orden y de una vida

conforme a la imagen que el hombre se hace de sí, se oponen la injusticia y el desorden del mundo, causándole desasosiego y desesperación. El sentido altruista hace estar atento a esta desesperanza y trata de prestarle socorro. Por último, la nostalgia de comunión, de protección y de amor, es lo opuesto a la crueldad de un mundo que aísla al hombre. Conducirse con altruismo significa compartir la soledad del otro y ayudarle a salir de ella. En cualquiera de los roles en los que se tiene ocasión de encuentro con el otro, estará siempre presente alguna de estas dificultades y, con ella, la posibilidad de ponerle remedio.

No puede haber sentido de la comunidad cuando la teoría y la práctica hacen del hombre una cosa, un objeto, un fragmento de universo. Ocurre eso cuando, por ejemplo, un facultativo trata a su enfermo como *un caso*, o cuando en el mundo del trabajo no se ve en el hombre sino un instrumento de producción, o, de ser funcionario, un engranaje en la organización administrativa. Cuando en pedagogía el profesor ve en un alumno no al ser humano sino al sujeto.

Este sujeto, en cuanto persona, está inserto en una red de coordenadas, cuyo orden y valor no dependen de la sola razón ni de las exigencias del mundo. Una visión humana sitúa al sujeto que sufre y espera en el centro de la vida. A partir de ahí es ya cuestión de una promesa que se ha de cumplir, de un sufrimiento que se ha de suavizar, del fracaso o del logro de una realización de sí mismo. En definitiva, los valores que están en juego son el crecer y madurar en el camino interior: comportarse de manera altruista es acompañar al otro en su camino interior.

Esta actitud y este comportamiento varían y se concretan de diferentes modos, según el grado de

evolución humana. Igualmente, la percepción trinitaria del ser viviente se corresponde con las diferentes necesidades fundamentales del niño, del adulto o de la persona ya avanzada en madurez. Cada grado representa esperanzas y necesidades distintas.

El niño vive a un nivel premental. Todavía está, aunque de otro modo, inserto en el Ser, y en tanto que su sentido de la vida no se perturbe, su confianza en ella es natural, su creencia en un orden conforme a sus deseos y a su sentimiento de protección es incondicional. Los padres cumplen su deber de dedicación al niño cuando su actitud responde a lo que él esencialmente espera. Se pierde el contacto con el Ser cuando –por no citar sino la actitud pernicioso más frecuente– una excesiva severidad destruye el sentimiento natural de confianza del niño en las fuerzas protectoras de la Vida. O también cuando el esquema educativo no concede ninguna comprensión a la individualidad propia del niño, impidiéndole una evolución conforme con su Ser esencial. El nexo también se pierde cuando, decepcionado en su necesidad fundamental de protección, al pequeño hombre se le arroja y remite a sí mismo. Ante un mundo de hielo, ese niño recurre entonces a modos de adaptación y a mecanismos de defensa que le permiten acomodarse mal que bien a las circunstancias, pero que reprimen todos los impulsos espontáneos de su Ser esencial. En la mayor parte de los casos, estos modos artificiales de adaptación se arraigan en un sentimiento de incertidumbre y de inseguridad originado por una mala actitud afectiva de los padres, y por el sentimiento del niño que responde a la circunstancia. Las NEUROSIS que ponen de manifiesto el miedo a la vida, los sentimientos de culpabilidad y las dificultades de comunicación, tie-

nen su origen en experiencias de un sentimiento de oposición a fuerzas contrarias, vividas en la primera infancia. Cuando, a la inversa, uno se encuentra con alguien a quien ninguna circunstancia puede quebrantar y cuya confianza en la vida resiste a toda injusticia, que soporta la soledad sin sentir la sensación de angustia y abandono, es que en su infancia este hombre pudo satisfacer sus necesidades primordiales... o que, en la madurez, ha descubierto de nuevo las raíces perdidas del Ser.

Las carencias parentales o, más tarde, ciertas experiencias brutales, no son las únicas causas que alejan del Ser. La evolución natural comprende en sí un factor de peligro en relación con la unión original con el Ser. El desarrollo de la conciencia racional implica, de hecho, una evolución en la que el hombre ha de apoyarse en sí mismo frente a un mundo independiente de él, del que se siente dueño o siervo. El yo forma parte de la naturaleza humana y, cualquiera que fuere el vínculo original con la vida sobrenatural, es necesario para llegar a una plena conciencia de sí, indispensable también para una necesaria seguridad el afirmarse y hacer frente a la vida con lo que se tiene, se sabe y se puede. Por eso el altruismo comprende también el ayudar al niño que se hace mayor a ser activo y eficaz, a estar preparado para relacionarse y participar en la comunidad, para su realización y para su propia afirmación. El desarrollo del yo depende especialmente de los diferentes factores altruistas. El desánimo le frena tanto como la desidia. El altruismo supone aquí una confianza que anime, el despertar amistoso del dinamismo, y la posibilidad de ir evolucionando por medio del afrontamiento progresivo de obstáculos apropiados. La pedagogía es el arte de los afrontamientos provechosos.

El factor decisivo del que depende un logrado desarrollo del yo es el *sí* a la vida que sostiene la fuerza y la resistencia vitales.

La fuerza-raíz de toda existencia humana, el divino *élan vital* que todo lo que vive lleva en sí y que le conduce hasta el fin de su destino, se expresa en el hombre por ese *sí* espontáneo e inconsciente a la vida. Pero sólo puede ser sano y creador cuando es aceptación consciente de la existencia. Se pone en duda este *sí* natural del hombre sano cuando las fuerzas que sostienen su infancia han contrariado la realización de sus deseos primordiales. La espontaneidad de ese *sí* a la vida está en peligro cuando el niño no ha sido bien acogido, o cuando ha vivido condiciones traumatizantes en las que se haya sentido mal aceptado, mal inserto, herido o rechazado, o si ha tenido una impresión desalentadora de incomprensión, de falta de amor, que le haya arrojado a sí mismo. Un clima saludable es aquél en que, desde la infancia, el hombre siente que se le toma en serio, que es comprendido y aceptado en todo encuentro con el otro, cualquiera que sea su función. Una acogida positiva de la vida, así como una conciencia de sí saludable, dependen siempre de la aceptación o rechazo con que se es acogido en el mundo. El prójimo es corresponsable de esta conciencia de sí.

Esta conciencia tiene tres raíces que se corresponden con la trinidad del SER presente en nosotros por el Ser esencial. En otros términos, podemos decir que la trinidad del SER se manifiesta bajo tres aspectos de la conciencia de sí: la conciencia de la fuerza, la del valor y la del *nosotros*, de la comunidad.

Cuando al hombre le ha sido posible guardar en la infancia su vínculo original con el Ser, conserva constantemente el sentimiento de su propia fuerza, es decir, esa confianza en sí mismo y en la vida, de la que no le despoja ninguna amenaza del mundo. Del mismo modo que, si ha podido desarrollar libremente su individualidad, el sentimiento de su propio valer no dependerá de la apreciación de los otros, ni lo destruirá el desdén con que eventualmente sea tratado. El tercer aspecto, la permanente conciencia de un vínculo esencial con el Todo y con los otros seres, le acompañará en cuantas condiciones, en la vida, le condenen a la soledad. Conservará siempre un sentimiento de contacto fundamental. De ahí que la conciencia de sí que le hace al hombre independiente del mundo por el Ser esencial dependa también de un comportamiento altruista justo por parte de las personalidades clave, como son los padres, y de la manera en que el niño haya podido conservar intacto su enraizamiento en el Ser.

El crecer, desde la infancia a la edad adulta, lleva consigo el que, con la formación del yo, se produzca un debilitamiento del nexos con el Ser esencial, por ser Éste independiente del mundo.

Es necesario que ese yo se haga capaz de afirmarse, en teoría y en la práctica, en un universo al que cada vez está más sujeto. Esta partida será más difícil de jugar si, desde la infancia, este hombre ha perdido ya su contacto original con el Ser. A este nivel, un comportamiento altruista consiste en ayudarle a responder a los tres deseos fundamentales de la vida, tal como se expresa en el yo profano. Consiste, pues, en ayudar al otro a garantizar su seguridad, a dar un sentido a su vida, a integrarse por su trabajo en el servicio a la comunidad, y a crearse

contactos. Estas fórmulas abstractas exigen en cada caso individual un modo diferente de realización. No obstante, cada función, cada situación, ofrece la posibilidad de cumplir, con respecto al prójimo, una labor altruista. Basta con tenerlo presente en el ánimo. Pero este deber de humanidad no agota, ni con mucho, las oportunidades y deberes para con el otro.

El hombre no es idéntico a su yo profano y no será en verdad del todo sí-mismo sino en la ligazón consciente con su Ser esencial. La verdadera labor de ayuda al otro sólo se puede llevar a cabo bajo el signo del Ser sobrenatural. Hay, por lo tanto, que distinguir entre una responsabilidad con respecto al yo, dependiente del destino y de sus necesidades, y otra con respecto a lo que requiere el Ser esencial, velado o reprimido, del prójimo. De lo que se trata es de acompañarle en el camino de su madurez.

No hay ninguna relación, ni en la familia, ni en el mundo exterior o profesional, que no ofrezca la oportunidad de ser útil al otro en sus dificultades prácticas, pero también de ayudarle y acompañarle en el camino que le lleva a su Ser esencial. Pero ocurre que, preocupados como estamos por prestarle servicio en el plano material y social, corremos siempre el riesgo de descuidar este último aspecto. Se observa ya esto desde la infancia cuando los padres, absorbidos por sus deberes como tales, tienen tendencia a no ver la individualidad del niño sino como algo *raro*, o como un factor perturbador. Entonces, en favor de un sistema de educación estereotipado, descuidan con demasiada frecuencia su desarrollo espiritual conforme con su Ser. Se vuelve a dar esta situación malsana cuando, más tarde, la autoridad sólo tiene en cuenta el papel social, descuidando con

ello el factor decisivo para una evolución humana. Queda así sin satisfacer el secreto anhelo que expresa la más profunda necesidad del hombre, la de dar lugar a que su Ser esencial pueda desplegarse. La fraternidad en el Ser es lo único que permitirá que una verdadera empatía haga realidad su objetivo: ayudar al otro a franquear las barreras que nos encierran dolorosamente en una realidad sin salida. Nuestra época nos ofrece en este sentido una verdadera oportunidad y, en cierto modo, nos impone un nuevo deber.

El objetivo que hasta ahora se buscaba era el simple desarrollo de la personalidad. Se trata hoy de devenir una *persona*. La *personalidad hecha* se hace realidad cuando, no contento con vivir en la seguridad, se busca también prestar servicio a la sociedad. Se es esa personalidad cuando el hombre puede hacerse garante responsable de los valores reconocidos. Faltar a ese deber supone perder el honor. Aquí la libertad humana es la del espíritu, que exige el olvido de sí y el ser dueño de una naturaleza elemental dominada por el pequeño yo, en favor del servicio desinteresado a la comunidad. Esta forma de dedicación era hasta ahora el más alto valor, pues la tarea cumplida al servir por encima de todo a la sociedad estaba revestida del más profundo sentido humano. Ayudando a sostener y protegerlo todo, se asumía la responsabilidad del propio núcleo trascendente.

Al transformarse la sociedad en sistemas organizados donde, para subsistir, el hombre está obligado a disimular su humanidad hasta el punto de hacerla irreconocible, el servicio a la colectividad pierde su sentido metafísico. El mundo no es ya más que el campo de los sentidos o el de la eficacia práctica. Cada hombre queda reducido a su propia individua-

lidad. Pero éste es también el momento en que interviene el verdadero deber de altruismo. Tanto más cuanto que el despertar del hombre al Ser nace justamente allí donde el mundo Le niega. Un rasgo particular de nuestro tiempo es que el hombre se interioriza en la misma proporción en que, rechazado por las fuerzas del mundo, él se opone a las barreras que le impone su conciencia profana y se deja alcanzar por el SER. Una nueva alba parece levantarse en nuestros días e iluminar con una luz radiante un paisaje bañado hasta ahora con una claridad lunar. Comienza aquí la verdadera tarea para el espíritu altruista, que es la de ayudar al otro a descubrir en sí mismo el reino de la vida espiritual y alzarse al nivel de humanidad que corresponde a la persona, es decir, a un sujeto transparente al SER y capaz de manifestarle en este mundo en la fuerza de su vitalidad, en la irradiación de su forma inalterada, y en el bien obrar.

### **El sentimiento altruista del médico**

Toda terapia es reflejo de cierta visión del ser humano y de su destino en este mundo. Un cambio en el modo de concebir este aspecto modifica el sentido de la terapia y, por supuesto, la noción de salud. Esto se observa en la posición que se ha adoptado ante la crisis de la medicina occidental actual. Por una parte, la racionalización de la vida –y también de la medicina– llega en la actualidad al paroxismo y, por otra, empieza a aflorar una reacción, también en la consulta médica, contra la despersonalización de la vida y del hombre en cuanto sujeto. El arte de curar se sitúa, por tanto, ante una nueva tarea.

El proceso de racionalización de la vida y de la medicina no ha llegado todavía a su término. Los métodos médico-científicos se desarrollan y refinan. Continuamente se llega a nuevos y sensacionales resultados. A pesar de ello, el encuentro médico-paciente va siendo cada vez menos una relación de hombre a hombre. En lugar de una relación personal, lo que se da, en una medida cada vez más alarmante, son relaciones neutras entre organizaciones desencarnadas: equipos de especialistas y de científicos, sindicatos médicos frente a agrupaciones de pacientes y seguros de orden jurídico, indiferentes para con el individuo. El funcionamiento de la *salud organizada* está siendo en nuestros días un sistema ajeno a la persona humana, lo mismo que lo son aquellos que rigen la vida social, desde la circulación a la economía y la industria. En esta situación, la palabra *salud* no supone otra cosa que no sea una eficacia sobre la que apoyarse, aptitud que permite al hombre responder a las exigencias impersonales de un mundo pragmáticamente programado.

Frente a una sociedad inhumana, gestionada según principios puramente racionales, y que considera al hombre como un objeto, sucede que un buen día éste despierta a su estado de sujeto. El hombre reflexiona sobre su situación de hombre, y el hombre en la de persona que quiere ser considerada como tal. La práctica médica actual inicia ahora un cambio hacia la medicina de la persona.

Cuando la visión está dominada por la razón y la conciencia orientada hacia el mundo, el hombre se le presenta como una cosa, y, por consiguiente, se le trata como tal. Para la medicina convencional, la enfermedad es algo somático, por lo que hay que observar los trastornos físicos a una distancia científi-

ca, tratarlos impersonalmente, como casos, pues el objetivo es que el paciente recupere la capacidad de *funcionar* de nuevo, lo más rápidamente posible, y sin complicaciones.

No cabe duda de que el hombre forma también parte del universo y que, llegado el caso, debe ser considerado en función de ese mundo. Sin embargo, en su ser integral, es un *algo* distinto, y más que un fragmento de universo, o una pieza aislada que haya que reparar. El hombre es un sujeto personal, y lo que, en él, se puede racionalmente tomar y cuidar no constituye sino uno de los elementos de su totalidad. En realidad, si se quiere comprenderle y acercarse a él correctamente, incluso lo que en él es racionalmente comprensible habrá que tomarlo desde su aspecto personal.

El sistema de coordenadas en el que el hombre vive como sujeto individual no es el *mundo*, sometido a las leyes causales, y determinado por lo espacio-temporal. Ante el mundo exterior del objeto está su vis-a-vis interior de sujeto, y lo vive en tres planos. El plano inferior concierne a su naturaleza física, que, desde que nace hasta que muere, está sometida a leyes biológicas. El segundo es el de su yo natural. Lo que para él cuenta es el sufrir y el librarse del sufrir; la promesa y la realización de su propio yo. En su espacio personal y su tiempo interior, tanto la pena como la alegría, el éxito o el fracaso, su crecimiento humano se produce en el *cuerpo de destino* de su yo. En busca siempre de una vida sin dolor, asegurada y dichosa, este hombre lucha contra la destrucción, la desesperación, la soledad y la muerte. Este yo es dependiente de un *otro*, de una relación comprensiva, amistosa y asistida del *tú*. A nivel médico, lo que pide es un

examen minucioso y benévolo de sus problemas. En el tercer nivel, el hombre trasciende el mundo natural de su cuerpo, y también el de su yo profano en favor de otra tarea. Desde su nexo con la vida sobrenatural, lo que busca es el pleno desarrollo de su Ser esencial. Esto sitúa al médico ante una obligación totalmente diferente.

En nuestros días, el médico ha de reconocer que la *persona en devenir* no solamente sufre en su yo natural, donde no están únicamente implicados su trabajo en el mundo al servicio de la colectividad y la forma en que lo lleva a cabo. Su más profunda aflicción le viene de la insatisfacción de su Ser esencial, que quisiera manifestarse a pesar de los obstáculos, aunque haya de ser en condiciones difíciles o dolorosas. Este Ser no busca simplemente una comprensión afectiva: pide también una llamada, una dirección, un acompañamiento en el camino interior, y se lo pide igualmente al médico.

La finalidad del hombre en cuanto persona se cumple en una transformación sin fin, que del estado de sujeto en el que vive como *subjectum mundi* le lleva al de *subjectum Dei*. Llegar a hacer realidad este destino es su ley personal fundamental. Para poder hablar de una medicina del hombre, es preciso que el paciente sea tratado, no únicamente como un caso, sino en un espíritu de compasión humana. Por lo tanto, el médico habrá de estudiar cuidadosamente las molestias que afligen al yo profano, pero también ha de considerar al enfermo desde la perspectiva de esta ley personal fundamental y, en el marco de su capacitación médica, acompañarle asimismo en la vía de la persona.

Si bien hasta aquí la noción de bienestar no competía sino a la posibilidad humana de triunfar en este

mundo, eficazmente y sin sufrir, la medicina de la persona extiende su concepción de salud a la totalidad del hombre. Esta nueva noción de *salud total* expresa un estado de espíritu en que el hombre, conforme a la exigencia de su Ser esencial, no deja ya nunca la vía que, por una constante metamorfosis, le lleva al estado de *subjectum Dei*. Ya no sólo estará *en orden* con respecto al mundo exterior, dirigido por sí y hacia sí, sino con respecto a Dios, orientado por Él y hacia Él. Siempre que se trate de la verdadera concepción del hombre en cuanto persona, así comprendido, la medicina que se ocupa de la persona humana es fundamentalmente religiosa, es decir, *ini-ciática*. Ello no significa que esté adherida a una religión o confesión determinadas. Tampoco quiere decir que haya que añadir al diagnóstico o a la terapia clásicas un método o práctica religiosa. Sea cual fuere la enfermedad que sufra el paciente, implica para el médico la necesidad de tener bien presente en su espíritu el núcleo sobrenatural de su enfermo y, dentro del marco de su capacitación médica, adaptar los cuidados prescritos a la ley personal fundamental del paciente.

La medicina de la persona es otra cosa que una psicología aplicada. Se puede dejar de lado al hombre en cuanto persona, tanto en un tratamiento biológico y fisiológico, como desde la psicología. Sucede así siempre que, al igual que el médico especialista, la psicología tenga como único fin el restablecer una actividad exterior normal y sin problemas. Todo tratamiento que no contemple sino las necesidades del yo profano y que sólo se enfoque a garantizar la seguridad de una existencia sin sufrir, desatiende el Ser esencial del hombre, faltando así a su verdadero deber. Existe hoy una medici-

na y una terapia que impiden que el hombre sane, ya que le impelen a una obligada *buena salud* <sup>35</sup>.

Toda enfermedad perturba o destruye el plan y el orden en los que se mueve el hombre en su yo natural. Pero, si bien es cierto que el sufrir perturba siempre el *subjectum mundi*, también es verdad que supone para el hombre una oportunidad de transformación en *subjectum Dei*. En la medida en que la enfermedad sobreviene bruscamente, alterando la vida de quien la sufre, en esa misma medida su yo natural se irrita. Por eso, desde su celo y su impaciente deseo de volver a estar lo más rápidamente posible en activo y liberado de su sufrimiento, el hombre obstaculiza la acción bienhechora de aquellas fuerzas que operan en lo secreto, haciéndose sordo a la voz de su Ser esencial. Su Ser no tratará nunca de eliminar los síntomas del desorden, sino que, por medio de ellos, intentará modificar al hombre en el sentido de su maduración, para hacerle progresar, todo él, en cuanto sujeto. Mantenerse en una actitud crispada en la afirmación de sí mismo y en la eficacia profana, no solamente es la fuente psicológica de la mayor parte de las enfermedades, sino que supone también un obstáculo para la verdadera curación. Por tanto, liberar al enfermo de esa tensión forma siempre parte del deber médico.

Para el médico consciente de que no debe conducirse con respecto a su paciente sólo como acompañante de su yo natural, sino que tiene presente su situación de *persona en devenir*, la enfermedad, sea cual fuere su naturaleza, comporta nuevas posibilidades y tareas. Las fuerzas naturales de su Ser esencial

---

<sup>35</sup> Véase H. Müller-Eckhardt, *Von der Krankheit nicht krank sein zu können*.

se despiertan precisamente cuando el paciente está al límite de sus recursos de entendimiento y de resistencia. Si sabe recibirlas, éstas iniciarán su trabajo de curación. Si el enfermo tiene el coraje de entregarse a ellas, puede entonces brotar de las tinieblas de la incomprensión y de la impotencia la fuente espiritual que le conducirá a la salud. La tarea del médico será ayudar al enfermo a conducirse valientemente, a mantenerse en calma y confiado, en lugar de oponerse a lo inexplicable o rebelarse contra sí. Sólo será apto para este cometido el facultativo que conozca por experiencia personal el inexplicable trabajo del espíritu. El médico de la persona no sólo aviva en el enfermo las fuerzas naturales y de la voluntad, sino que le ayuda también a abrir su corazón al fluir de las fuerzas de lo profundo que la razón no sabe ya explicar. Cuando éstas actúan, apaciguan la impaciencia, la tensión y el miedo del enfermo, de tal suerte que también se adelanta la curación física. Conocer el poder de esa fe confiada que sostiene y transforma al enfermo a pesar de su debilidad ante la enfermedad que le postra, forma parte del conocimiento esencial de la persona. Cuando el médico es capaz de hacer que se abra en el enfermo la fuente de la confianza salvadora y el impulso que le haga progresar en su camino interior, estará conduciendo al enfermo hacia una curación que va mucho más allá de una simple liberación del dolor y del restablecimiento de la actividad funcional.

Ahora bien, la medicina así entendida ¿no corre acaso el riesgo de sobrepasar los límites *médicos* que se imponen al facultativo? NO, en absoluto: es justo entonces cuando cumple plenamente su tarea, pues no quedan por ello excluidos ni sus conocimientos médicos y psicológicos, ni su experiencia, como

tampoco el saber clásico que haya adquirido. Al contrario, todos ellos están comprendidos en un compuesto más vasto de referencias que se corresponden con la totalidad del hombre. Subordinar el hacer médico a la ley personal fundamental del enfermo no crea una limitación sino una diferenciación y profundización de los métodos y procesos tradicionales de diagnóstico y tratamiento. La medicina somática, basada en las ciencias naturales, así como el psicoanálisis, obtendrán sus mejores resultados en la misma medida en que tengan en cuenta el pleno desarrollo del Ser esencial del sujeto personal. Liberar y desarrollar este Ser supone una tarea que engloba y sobrepasa todos los conocimientos adquiridos. Cuando realmente es la persona la que ocupa el primer lugar en la atención al enfermo y en el tratamiento prescrito, la medicina convencional puede alcanzar logros mayores, aunque no fuera más que superar la clásica separación de alma y cuerpo que le debemos al pensar racional. Visto desde el ángulo de la persona, **psyche** y **physis** no son dos realidades distintas, sino dos modalidades por las que, en tanto que sujeto, el hombre se exterioriza y se interioriza, se vive y se expresa.

El cuerpo viviente no es un cadáver animado. Es el modo en que, con sus gestos, sus movimientos, el hombre-sujeto vive y se expresa en todo lo que es. Tales gestos, habituales o eventuales pueden corresponder a la ley interior fundamental o serle contrarios, pueden abrir al sujeto o cerrarle a su Ser esencial. Pueden serle transparentes o velarlo y deformarlo. Aquel médico que, en su paciente, esté atento al sujeto, no observará sólo el órgano o la parte enferma de su cuerpo, sino ante todo su disposición general. Por ella ese hombre expresa la manera en que **es**

transparente a su Ser o prisionero del yo y de sus contingencias. Un facultativo competente reconoce en la disposición general del enfermo, en la relación entre tensión y distensión, y en la respiración si ese hombre está presente como un yo impaciente y ansioso, o anclado en su centro, rebosando serenidad y confianza, y en qué medida. En una actitud corporal mal centrada, en una tensión o relajación excesivas y sobre todo en una respiración plana, reconocerá el signo de una falta fundamental de confianza y de paz interior; por tanto, una alteración del Ser esencial. Se esforzará entonces, prioritariamente, por orientar al enfermo hacia una adecuada distensión y a una actitud justa, lo que le hará transparente al Ser, y liberará sus fuerzas de curación.

El médico no podrá tratar bien al paciente como sujeto y persona si él mismo no ha sometido su vida personal a esta ley. Será, además, necesario que considere su propio cuerpo como la expresión de su Ser de persona, que se ejercite continuamente en la actitud que requiere el ser capaz de ayudar, en todo tipo de enfermedad, a un paciente que no se halle en una actitud de distensión y de respiración justas.

Que la medicina actual ignore estas cosas pone de manifiesto una manera excesivamente material y racional de considerar el cuerpo. Ahora bien, la nueva tendencia del facultativo a la medicina de la persona, aquélla que presta una atención más altruista al enfermo que sufre por la excesiva importancia dada al yo profano, no significa en absoluto que se deba renunciar a una posición estrictamente médica. La terapia de la persona, en el sentido amplio del término, se apoya en tres puntos: objetividad con respecto al caso médico, empatía y compasión ante el

ser que sufre, y encauzamiento por la vía de la persona. Un médico competente dispone de

- a) Un vasto saber específico, que se obtiene en la enseñanza médica clásica, el cual testimonia por una postura objetiva inquebrantable de ecuanimidad y distancia con respecto al enfermo. Esta actitud se exagera cuando se considera al enfermo como un simple caso, olvidando que es un sujeto humano.
- b) Un corazón cálido y compasivo, y un acercamiento humano comprensivo hacia aquél que sufre en el destino de su yo. Sin embargo, cuando es sólo esta consideración la que se suma a la actitud objetiva, la ayuda del médico va únicamente dirigida al yo natural y al *cuerpo de destino* del enfermo.
- c) Una profunda comprensión y el respeto a la vida interior conforme a la ley fundamental, que es el deber personal confiado al hombre. El comportamiento general para con el enfermo tenderá sobre todo a hacerle evolucionar en su madurez interior. Siempre que vaya acompañado de un sentimiento de confianza humana, contribuirá a crear la distancia que precisa el apoyo y la auténtica dirección en el camino que conduce a la realización de la persona.

## **El prójimo en la psicoterapia**

Así como ocurre en la medicina en general, se produce ahora en psicoterapia un *virar hacia la persona*, y de ser *objeto* el paciente pasa a ser un *tú* al que el terapeuta se dirige de modo personal sin tra-

tarle ya como sólo un caso. Entra así en juego el factor humano. No obstante, permanece la necesidad de mantener una distancia objetiva. El problema es que, aunque manteniendo la reserva y la adecuada distancia frente al paciente, el terapeuta debe mostrarle la suficiente simpatía y calor humanos. El conflicto que se plantea es tanto mayor cuanto que su saber y su deber profesionales no autorizan una proximidad que pudiera turbar su capacidad de juicio objetivo y que supusiera, además, el peligro de una implicación personal recíproca. Por otra parte, desde el momento en que se dedica seriamente a su paciente, no puede reprimir un sentimiento de compasión altruista. Mantener una actitud distante es tanto más difícil cuanto que, afectado por la aflicción de su paciente, el terapeuta no sólo se siente involuntariamente llevado a considerarle y tratarle *lege artis*, sino también a situarse humanamente a su lado para ayudarle a soportar su destino. Es una prueba difícil cuya problemática sintió dolorosamente Hans Trüb al separarse —envuelto en una trágica atmósfera— de C. G. Jung.

Sobre este tema nos dejó una obra, *Heilung aus der Begegnung* (Curación por el encuentro, Klett Verlag, 1951), en que, refiriéndose a su propia experiencia como psicoterapeuta, describe los límites de la posición objetiva y preconiza una actitud terapéutica basada en el respeto al otro como persona. Sólo es posible adherirse a ella, en teoría y en la práctica, si el psicoterapeuta, comprometiéndose él mismo en cuanto persona, subordina todo plan de tratamiento científicamente fundado a la realidad personal y a la verdad individual de su *compañero*.

En la situación terapéutica frente a la persona de su paciente, la exigencia a la que debe someterse el tera-

peuta es la de una ayuda personal ofrecida por un prójimo compasivo, y no la de un investigador científicamente interesado. Cuando se hace totalmente realidad esta atención a la persona, tiene como resultado una modificación de la actitud GENERAL, que afecta tanto a la visión que se tiene del otro como al acercamiento y posición con respecto a él.

La descripción dada por Paul Christian en su libro *Betreffen und Begegnen* (Observar y encontrar) sobre esta situación terapéutica es particularmente chocante. Son posibles dos formas de relación. *Observar* es situar al otro en un mundo objetivo coherente y explicable. *Encontrar* es diferente a todo tipo de observación. El encuentro de la persona se hace realidad en una participación inmediata en la existencia del otro, en sus actos; es un *estar con*, que se vive en una comprensión y entendimiento recíprocos.

El problema de la psicoterapia evoluciona sólo desde un punto de vista superficial cuando se lleva a cabo en la oposición entre un simple reconocimiento objetivo y el compromiso de solidaridad humana con un *compañero*. En realidad, es una antinomia entre un pragmatismo que determina el altruismo natural, y una forma de *Agapé* que sobrepasa las dos actitudes, la *natural* y la otra. En tanto que la problemática se sitúe en un terreno de oposición entre un comportamiento *fríamente* científico y una *cálida* relación con el otro, no es posible una orientación hacia la persona. Se continúa evolucionando en el sistema de referencias prepersonal del yo *natural*, en el que está presente únicamente la oposición entre un universo objetivamente comprensible y una interioridad subjetiva.

Este sistema de referencias está también en el origen de una concepción que no es ya hoy sostenible.

Según esta concepción, el modo de conocimiento sobre el que se fundamentan las ciencias naturales y el dominio técnico del mundo y que le ha permitido sus mayores triunfos tendría que ser también válido para el conocimiento y la conducta de los hombres. Una opinión asimismo insostenible mantiene que una relación humana altruista perjudica la claridad del discernimiento, pues se sitúa en el campo de las contingencias de alegría y sufrimiento, de vínculo o separación, del destino humano. Ciertamente que el altruismo, el sentido de humanidad, se desarrollan en el campo vital del sujeto, y que pueden reducir la capacidad de conocimiento objetivo. Llevan también consigo un riesgo de implicación personal. Estos dos modos de pensar no son sino prejuicios, y su asociación es el juicio de gentes encerradas en una visión natural, que no conocen aún la experiencia de la trascendencia. Es una manera de ver que hay que superar.

La vía que hoy nos lleva a trascender esta visión prepersonal obliga a poner seriamente en duda la idea de que la realidad objetiva en el sentido científico del término, válido en el terreno restringido de la medicina (donde sus resultados no son siempre beneficiosos), puede aplicarse al hombre en su Ser esencial y en tanto que persona. “*Considerar al ser humano únicamente bajo un punto de vista científico es, en cierto sentido, atrofiarle sistemáticamente*” (Christian). Por otra parte, es necesario renunciar también a la idea de que la única forma posible de relación personal es la participación afectiva en el destino del otro. Aunque esto nos parezca chocante, nuestro autor tiene razón cuando nos hace notar que un encuentro personal no tiene nada que ver con los diferentes modos de relación que nos influyen en el plano afectivo o emocio-

nal. *“De igual modo, en las situaciones psico-analíticas, los fenómenos de transferencias y contra-transferencias se sitúan también en el nivel emocional del encuentro recíproco, y no en el de la persona”*. La relación personal, aquella que busca al otro en el camino de sí mismo, no se basa en una asociación de destinos terrenales, sino en una PERTENENCIA SUPRA-PERSONAL A LA VIDA SOBRENATURAL. Partiendo de ahí, la relación adquiere su verdadero sentido con respecto a un Ser esencial, alterado sin duda, pero que se nos confía a fin de poderlo articular en una presencia fraterna, que fielmente nos acompaña en la aflicción que el mundo nos produce.

No es ya posible aceptar una visión del hombre, física o psíquica, que haga de él algo objetivamente comprensible cuando se trata de acercarse al hombre en tanto que persona. No podemos ya situarlo como un simple participante, anónimo y extraño, en funciones biológicas, afectivas, intelectuales o sociales. Este hombre viene a nuestro encuentro como alguien determinado, como ese sujeto personal al que se ha de tomar y considerar como tal. El pide de nosotros una respuesta y el liberar su vida desde su Ser esencial. En vez de observar desde un yo profano a otro yo profano (terapeuta y paciente), se crea un encuentro de persona a persona. Y sean cuales fueren los trastornos que sufra, esta persona ha de ser reconocida y tratada, en una relación esencial, como una persona. A condición, naturalmente, de que el psicoterapeuta esté en el CAMINO. Cualquiera que sea el asunto que afecte al paciente, en cuanto que persona en el camino, es importante.

Sólo se puede ver al otro como persona con un mirar personal. Esta visión no se da sino en la unión con lo profundo del Ser, que quiere manifestarse. Ese

mirar expresa el impulso humano a realizarse a sí mismo, uniéndonos fraternalmente en el SER. Por este nexo, y por primera vez, ya no existe ni oposición, ni contradicción, entre el conocimiento objetivo y la ayuda afectiva. Son las dos caras de una relación abierta a la luz del Ser. Reconocer al otro es a la vez fusión con él, es el instrumento por el que él se abre no sólo a aquél que le dirige, sino también a sí mismo, a un nuevo conocimiento de sí. La vida, toda ella, y la propia situación terapéutica, se modifican fundamentalmente cuando, en lugar de vivirlas a la luz de la conciencia racional del yo todavía enredado en su universo, son recibidas por un sujeto cuya visión trasciende a la del yo y que, más allá de su situación de *siendo* ha hecho realidad su eclosión en el SER.

Una actitud de participación altruista con respecto al otro que ponga en duda el despertar de su verdad esencial porque el mirar del terapeuta esté aún oscurecido por la frialdad objetiva o por un impulso afectivo, revela que en el psicoterapeuta la relación no ha alcanzado todavía una profundidad trascendente, siendo aún su naturaleza puramente secular. Una relación así deja forzosamente de lado la realidad suprapersonal del otro y también, por lo tanto, sus anhelos en cuanto persona, que, como tal, tenderá siempre a liberarse de su yo profano para dejar que despunte el Ser<sup>36</sup>. En tanto que lo primero que el psicoterapeuta vea en el otro sea su *cuerpo de destino* que sufre, seguirá sin percibirlo en su Ser esencial. Y cuando llegue a estar presente, no ya sólo desde su yo profano, sino desde su Ser esencial, cuando su mirar interior se dirija al centro metafísico de su paciente, tratando de

---

<sup>36</sup> Véase K. Dürckheim, **Experiencia y transformación**, Ed. Sirio.

que se integre en su *cuerpo de destino*, volverá a aparecer el peligro de implicación recíproca. Con tanta mayor nitidez cuanto que entra en acción el proceso de curación. Cuando la individualidad del Ser sobrenatural toma forma en el espacio y el tiempo, rompe el dominio del yo que el mundo hace sufrir y que, lejos de su verdadera libertad, alterna entre una fría distancia y las complicaciones afectivas.

Esta tensión infructuosa entre un conocimiento objetivo y un vínculo personal se resuelve cuando el psicoterapeuta está suficientemente liberado de los bloqueos y apegos de su yo profano, de tal suerte que la relación humana con su *paciente* pueda arraigarse en una realidad distinta a la del yo natural, con sus múltiples fijaciones objetivas, y trascenderlas.

La modificación que hay que hacer, en la terapia de la persona, a la noción de *reconocimiento y vínculo* concierne al conocimiento objetivo que desemboca en un sistema de conceptos racionales, y al reconocimiento esencial a lo que es reconocido, que nace de una relación apoyada en el Ser, relación que a la vez libera al terapeuta frente a sí mismo. Esta rectificación en la noción del vínculo humano se hace en el sentido de una relación que libera y cura, y precisamente porque saca a la luz la verdad del Ser esencial. En realidad no se arraiga ni en el nivel de las contingencias espacio-temporales, que acarrearán una reserva fría e impersonal, ni en el de los contenidos afectivos, sino en el nivel de la profundidad personal del Ser esencial. Esta actitud general apartará de la conciencia, desde el primer momento, los obstáculos que crea el esquema sujeto-objeto, y que en ella son dominantes. Sin duda que, en tanto que la terapia se dirija sólo a restablecer un orden funcional, raramente se podrá modificar este esquema. Pero, en cuanto la finalidad sea otra que la

clásica disolución de complejos y de viejos mecanismos, se hace necesario trascender esta forma de conciencia en la que sólo rige el yo apegado a lo racional. Entonces se hace ya posible una terapia que no busque únicamente restablecer la adaptación al mundo, y con ella la capacidad de disfrutar de la vida, del trabajo y del amor. Cuando el tratamiento adquiere un sentido espiritual, nacido de la experiencia del Ser, sometido a su ley y a su imagen, vividas íntimamente en una conciencia responsable, con la radiación del altruismo nace la fuerza que esclarece y cura. El mirar del terapeuta percibirá entonces, a través del *cuero de destino* y de sus perturbaciones, la forma hacia la que tiende el Ser esencial, que es a la vez luz y curación. Lo que ahora importa es que esta forma sea percibida no al exterior, sino en el interior de su realidad histórica, es decir, como un ordenamiento conforme al Ser esencial del propio *cuero de destino*, que se hace transparente al SER en el espacio del destino humano. En el resplandor de la luz verdadera, el otro se manifiesta en la verdad de su Ser, a través del velo de las circunstancias espacio-temporales. La luz del Ser penetra el centro espiritual del paciente para disolver en su *cuero de destino* los bloqueos que se oponen al Ser, y liberar así la fuerza creadora de su forma esencial individual. Esta luz encierra en sí una fuerza de creación y de liberación: de liberación que va al Ser esencial del otro de tal manera que, quizás por vez primera, éste despierte y recobre vida, o, dicho de otro modo, se *deshiele*. Quedan fundidos los adiestramientos y sus obligaciones, y también los comportamientos artificiales. El rayo de luz que ha alcanzado al paciente brilla en él con su propia luz, y comienza el trabajo interior de transformación creadora. Cuando se agrieta el suelo helado, comienza a germinar aquello que estaba dormido.



## VEJEZ Y MADUREZ

*Mantenerse siempre joven – no tener nunca que envejecer.* Éste es naturalmente el deseo, bien comprensible, de la mayoría de la gente. Sin embargo, las consecuencias de esta angustia ante la vejez pueden llegar a ser nefastas y privar al hombre del coronamiento de su vida. Para ganarlo es, sin duda, preciso obedecer las leyes de la vida, y el envejecer es una de ellas. Ahora bien, este sí a la vejez sólo es posible en la medida en que el hombre haya arraigado su vida en una realidad que está más allá de la oposición entre juventud y vejez. El sí a envejecer se convierte entonces en una *prueba mediante el ejemplo*, en un testimonio de la transparencia que se expresa en el devenir y el desaparecer. Aquél que no lo ha comprendido así se sorprende y pregunta cómo es que la vejez puede ser realización de la vida. ¿No supone acaso ese triste momento en que las fuerzas decaen, y cuyo final fatal es la muerte? Eso significa no saber que, en nuestra vida, el sentido de toda sombra es la luz que ella oculta, pues la vejez encie-

rra en sí un sentido secreto que, cuando se descubre, cambia el tan temido acercamiento de la muerte en un sublime momento de la vida, aquél en el que se alcanza la plena madurez. Como en todo lo que vive, el ser humano no se realiza sino en el fruto de esta madurez. El sentido y el fin de la última fase de la vida son una humanidad madura. Rechazar el envejecer es faltar a este fin. ¿Cuál es este sentido?

¿Cuáles son los padecimientos ligados a la edad? Se necesita haber reflexionado maduramente en ello para tomarse el derecho a mencionar aquello que permite superarlos. Tres cosas nos amenazan durante el envejecimiento. La primera es la **disminución** de las fuerzas físicas e intelectuales, la enfermedad, las dolencias y, al final, inevitablemente, la muerte. La segunda es el hecho de que la vida **pierde su sentido**. Cuántas veces escuchamos de boca de un anciano que su vida no tiene ya ningún sentido. ¿Por qué? Porque en adelante no puede ya hacer nada válido, nada que sea útil. Y el tercer padecimiento, el más temido, es la **soledad** con que los mayores se sienten amenazados.

Haber vivido en un espíritu iniciático protege en buena medida contra estos tres tormentos, que no alcanzarán sino superficialmente al ser de persona y para hacer frente a los cuales se dispondrá incluso de otros medios de defensa, que el anciano reduce a reacciones elementales. El anciano trata de negar el mayor tiempo posible los signos de la edad e intenta prevenir los riesgos de **miserias materiales** por medio de seguros de todo tipo. Resistirá lo más que pueda contra el **vacío de sentido** de su vida y justificará su existencia con pequeños trabajos, o con *distracciones intelectuales*. Contra la **soledad**, en caso de abandono de su familia, se defenderá acudiendo

a círculos o residencias apropiadas. Aun siendo muy natural, y hasta cierto límite justificado, todo eso es desconocer el sentido de la vejez. Una previsión material excesiva, una razón de vivir basada sólo en la eficacia y en la huida social ante la edad, son un modo de evitar el encuentro consigo mismo. Es verdad que en nuestros días la vejez parece ser sólo una creciente sombra, y que la luz está a punto de extinguirse. Que se eleva en el horizonte de la vida una más vasta constelación, que la noche que abraza la vida declinante anuncia un nuevo día, sólo lo sabe aquél que ha vivido su vida en un sentido iniciático. Este hombre sabe también que el debilitamiento de las fuerzas externas favorece la eclosión y el crecimiento de fuerzas internas sobrenaturales, que son el pleno desarrollo de toda vida humana. Estar en contacto con la Gran VIDA, perceptible en nosotros, es también saber que sobrepasa nuestra vida terrenal y que ésta comprende también la muerte. Cuando la muerte se convierte en un fantasma amenazante y cuando se niega y rechaza por todos los medios cuanto evoca su llegada, queda de manifiesto que ese hombre no ha encontrado aún el vínculo real con la Gran Vida. No son tanto las dolencias de la edad lo que atormenta al anciano cuanto su actitud contraria a la vida, el rechazo a envejecer que se opone a la transformación que va ligada a ese momento del vivir. Su destino es bien distinto cuando logra dejar lo que está destinado a desaparecer y, en vez de agarrarse al pasado, acepta con un corazón creyente su nuevo devenir. Todos nosotros hemos conocido ancianos tullidos con todos los males de la edad pero que, sin embargo, pareciera que en verdad no sufren. Parecen ser dichosos a pesar de sus miserias. La muerte que está ya a su lado parece ser

una vieja amiga a la que de grado le dan su confianza. Que sea así es raro. Se ve con mucha más frecuencia a toda una familia soportar el peso de una persona vieja, que se mantiene inmadura, obstinadamente aferrada a su posición y a su poder y rehusando el soltar presa. Con sus exigencias puede llegar a tiranizar a toda la casa, envenenar la atmósfera, rechazar amistosas tentativas de acercamiento. Este anciano no sólo es un peso para los de su entorno, que, secretamente, desean su muerte, sino que sobre todo es un fardo para sí mismo.

El endurecimiento, la amargura, una actitud cerrada, todos los defectos de la vejez, son el signo de no haber alcanzado la madurez. Un desesperado apego al pasado impide la evolución hacia el devenir.

Sólo puede madurar aquél que, continuamente, se desprende del pasado, superando un yo que se aferra a él, aquél que escucha en sí mismo su más íntima voz interior y que, mediante una constante transformación, hace realidad la unidad con su Ser profundo. “*El SER de Dios es nuestro devenir*”, dice el maestro Eckhardt. Dios se revela al hombre gracias a una continua evolución, y en cuanto *hombres en devenir* vamos haciéndonos conformes a nuestra vocación: ser, a nuestro propio modo, testigos del SER divino, en el que participamos por nuestro Ser esencial.

El hombre alcanza la finalidad real de su vida si hasta su final va creciendo y madurando. Quedarse inmóvil y apegado a lo que ya es, al pasado, y en particular a ciertos modos de concebir la vida que en otros tiempos le dieron un sentido, es cerrarse a lo que, en lo más profundo de sí, quisiera salir a la luz. Endurecido contra los anhelos de su propio corazón, el hombre cae irremediabilmente en la angustia, y la

vida se termina en una amargura sin esperanza. Ahora bien, si el hombre de edad acepta el envejecer y, hasta el final, se mantiene presto a evolucionar, puede entonces descubrir que el declinar de sus fuerzas naturales va dejando más espacio a lo sobrenatural. Sentir también que, en el desapego y en el soltar de esta vida, otra, grandiosa, sale a la luz; y, si ese hombre sabe escuchar esa voz, se verá colmado de una vida totalmente nueva. Cuando el alma se libera de los bienes profanos, aparece una riqueza y una fuerza nuevas, que no son de este mundo. Se trata de una fuerza totalmente independiente de la fragilidad y de la soledad de la edad. Es un apoyo y un refugio. Los del entorno observan a veces con asombro la sorprendente forma en que el anciano cambia y se ilumina. En lugar de amargarse, de enecerse y de ser un peso, para sí mismo y para los otros, se hace alegre, distendido, benévolo. ¿Qué expresa este cambio? Que, merced a las fuerzas de su Ser sobrenatural, este anciano ha sometido y transformado su naturaleza profana, naturalmente afligida por la destrucción de su pequeña vida. Este Ser se manifiesta ahora para su mayor bien y el de los suyos. Según lo muestra este testimonio del Ser divino que nos habita, la vejez cobra todo su sentido en la madurez humana, dando entonces su fruto más noble, ese que espontáneamente y sin esfuerzo se desprende de él, al igual que del árbol el fruto maduro. Este fruto es el del trabajo oculto de la vida interior. Toda la realidad de este mundo, en la medida en que el hombre la reconoce y hace suya, no es sino el prelude de una verdad más profunda, que no nos está ya sometida, sino a la que somos sujetos. Sin embargo, cuando nos declaramos sus servidores, nos hace señores del universo, pues nos ofrece el don de

fuerzas ante las que todas las dificultades de la vida natural se resuelven –además– por sí mismas.

Si, llegado al límite de su energía natural, el hombre acepta humildemente sus límites, nace en él una fuerza sobrenatural. Consciente de que una Vida más vasta le colma y le eleva a una nueva forma de existencia, y gracias a ello, adquiere incluso ante la muerte una gran serenidad. El anciano robusto, que no sin orgullo se jacta de todo lo que todavía puede hacer, no es buen modelo nuestro. Por el contrario, lo es aquél que acepta con respeto su debilidad y en quien, además, hace presencia aquella fuerza y armonía sobrenaturales que él vive en una paz radiante. En un caso así, hasta la muerte pierde su aguijón. Todo cuanto en este mundo es inexplicable cobra entonces, en un orden más profundo, un sentido apaciguador. A aquél que se mantiene en calma ante la muerte, y sólo a él, se manifiesta, ya en este mundo, una vida excelsa. Es así como se puede comprender el secreto de algunos ancianos, que en un sentido superior se mantienen jóvenes. Conservan su juventud porque, cuando les llega la hora, están dispuestos, sin crispación, a soltar y dejar lo que hasta entonces les ligaba a la existencia terrenal. Sin estar ya apegados a nada, se hacen transparentes a esta experiencia interior de la Gran Vida que así nos habla. Más allá del tiempo presente gozan ya del futuro, y las fuerzas de promesa les animan. La mirada elegíaca vuelta al pasado, la actitud sentimental del *te acuerdas de...* desaparecen, y con ello el secreto temblor ante la muerte ya cercana. Por el contrario, en sus ojos brilla una luz misteriosa que es la juventud de los eternos comienzos y que manifiesta el principio divino que, indiferente tanto al pasado como al futuro, regenera la vida constantemente.

Si la luz de la vejez en la madurez no nace de las fuerzas naturales, tampoco la sabiduría de la edad es resultado de un saber acumulado en el transcurso de una larga vida. La sabiduría y la energía de la edad madura no tienen nada que ver con el hecho de tener, de saber y de poder. Son, en una modalidad del Ser, la capacidad de aceptar y de soportar, así como la de renunciar. Cuanto más sabio es un anciano, menos le inquietan sus faltas de memoria. La sabiduría de una humanidad madura le hace fijar su mirada, más allá de los conceptos, sobre algo que no está a ellos sometido y que toca lo intocable. La sabiduría se expresa menos con palabras que en silencios insondables plenos de una comprensión sonriente.

Al igual que existe una fuerza y sabiduría que son propias de la edad, se dan también una bondad y benevolencia que vienen con ella y que no son de este mundo. Es una cálida irradiación ante la que la dureza se funde, los falsos juicios se reajustan y la unión se recrea en los corazones separados. Esta bondad manifiesta la presencia del SER en el Ser esencial de todo cuanto vive.

Del hombre de edad que hace realidad la finalidad de su vejez, emana una luz que ilumina también las edades precedentes de la vida, y que hace descubrir el secreto de todo lo que puede comportar de bienhechor una acción humana. No son ni la fuerza física ni la capacitación técnica, ni tampoco el empeño por la ambición. No basta una *buena voluntad*. El bien cumplido es el fruto de un vivo vínculo con el Ser que la conciencia percibe íntimamente, y que despliega su plenitud y extiende su amor dando luz a la acción desde el interior.

En cualquier lugar en que la vida esté todavía, o de nuevo, intacta, es transparente a una más elevada

forma de Vida. Es también así para el hombre que está todavía, o de nuevo, indemne. La limpidez, la transparencia a un Ser divino que tiende a manifestarse en el hombre y por el hombre, son la finalidad de todo crecimiento espiritual. En el hombre de edad, si se mantiene en estado de madurez, llega a ser el verdadero, y en definitiva el único fin de su existencia. Cuando logra esto, renuncia a la idea de que *tiene* que ser alguien *eficaz*. Cuando al anciano se le engaña sobre su estado y se le tienta con dejarle al precio que sea, con la ilusión de que es *útil*, en lugar de ayudarle, se le impide alcanzar el verdadero sentido de su vida. Tal actitud es humanamente comprensible pero, al dejar de lado lo esencial, pone de manifiesto una profunda incomprensión de la vida. El sentido de la vejez, así como su dignidad, no son ya el trabajo y la acción en el mundo, sino la transparencia al SER, de donde brota, con la fuerza, la sabiduría y la bondad sobrenaturales, la luz interior. **El fruto de la madurez humana es una benéfica irradiación** que, sin hacer, o más bien más allá del hacer y del no-hacer, emana de la persona. Cuanto mayor sea la madurez alcanzada a lo largo de la existencia, el destino particular, el trabajo o las pruebas, más claro se mostrará el verdadero sentido de la vejez, que se hará presente como una bienaventurada oportunidad y también como un deber por cumplir. El anciano puede, debe incluso, saber cuál es su última responsabilidad en la tierra: obrar, no con mucho hacer, sino con el simple hecho de existir, en el camino interior, a fin de liberar, ordenar, renovar.

Quando alguien pregunta qué es lo que, de hecho, tiene realmente importancia, ¿no se debería

responder simplemente: lo que, en el universo, llegue allí donde usted se halle; ya camine, esté de pie, acostado o sentado, que usted haga algo o no, eso no tiene importancia? Lo que cuenta es su vibración allí donde usted se encuentre: invisiblemente viva o muerta, clara o sombría, cálida o helada.

Es el aura que nos rodea y que difundimos en torno a nosotros, la serenidad que desprende nuestra presencia, aquello que de ella emana, lo que en suma deja presentir o que hemos faltado a nuestra elevada tarea o que, para mayor bien de los otros y de nosotros mismos, la hemos cumplido al haber alcanzado el estado de madurez humana, habiéndonos hecho transparentes a la fuerza de creación, de orden, y de serena calidez de la luz divina que es el núcleo mismo de nuestra vida.

Así como en una vidriera ricamente coloreada no es posible que brille la imagen que representa si el sol no pasa a través de ella, también en nosotros, los hombres, nuestro Ser más profundo no se hace visible sino en la medida en que nos hagamos transparentes a la claridad interior de la que todos vivimos, a la luz que reluce más allá de la muerte.



## ACOMPañAR A AQUÉL QUE VA A MORIR

La manera de morir depende de la manera en que se haya vivido. Los modos de morir son tan variados como los de vivir, y en la actitud con respecto a la muerte se refleja la que se haya tenido con respecto a la vida: es ahí donde se revela lo que se haya entendido por *vida*.

A los ojos de aquél para quien la existencia en el tiempo lo es todo, el sufrir no tiene sentido y la muerte es sólo su enemigo. Tiene miedo a morir. Pero cuando en la existencia terrenal se ha presentado ya la otra, la vida sobrenatural, la vida temporal es ya la prueba de la VIDA que está por encima de todos los tiempos, siendo entonces preparación a la muerte. Tanto es así que no se desarrolla totalmente en el hombre sino al apagarse su existencia terrenal. Es ya así durante la vida, y éste es el verdadero sentido del morir.

Cuando muere un creyente cristiano y es otro creyente el que le acompaña en ese tránsito, el com-

portamiento que ambos deben seguir está ya prescrito. Consolar, alentar, ayudar, forman naturalmente parte de la fe, que lo tiene en cuenta. Pero ¿qué sucede cuando muere un hombre que no tiene fe, bien porque ya no cree, o porque todavía no cree? Se puede ver entonces si la persona que le ayuda en esos momentos se contenta con hacer referencia a una religión o si, por su propia experiencia, su decisión o el grado de su evolución, se mantiene **en** la fe. En esa disposición y en esa misma medida le será posible hacer resonar en el que va a morir la voz de una realidad que afecta a toda la vida y más aún en el momento de la muerte. Se ofrece entonces la oportunidad de una ayuda espiritual que no es sólo función del sacerdote, sino que es un deber –religioso o secular– de comunión humana.

Acompañar fraternalmente al otro en su último viaje es la gran tarea que incumbe a quien ha encontrado una realidad que hace saltar los límites del yo natural. Es para ello preciso que haya aprendido a ver en ella la fuente de lo que da sentido a su propia vida.

Nuestro tiempo ha sido testigo de millones de hombres lanzados precipitadamente a la muerte y son muchos lo que han vivido algo de aquella realidad que está más allá de la vida y la muerte. Ellos tocaron, de súbito, lo que hasta entonces era un piadoso terreno de creencia. Tuvieron esa experiencia y han sobrevivido. Tomar en serio lo que ella aporta le hace entrar al hombre en la madurez, y sólo aquél que ha logrado esa madurez es quien puede acompañar a un moribundo, de una manera justa, hacia el espacio infinito que se abre tras la sombría puerta de la muerte.

El hombre es alguien maduro, en el verdadero sentido del término, cuando, merced a lo que él mismo ha vivido, la vida sobrenatural que supera el entendimiento es para él una realidad presente y reconocida. Tiene que ser transformado por ella, fundirse en ella, para poder ser autónomo con respecto al mundo. Desde esta madurez, él **sabe** que existe la Vida más allá de la muerte y que pasar por ésta es una condición necesaria. La muerte no es entonces enemiga: es la hermana que nos acompaña no sólo a pasar a mejor vida, sino también, si vivimos como hay que hacerlo, a lo largo de toda esta vida. Para acompañar al que muere, es preciso haber conocido la fraternidad de la muerte.

Para el occidental, la vida y la muerte están marcadas con el sello de la cruz. Ahora bien, aunque quiera creer en la resurrección que da sentido a la muerte, en tanto que no haya vivido la otra realidad, la imagen de la cruz y del crucifijo seguirán representando algo terrible. La muerte se muestra entonces exactamente tal como el yo natural la percibe y la teme. Es el final, es el terror. Tras ella nos espera el juicio y existe el infierno. Temer la muerte es, por tanto, algo muy natural. Y no será de otro modo sino cuando el hombre haya percibido aquí abajo la realidad de la Gran Vida, haya tomado en serio esa experiencia, y su memoria la haya conservado como una certidumbre y una promesa. Entonces morir deja de ser aterrador. Supone retornar a la patria que, de hecho, nunca se ha dejado. Un anciano misionero me decía que así es como lo siente el hombre japonés: al venir al mundo, sólo se pone un pie en tierra. Así, morir significa simplemente poner de nuevo ese pie en la orilla que, en lo secreto, nunca se ha dejado. La cuestión no es el saber cuán-

do **hay** que morir, sino cuándo uno **puede** morir. Esto explica la costumbre que tenían los antiguos maestros Zen: cuando sentían que su hora había llegado, invitaban a sus alumnos y amigos a una última ceremonia del té. Ante ellos se sumían en la gran paz de la meditación, que habían practicado a lo largo de toda su vida, donde su natural quedaba anonadado, pero esta vez ya no volvían. El hombre entra así, consciente y sonriente, en la Vida sobrenatural que él mismo es y que siempre ha sido por su Ser esencial.

La muerte, enemiga del yo natural apegado a este mundo, y la muerte amiga del más profundo Sí mismo, el que nace del anonadamiento del yo natural y de la unión con el Ser esencial, ¿son realmente opuestas? Es así sólo para un pensar estático, pues la verdad es el eterno *morir y devenir* del Camino. El Camino por el que el Ser divino se manifiesta en el devenir y desaparecer del hombre **es** la VIDA y también la verdad del destino humano. La presencia del Ser divino no se descubre sólo por la fe. Le es dado al hombre el vivenciarlo por la experiencia y el ser de ello testigo, es decir, el dar testimonio de que la desaparición, cruel para él, del yo apegado al mundo, es la condición necesaria para la eclosión del Ser esencial, por el que la Vida sobrenatural está presente en él. El vínculo con el Ser, con lo infinito por tanto, es la condición previa, pero también suficiente, para una serena aceptación de los límites de lo finito que plantea la muerte. Para aquél que se ha ejercitado a lo largo de su vida en este anonadamiento, esta muerte es la amiga que le acompaña en su tránsito, de la pequeña existencia a la Gran Vida. Ejercitarse en morir es la práctica central de todo

ejercicio hacia la VIDA. Es ésta una antiquísima sabiduría, pero ¿dónde se practica? La vida, toda, puede ser un ejercitarse para morir. Pero sólo puede aprenderse si el guía espiritual está pleno de la Gran VIDA, y si la nostalgia y el presentimiento de ésta están presentes en el alumno. La simple buena voluntad no basta para que se apague el yo apegado al mundo. Es preciso que exista un vínculo interior con el Ser esencial. Sólo Él da la libertad de poder abandonarse. El cometido de aquél que acompaña al que va a morir es hacer que nazca esta libertad. Y no podrá cumplirlo si él mismo no ha sido alcanzado por el Ser y si no conoce, por experiencia, por haber tratado de hacerlo realidad en sí mismo, la ley del devenir de la persona por la transparencia al SER divino. La transparencia es, por sí misma, la gran oportunidad que se le ofrece en el tránsito de morir, pues morir supone el *soltar presa* del yo agarrado al mundo, y es en ese momento cuando puede hacerse presente el Ser esencial en toda la claridad y limpidez de su imagen. Cuando el hombre desaparece en cuanto yo, no es todavía un cadáver, propiamente hablando no está todavía muerto. El SER puede entonces penetrar la sustancia, todavía plástica, del cuerpo y marcar el rostro del difunto de esa transparencia que le transfigura. Si no se tiene el sentido preciso para alcanzar a ver esta transfiguración, sólo se percibirá como *sereñidad y distensión*. Pero si se pone ese sentido y ese mirar, es evidente que el Ser esencial se hace visible en su pura irradiación grabando en él su imagen. Para acompañar al que muere, es necesario poder distinguir esta luminosidad del SER.

La necesidad de morir es la prueba de una vida cuyo adversario es la muerte, pero también condi-

ciona la promesa de la VIDA que abarca también la muerte. Nuestra pequeña existencia conoce tres modos de aflicción: la destrucción con que la amenaza, el encuentro con lo absurdo, y la soledad total. Por ello, el hombre conoce el miedo, la desesperación y el abatimiento. Cuando, próximo a morir, un hombre está aún identificado con su yo profano, siente como nunca antes estos tres modos de angustia. Si los acepta sin reserva y recibe la muerte, pueden entonces brotar la luz de cada una de ellas. Del sentimiento de impotencia, la experiencia de una fuerza supranatural; cuando desaparece el sentido de la vida, el presentimiento de un orden sobrenatural; de la extrema soledad, la experiencia de un amor sobrenatural. Es la certidumbre de que la muerte es el comienzo de una nueva vida. La condición para ello es, evidentemente, el dejar todo aquello a lo que se esté apegado, pues es necesario que quede libre el paso a la otra Vida y a la transparencia.

En este sentido, la vida toda debiera ser preparación para el tránsito, para una muerte justa que, en sí, fuera el criterio de nuestra vida.

En el momento de la muerte se revela a veces, con toda claridad, una realidad de la que la forma de ver humana natural no es sino un aspecto limitado. Morir es, pues, una oportunidad para despegarnos de nuestra visión parcial y para permitir que un rayo de lo Todo penetre una íntima conciencia renovada. El que acompaña al moribundo en el camino de la apertura a lo Todo hace posible, con su presencia, que aparezca esta conciencia más amplia. La simple presencia puede, de hecho, ofrecer al que muere la capacidad de renuncia que precisa para despegarse del universo del yo. La muerte que se acerca desa-

marra entonces los lazos que retienen en el mundo aquella conciencia que, a lo largo de su vida, ha impedido a este hombre prestar atención a la vida sobrenatural. Un buen guía sabe también otra cosa: sabe que esta nueva conciencia de lo sobrenatural no aflora claramente si no es en el trasfondo de la conciencia profana que, justamente, lo estorba.

En el momento de morir, el yo retoma una vez más toda su fuerza. Llegado al límite de su existencia, reúne todas las fuerzas de la naturaleza para conservar la vida. Es frecuente que el moribundo haya de sufrir una agonía a pesar de estar ya pronto a partir. Pero, por la propia fuerza de esta rebeldía ante el aniquilamiento del yo, la Gran Vida puede afirmarse con una luz muy particular. Siempre estaremos sólo a punto de estar preparados para lo que nos espera más allá. En las tinieblas insondables del final, puede dejarse ver la gran luz de un nuevo comenzar y mostrarse lo infinito a través de los tormentos de ese final. Aquél que acompaña al que muere debe saber que frente a la muerte no está todo consumado con dejar lo finito, superar las tinieblas o arrepentirse de las faltas cometidas. No basta tampoco con orientarse exclusivamente hacia la luz. La solicitud para con el que muere exige que, mediante una total aceptación, ese hombre libere las fuerzas creadoras y transformadoras de las tinieblas que en esos momentos le envuelven.

En el momento de morir, el hombre realmente ya no puede más. Lo que había construido se derrumba. Lo que su inteligencia le permitía captar ya no tiene ningún valor. Caen todas las fachadas y, tras ellas, aparece la miserable imagen de lo que realmente era. Ese hombre toca los límites de su poder y de su sabiduría. Arrancado de toda protección huma-

na, es devuelto a sí mismo, a merced de algo más fuerte, desconocido e inconcebible. Su debilidad le arroja naturalmente al terror de la aniquilación. El tejido de mentiras de su vida se rasga. La extensión de sus faltas cobra conciencia y se da cuenta de que ninguno de sus cálculos era justo. A todo ello se une la tristeza de la soledad. Morir es, en realidad, la soledad suprema. ¿Qué otra cosa más normal que querer el consuelo y buscar la salvación en el afecto del que nos es próximo? Hay ahí, sin embargo, un peligro de compasión por parte del amigo que, fielmente, le acompaña: si se deja llevar de ese sentir, quizás se contente con alimentar al moribundo con un caritativo consuelo y con falsas esperanzas, con lo que precisamente se correría el riesgo de privarle no sólo del fruto de su sufrimiento, sino también del de toda su vida.

Hay situaciones en las que la compasión no tiene sitio, o que hasta es una falta contra el espíritu salvador. Sería éste el caso en esos momentos de posible transformación. Tal compasión permitiría que el hombre viejo pudiera aún subsistir justo cuando, a punto de caer en el crisol de una desesperanza y soledad que no le dejan ya escapatoria posible, su resistencia podría por fin ceder.

En el hecho de soportar lo insoportable, de dejar lo que es imposible dejar, en definitiva, en la muerte del viejo Adán que ha de producirse con la muerte física, la inminencia de ésta debe hacer madurar el fruto supremo de la vida, pues es precisamente al enfrentarnos con nuestros límites cuando estamos más próximos a las fronteras del más allá. Un amigo de verdad ha de tener en esos momentos el coraje de dejar en su soledad al que va a morir. No debe privarle de la experiencia del renunciamiento supre-

mo, pues supondría privarle también de su última decisión. Cuando llegue el momento, debe dejar al moribundo entregado a sí mismo, porque, en el aniquilamiento solitario de su yo, él percibirá la **luz**, sentido de toda tiniebla, y el **amor**, sentido de toda desolación.

A todos nosotros nos puede llegar un día en que nos encontremos en una situación que nos obligue a acompañar en su último viaje a alguien que vaya a morir. En pocas ocasiones será un sacerdote, aunque sea éste un guía espiritual designado para ello. Tampoco para él será sólo cuestión de una asistencia tradicional al moribundo, o de la actitud clásica del director espiritual. También el sacerdote ha de mantenerse en la actitud de comunión humana, la de un *hermano en el Ser*. Hay tres maneras de acompañar a aquél que va a morir.

1) La actitud *clásica* del sacerdote en caso de *peligro de muerte*. Esta postura no tiene en cuenta la situación individual y única del moribundo y, por la fe, trata de sacarle de su miseria humana y elevarle a las alturas de la promesa divina. Sin que se dé una participación personal, se repiten las palabras apropiadas, las antiguas fórmulas tradicionales, así como frases consoladoras. Las oraciones ya están prescritas como si fueran viejos remedios, ya probados. Todo eso transcurre en una disposición de espíritu cuyas raíces son la fe en un poder divino y en la redención por Cristo; su eficacia no depende en nada de la posición personal del guía espiritual.

Sería puro racionalismo si no encontráramos en ello el tesoro de las fuerzas contenidas en la fe, que, encarnadas en fórmulas suprapersonales, se transmiten y expresan incluso —o justamente— allí donde el sacerdote cumple su oficio de modo impersonal.

2) Se da otra actitud por la que el guía del que muere, sea quien fuere, se compromete personalmente con respecto a él. Ve a su prójimo en aquél a quien la muerte llama, y cuyo yo sufriente se asusta de la muerte. En tal desolación se queda a su lado con un sentimiento de comunión humana. Con ese estado de espíritu, sin timidez, con confianza, este hombre ayuda al que va a morir a confiarle todo aquello que le pese, a hablar libremente, a reconocer cuanto le atormenta, a expresar lo que desee. De este modo, el compañero del que va a partir está cerca de él –y eventualmente le habla de su propia aflicción y de sus propias faltas– y ayuda al otro a desamarrar los vínculos que hasta el final retienen prisioneros al yo *respetable* del moribundo. Le anima a liberarse de una loca pretensión, la de querer pasar *dignamente* el umbral de la muerte. Le ayuda así a recogerse en la verdad interior, donde todo artificio desaparece y, desnudo y despojado, a abrirse a la gran desconocida que inexorablemente viene a él.

3) Aquél que acompaña al que va a morir puede unirse a él como un hermano o hermana en el SER. Es necesario que no se quede en sentimientos de altruista piedad para con el sufrimiento del otro, ni que, por el contrario, sin miramiento para con su sufrir, dé un testimonio impersonal de las promesas de la fe. Se trata más bien de ofrecer una visión confiante y afectuosa, aunque firme, sobre el Ser esencial del otro, de llamarle, y de situarle, a veces en silencio, frente a la verdad. Ofrecerle la fuerza para soportar el doloroso anonadamiento de un yo que sufre el inevitable desprendimiento que se le exige. Todo ello es necesario a fin de que al término de su pequeña existencia en este mundo pueda relucir, libre de toda impureza, el esplendor de la Vida sobrenatural. Para

aquél que asiste al que muere, el tiempo de extinguirse el yo es la más dura prueba. Igual que al comienzo de la vida, es ahora también un alumbramiento. Él no puede cargar sobre sí ni este alumbramiento ni sus dolores. Solamente puede ayudar a crear las condiciones que hagan posible que el fruto de ese cuerpo bendito venga a la LUZ, el dar prueba de un amor suprapersonal, en cuyo favor es preciso renunciar, lo que a veces es muy difícil, al sentimiento de amor compasivo que cura las heridas, aparta las penas, seca las lágrimas, mastica afectuosamente la verdad; en fin, a todo aquello que tuviera como finalidad el evitar al moribundo la vivencia de la verdad. Esta verdad, en sí misma, es siempre menos terrible que la aprensión que suscita. Por otra parte, ¿es que no debemos la verdad a un moribundo? Se plantea aquí la eterna cuestión: ¿hasta dónde se le debe la verdad a aquél que está marcado por la muerte? Ante esta difícil cuestión hay que preguntarse en qué medida respetamos todavía hoy, en quien va a morir, la libertad de la persona. Esta libertad le hace tanto responsable de una vida justa como de una muerte conforme con esa vida, de tal suerte que tiene derecho a la verdad. Aunque la respuesta depende también del grado de madurez del que va a morir, así como del que le asiste; por tanto, de la medida en que éste haya comprendido que el tránsito hacia la muerte es la oportunidad de una última –y quizás de una primera– prueba de madurez<sup>37</sup>. El que muere puede todavía empeñarse en la afirmación de sí mismo, puede intentar una vez más manifestar que existe, o bien, por el contrario, abandonarse libremente y sin reservas, con una total confianza, a un poder supe-

---

<sup>37</sup> Véase Ladislaus Boros, **El hombre y su última opción**. Ed. San Pablo.

rior. Puede obstinarse en su vieja manera de pensar, en su razón natural y en su falta de fe, o bien, desde un presentimiento de la gracia y de un orden superior, abrirse sin restricción a una luz aún sin conocer. También puede, por último, o encerrarse en sí mismo, endureciéndose en el *no* a lo que le llega, o bien, en un último destello de libertad, dejarse llevar conscientemente por el flujo de amor infinito que ya está cerca y le urge. En este tránsito abismal reluce despiadadamente, exigente y colmada de promesas, la fría estrella de la verdad. Pero hay que saber también que el que va a morir no sólo siente la necesidad de conocer esa verdad, sino también de conocer la promesa de quedar liberado de su antigua existencia y llevado hacia una nueva Vida.

Ciertamente que la certeza de la muerte, ya cercana, trae consigo una vez más la presencia del yo agarrado a la vida. Y éste es asimismo el momento en que aquél que está junto a él ha de hacerle oír la voz de la verdad. Sea cual fuere la manera en que él considere lo que le llega, al menos por un instante va a sentir el deseo de mirar de frente la verdad, ello naturalmente en la medida en que se dé cuenta de la presencia inmediata de la muerte. ¿Tiene alguien el derecho de impedirle vivir este último deseo? Ahora le es dada la ocasión, única y sin precedentes, de decidirse con toda libertad: puede dejar que caigan las máscaras, reconocer sus faltas íntimas y perdonar a quienes han sido culpables para con él. La muerte próxima rompe todas las barreras, pero también abre la puerta al amor liberador que, de un instante a otro, puede hacerse presente.

¿Qué guía espiritual no ha observado que la proximidad de la muerte aporta una insospechada liber-

tad y que, tras un momento de terror natural, un simple recuerdo de la verdad puede hacer posible que fluya libremente la vida sobrenatural? Se puede llegar a sentir el agradecimiento infinito del que muere cuando una simple palabra le permite por fin renunciar a seguir la comedia que se sentía obligado a representar ante los otros, y que éstos también estaban representando. Cuando esto ocurre, a veces en unos cuantos días, otras en sólo unos instantes, se produce una transformación y una evolución hacia la madurez, frutos de una vida que ha sido vivida, hasta el final, de manera justa.

A este respecto, yo viví una experiencia que no olvidaré nunca: tras una grave operación, uno de mis amigos se encontraba en peligro de muerte. Los médicos, que lo sabían perfectamente, le habían asegurado que podría dejar la clínica la semana siguiente a fin de prepararse para una nueva operación, y que ésta le curaría del todo. Al llegar yo, su familia me dio cuenta de esta noticia. Entré en su habitación e inmediatamente me percaté de que estaba irremediabilmente perdido. Para hablar a solas con él, pedí a su esposa que saliera de la habitación. Él entonces me contó que esperaba dar —o al menos dictar a alguien para que fuera leída— una conferencia prevista para la siguiente quincena. A través de sus palabras se mascaba la mentira, aquello que él mismo presentía. Llenándome entonces de valor, le dije: *Más que pensar en tu conferencia, yo creo, amigo mío, que te valdría renunciar a ella y concentrarte en una sola cosa, aquélla que está más allá de la vida y la muerte. Me oyes bien, le repetí, más allá de la vida y la muerte.* Estas palabras tuvieron un efecto sorprendente. Cerró los ojos. Una nueva vida se hizo presente en su rostro y su color grisáceo se

tornó en una luminosidad rosácea. Abrió de nuevo los ojos, me tendió la mano, y con una expresión de paz infinita dijo simplemente: *Gracias*. Luego cerró de nuevo los ojos y yo le dejé a solas. Al salir le dije a su mujer que no viviría sino unos cuantos días.

Este hombre no temía la muerte. Disponía de la madurez necesaria para prepararse a ella con lucidez, pero le estaban malogrando su muerte. Cuanto más cerca estaba el momento del tránsito, en que, con la presencia silenciosa de la compañera de su vida, él hubiera tenido necesidad de mayor calma, más y más enfermeras multiplicaban las idas y venidas para poner en marcha un aparato destinado a prolongar unas cuantas horas una vida puramente física. En sus últimos instantes se estaba robando a este hombre lo último que él hubiera podido decir que era suyo: su muerte.

¿Por qué no dejar que los hombres mueran en paz cuando les llega su hora?

El conde **Karlfried Dürckheim** nació el 24 de octubre de 1896 en Munich. Luchó en el frente durante la I Guerra Mundial (1914-1918). Vivió en Japón de 1937 a 1947. A partir de 1950 desarrolló en Todtmoos-Rütte (Selva Negra) el Centro Rütte y la Escuela de Terapia Iniciática. Los últimos años de su vida fue catedrático de Psicología y Filosofía en la Universidad de Kiel. Falleció en 1988.

Otros títulos del mismo autor  
publicados por  
**Mensajero**

**EL ZEN Y NOSOTROS**  
(3ª Edición)

**MEDITAR. ¿POR QUÉ Y CÓMO?**  
(5ª Edición)

**JAPÓN Y LA CULTURA DE LA  
QUIETUD**

**EL MAESTRO INTERIOR**  
(4ª Edición)

**HARA,  
CENTRO VITAL DEL HOMBRE**  
(5ª Edición)

**EL DESPUNTAR DEL SER**

**PRÁCTICA DEL CAMINO  
INTERIOR**

**EL RENDIMIENTO DEPORTIVO  
Y LA MADUREZ HUMANA**

En 1996 se celebra el primer centenario del nacimiento de Karlfried Dürckheim. Es una magnífica ocasión para profundizar en el conocimiento de la trayectoria vital de este hombre. Lograremos de este modo comprender mejor, la que se convertiría en tarea de su vida: acompañar a las personas que buscan en el camino interior.

Conozca la apasionante vida del conde Dürckheim, a través del libro de *Gerhard Wehr*, publicado por **Mensajero**:

**Karlfried  
Dürckheim**

Una vida bajo el signo de la transformación

**Concha Quintana** toma contacto en Francia, el año 1975, con la enseñanza de Dürckheim, iniciando así un acercamiento cada vez mayor a su espíritu y obra. Algo más tarde conoce al autor del libro quien, desde entonces, la acompañó en su propia evolución interior y en la profundización de su enseñanza.

Karlfried Dürckheim le confió la tarea de traducir sus libros al español, estando así mismo comprometida en este camino de transformación interior por la transmisión de su enseñanza.

*Concha Quintana*  
Apdo. de Correos 61.038  
28080 Madrid

## NOTA FINAL

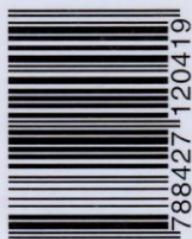
Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.



Nuestro tiempo se caracteriza por las profundas modificaciones que el hombre ha llevado a su modo de vivir y que han sido posibles al producirse un explosivo desarrollo en el terreno técnico-científico. Sin embargo, hay que reconocer que este progreso, demasiado sesgado, de la vida material, provoca el deterioro de nuestra vida espiritual.

**Karlfried Dürckheim** aporta en este libro una ayuda eficaz, que invita al hombre a vivir la experiencia del núcleo espiritual al practicar asiduamente un ejercicio que le despierta a la vida en profundidad y que, poco a poco, le va haciendo madurar. Su propuesta a este respecto asocia las tradiciones místicas de Occidente, en las que el maestro Eckhardt ocupa un lugar fundamental, con las prácticas meditativas de Extremo Oriente, principalmente las del budismo Zen, y con las que se familiarizó el autor durante su estancia de diez años en Japón.

ISBN 84-271-2041-9



9 788427 120419



**Yoga, Zen y Orientalismo**